

Un alma cándida

ELIZABETH TAYLOR


gatopardo ediciones 



D.J.57

Un alma cándida

ELIZABETH TAYLOR

gatopardo ediciones 




Un alma cándida

Un alma cándida

ELIZABETH TAYLOR

Traducción de Ana Bustelo

gatopardo ediciones 

Título original: *The Soul of Kindness*

Copyright © Elizabeth Taylor, 1964

© de la traducción: Ana Bustelo, 2018

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2018

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: junio de 2018

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:

Fotografía de George Marks / iStock by Getty Images

Imagen de interior:

Estanque Widmer, en Penn, Buckinghamshire, Inglaterra

Fotografía de Hugh Mothersole, bajo licencia CC BY-SA

eISBN: 978-84-17109-33-2

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Vista del estanque Widmer, en Penn, Buckinghamshire (Inglaterra), donde Elizabeth Taylor pasó la mayor parte de su vida.

Índice

Portada

Presentación

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Elizabeth Taylor

Otros títulos publicados en Gatopardo

Capítulo 1

Hacia el final del discurso del novio, la novia se hizo a un lado y, por una abertura que había en la carpa, comenzó a arrojar migas de la tarta de boda a las palomas que había fuera. Lo hizo algo abstraída, y empezaron a llegar más palomas, que desde su casa de madera aterrizaban sobre los establos. Causó un ligero y divertido revuelo entre los invitados, pero ella no se dio cuenta. Su marido se sintió avergonzado y pensó que era demasiado pronto en su vida de casados como para sentirse así; pero de eso ella tampoco se dio cuenta.

Hacía un día precioso. La semana anterior, los amigos habían prometido a Flora y a su madre que rezarían para que hiciera bueno, y Flora había sonreído sin pensar, una sonrisa lánguida, como si la idea de un chaparrón en septiembre fuera completamente absurda. Los rayos de sol entraban por las ranuras de la carpa e incluso brillaban a través de la lona. El arrullo de las palomas se mezcló con la perorata de Richard. Se le habían subido un poco los colores, por la importancia del día, por su protagonismo y por la poca atención que le prestaba su esposa. Entonces, justo cuando estaba a punto de pronunciar las últimas palabras, ella dio un paso atrás para ponerse a su lado, y le tomó de la mano. Estaba radiante. Eso dijeron todos poco después. «Ay —pensó Flora—, cómo os voy a echar de menos. ¡Mis palomas!»

Qué novia tan bella, tan alta y tan rubia, pensó su madre. Las novias rubias son las mejores. Era como si la hubiera tenido —querida Flora— sólo para esta maravillosa ocasión, y todo lo sucedido entre su nacimiento y el momento presente hubiera quedado olvidado; sólo contaban los dos triunfos. Incluso hoy era capaz de oír claramente a la hermana Willett decir: «Es una niña adorable». Y «¡qué chica tan encantadora!», decían todos los vecinos esa tarde. Flora de blanco. Había nacido para ser una novia. La señora Secretan se consoló: «No hay ninguna madre que considere que un joven es lo suficientemente bueno para su niña».

Las damas de honor bajaron la mirada hacia sus copas de champán, mientras sonreían tímidamente ante los elogios del padrino, y el tono de la conversación subió de nuevo, por el efecto que producía la altura de la carpa y sus finas paredes. La señora Secretan se paseó entre los invitados. «Es bonito el vestido, ¿verdad?» «No, no voy a llorar. Tan, tan *agitato* en la iglesia y tan, tan feliz aquí.» Era viuda, lo había sido durante mucho tiempo y ahora se enfrentaba a la soledad. Sus amigas seguían esperando que derramara alguna lágrima. La vieron acercarse al padre de Richard —un viudo—, y a algunas se les pasó una idea por la cabeza, ya que de una boda sale otra boda, como se suele decir. La mayoría no sabía que la amante del señor Quartermaine se encontraba allí, entre ellos. Se llamaba Barbara Goldman, y era una mujer inteligente, de mediana edad, que en aquel momento estaba hablando con Richard. Parece su madrina, pensaron algunos.

—Deberían estar cambiándose —dijo el señor Quartermaine, alargando el brazo por encima de su gran tripa para buscar un reloj.

La señora Secretan reparó en que al clavel del señor Quartermaine se le veía el cáliz. Apartó la mirada rápidamente, como si fuera algo vergonzoso, parecido a llevar los botones del pantalón desabrochados. Si había alguien que pudiera arruinar la boda, era él, había pensado una y otra vez en las últimas semanas. Como parte de su celosa organización de los preparativos, había pedido a varios de los testigos —primos, porque Flora era hija única— que estuvieran pendientes de que no bebiera demasiado, y le había encargado a su propio hermano que lo mantuviera lo más alejado posible de Barbara Goldman —a quien no había querido invitar—, por temor a que la llamara «Ba» o «Barbarita», y le diera una palmada en el trasero.

Con ese entusiasmo desorbitado que tenía por los detalles, la señora Secretan había previsto todos los posibles desastres. En mitad de la noche, se imaginaba que una avispa picaba a Flora en la nariz minutos antes de partir hacia la iglesia, de modo que obligó al jardinero a buscar y deshacerse de toda la fruta que hubiera caído en el jardín, y fue la propia señora Secretan quien fabricó una docena o más de trampas con mermelada y las colocó alrededor de la casa. Tomó precauciones contra posibles infecciones, contra la fatiga y la ansiedad; pero pocas precauciones se podían tomar contra el padre del novio. Hizo todo lo que

pudo.

Él era tan grande y la señora Secretan tan pequeña —mucho más que su hija—, que fue un triunfo cuando ésta logró colocarse entre él y un camarero que llevaba el champán. Una copa menos, pensó. Cada pequeño gesto ayuda, era un consejo que daba constantemente.

—¿Dónde está Ba? —preguntó Percy—. Estoy harto de mis parientes. Hacen que me sienta viejo. Ese hijo mío ha hecho un discurso demasiado largo. Debería haberse dado cuenta de que la gente se estaba impacientando, querían volver a llenar sus copas. —Elevó la suya, que estaba vacía—. Hasta Flora se ha aburrido y se ha puesto a dar de comer a las palomas.

—Pero, en realidad, eran palomas blancas —dijo la señora Secretan.

—Bueno, va a tener que acostumbrarse a oír mucho más. Somos todos excelentes conversadores. —Había albergado la esperanza de hacer un discurso y, como nadie se lo había pedido, le dijo a su anfitriona que era una costumbre pasada de moda—. Pasada de moda —repitió—. Y burguesa. Ah, aquí está Flora, fresca como una rosa.

Le parecía una chica pasmada. No muy brillante, pero maleable.

—Cariño, te has derramado algo por el pecho —dijo la señora Secretan.

—No importa. Me voy a cambiar ahora.

El padrino había echado un vistazo a su reloj y le había murmurado algo a la dama de honor. La señora Secretan había organizado el orden del día con mucha antelación.

—Deja que te mire una vez más —susurró, y extendió el brazo, para poder verla con un poco de distancia. Cuando volvió a darse la vuelta, Percy Quartermaine caminaba entre los sombreros de flores en busca de un poco más de champán: y entonces, para su asombro, observó cómo éste ponía algo en la mano de un camarero. Siguió yendo de aquí para allá, sonriendo alegremente a derecha e izquierda, con el fin de alcanzar a su hermano y advertirle de lo que acababa de ver.

Flora y su amiga, Meg Driscoll, salieron de la carpa como si estuvieran haciendo una travesura y corrieron por el césped hasta la casa. Con la cola del vestido enroscada en el brazo, Flora corrió entre las palomas, mientras les hablaba y se reía.

—¡Ay! ¡Tú y las palomas! —dijo un niño. Era el hermano pequeño de Meg, que las seguía con una cámara de fotos—. ¡Tú y las palomas, por favor!

Flora soltó el vestido, se dio la vuelta y alargó un brazo a la espera de que una paloma se posara sobre la punta de sus dedos.

—Es un símbolo, ¿no? —preguntó Meg, mientras se apartaba para no salir en la fotografía.

—¡Antes de que salga volando! —dijo Kit, el niño, sin aliento al ver que se posaba una sobre sus dedos. Miró por el visor de la cámara.

—No va a salir volando —dijo Flora.

—Novia con palomas —dijo Meg—. Debería ser la mejor foto de todas, salvo que el novio no aparece.

Hizo la foto, la paloma echó a volar dulcemente y Flora y Meg entraron en la casa seguidas de Kit.

—No tenía ni idea de que a los niños les interesaran las novias y las bodas —dijo Flora por encima del hombro. Luego, a punto ya de entrar por las puertas de cristal que daban al salón, se volvió para despedirse. Él se acercó demasiado, pisó la cola del vestido, y, cuando ella se dio la vuelta, se rompió.

—¡Ay, Kit! —gritó Meg—. Pero ¿por qué demonios nos estás siguiendo?

Bajó la cabeza con tristeza, su rostro pecoso se puso de color rojo, ahogado por la humillación y la vergüenza. Pero, para su sorpresa, Flora le puso una mano en el hombro y comenzó a reír.

—En un minuto me voy a quitar esto para siempre. Puedes romperlo en pedazos, no me importará.

—Vamos, hay que darse prisa —dijo Meg tomando el brazo de Flora.

A pesar de los esfuerzos de la señora Secretan, iban con retraso; y Flora, que había estado demasiado tiempo colocándose el velo, había llegado ya veinte minutos tarde a la iglesia. Ahora a Meg le dio la sensación de que el día transcurría con lentitud.

—Te enviaré la foto —dijo Kit. Levantó la cabeza y miró a Flora.

La emoción lo embargaba, pero se rindió a ella porque sabía que lo recordaría más tarde. Soportó esa vergüenza a cambio de tener algo a lo que agarrarse más adelante, algo a lo que recurrir durante los oscuros domingos del último trimestre de otoño en la escuela, los peores días; algo que era mejor que la

fotografía, no importaba cómo saliese ésta. Mientras se alejaba de Flora (porque ella se había vuelto para seguir a Meg), el momento se había convertido en un recuerdo, y él estaba elaborándolo, prolongándolo, haciéndola sonreír de una forma más íntima, menos vaga. Richard, su esposo, a menudo había hecho lo mismo.

—¡Querida, ven! ¡Flora, vamos! —gritó Meg desde lo alto de la escalera.

Se había adelantado hasta el dormitorio de Flora para asegurarse de que todo estaba listo. En la escuela, Meg había sido la amiga niñera, ya que desde el día que llegó Flora, la labor de la señora Secretan —la adoración, la sobreprotección — no podía interrumpirse de golpe. Alguien debía continuar. «¿Qué hago con esto?» «¿Adónde voy ahora?» Eran preguntas que alguien tenía que responder. Meg no estaba de acuerdo con la educación consentida que aplicaba la señora Secretan, pero se dio cuenta de que sería perjudicial si se terminaba de forma abrupta, igual que dejar una orquídea en el exterior cuando cae una helada o privar a un alcohólico de bebida de forma repentina. Había intentado —era así de buena— introducir reformas de manera gradual, pero Flora las ignoró, porque no sabía que hubiera necesidad alguna de valerse por sí misma, ni siquiera era consciente de que no lo estuviera haciendo. Sin embargo, ahora se enfrentaría a la dura realidad, y Meg temía por ella. A veces intentaba que atisbara gestos de traición y avaricia, y Flora respondía: «Nadie haría algo así», y sonreía con indulgencia a esa amiga que era capaz de imaginar cosas tan desagradables. Ahora ellas —Meg y la señora Secretan— habían entregado a Richard su preciosa carga, y Meg, desde luego, estaba nerviosa.

—Aquí estoy. Estoy aquí —dijo Flora con su voz aguda y cantarina, mientras se acercaba por el pasillo.

Los invitados —Flora estaba observándolos desde la ventana— habían salido de la carpa y deambulaban por el jardín; se detenían a leer las etiquetas de los rosales o se quedaban de pie, como hipnotizados, junto a los lechos de dalias. Por fin Flora estuvo casi vestida, y una doncella llamó a la puerta para avisar de que el novio la aguardaba en el vestíbulo. Meg bajó las escaleras para calmarlo con mensajes optimistas, a los que él se limitó a responder echándole un vistazo a su reloj. No dejaba de pensar: a ver si logro alejarla de aquí de una vez. Había sido un día de locos y todo su afán era escapar y marcharse solo con Flora, quizá

más tarde detenerse en algún lugar para tomar una copa con calma. En su cabeza resonaba el constante parloteo.

Cuando Meg regresó a la habitación encontró a Flora vestida del todo, aunque sin guantes, sentada a su escritorio escribiendo una carta. Estaba llorando. No fue el estado emocional de Flora —era de lágrima fácil— lo que preocupó a Meg, sino que pusiera en peligro su aspecto, del que ella se sentía responsable.

—Pero ¿qué haces? —preguntó. Cerró la puerta y se acercó a Flora rápidamente.

—Estoy escribiendo una notita para mamá. La voy a dejar aquí y la encontrará cuando me haya ido. Tengo tanto miedo de que me eche de menos...

—Naturalmente que te echará de menos. Pero es una mujer sensata... —dijo Meg. ¡Ojalá lo fuera!, pensó. ¡Ojalá lo hubiera sido siempre!—. No puedes bajar con la cara bañada en lágrimas, sobre todo después de lo que has tardado. La gente pensará que tienes dudas.

—No pueden pensar eso —respondió Flora, sonriendo y secándose los ojos—. ¿Cómo iba a tener dudas sobre Richard?

—Está ahí, mirando la hora.

—Bueno, pues ya no tiene que esperar más —cerró el sobre y se levantó.

—Guantes —dijo Meg mientras se los lanzaba.

—Voy a extrañar todo esto —dijo Flora, echando un vistazo a la habitación.

—¡En marcha! —dijo Meg, y corrió a abrir la puerta.

—Gracias, Meg. No sólo hoy; gracias por todo, siempre.

—¡En marcha! —dijo Meg otra vez. Se había percatado del llanto contenido y del sentimentalismo, que sabía que eran contagiosos.

—¡Aquí estoy! —exclamó Flora a Richard mientras bajaba las escaleras.

Por un instante, Meg se sintió traicionada. De repente cayó en la cuenta de que Flora siempre decía eso, y que lo hacía en el mismo tono en que uno da un regalo maravilloso. Era la propia Flora quien se entregaba.

—Ya se van —dijo alguien en el jardín, y empezó a correrse la voz.

La emoción fue en aumento (se produjo una hilaridad casi febril) cuando se despidieron. Kit tomó más fotografías. Todos observaron el abrazo entre madre e hija. Luego la pareja se alejó, nadie sabía adónde se dirigían, y los invitados comenzaron a dispersarse.

Cuando ya se habían marchado los invitados, la señora Secretan fue a la habitación de Flora. Meg había puesto orden, el vestido desgarrado de novia colgaba en un armario y el velo fantasmal estaba extendido sobre la cama. La señora Secretan cogió la carta y la abrió: «Has sido la madre más maravillosa —leyó—. Tuve una infancia fantástica». Entonces, ¿debía darse por terminada? Las palabras eran como las que podrían pronunciarse en el lecho de muerte o a alguien que yace en uno. «Si Flora hubiera escrito —pensó con anhelo la señora Secretan— “Eres la madre más maravillosa”, hubiera sido algo muy distinto, parecería que todavía había un lugar para mí. Pero ahora mismo...» Recogió el velo y lo metió en un cajón, fuera de la vista. Tenía un aspecto muy triste y espectral ahí encima de la cama.

No obstante, había salido todo bien y Percy no se había emborrachado tanto. Ba había resultado ser de una eficacia inesperada a la hora de mantenerlo a raya. Se estaba poniendo el sol y caían sombras oblicuas sobre el jardín, donde la gran carpa parecía inmensa y fuera de lugar. Estaba cansada, se dijo la señora Secretan, más cansada, en todos los sentidos, de lo que había estado nunca. Tanto alboroto, tantas personas procedentes de todas partes, sólo para que Flora pudiera comenzar una nueva vida, crear su propio hogar. La señora Secretan no solía pensar en Richard si no era para desear que fuera digno de su hija o para temer que quizá no lo fuera.

Abrió la ventana y miró el césped, que presentaba un aspecto pelado y pisoteado. Más allá de la carpa y más allá de una hilera de álamos discurría el río Támesis, y se oían las voces lejanas de la gente que paseaba por el camino de sirga. Se imaginó que al ver la carpa se preguntarían para qué servía, o tal vez habían visto a Flora salir de la iglesia, quizá habían oído el repicar de las campanas y se habían detenido a mirar, sintiéndose parte de la emoción.

El verano había llegado a su fin y era preciso arrancar las dalias, que habían cumplido con su cometido por hoy. La señora Secretan no había reparado en lo que ocurriría después de ese día, ni siquiera había imaginado que llegaría la noche. Se preguntó dónde estaría esa pareja encantadora. Había tomado la firme decisión de no presionar a Richard —porque la idea de mantener el secreto a toda costa había sido idea de él—, tal como corresponde a una suegra maravillosa, que es lo que se había propuesto ser a partir de ahora. «Ni siquiera

yo lo sé», había ido diciendo, cuando la gente había preguntado por la luna de miel; pero logró que sonara como si se tratara de una astucia para preservar el secreto.

El aire olía a otoño. En poco tiempo, las densas brumas vespertinas se elevarían desde las aguas, el silencio sería total en el camino, y subiría el nivel del río; quizá habría inundaciones. Flora se instalaría en Londres y no volvería nunca más, salvo como invitada.

«Lo planifiqué todo —pensó la señora Secretan—, hasta el último detalle. Pero me olvidé de esto, me olvidé de mí misma y del futuro. Sobre todo, pasé por alto esta noche.» Volvió a leer la carta, diciéndose a sí misma que Flora lo había hecho con toda su buena intención, que estaba muy bien, pobrecilla. De hecho, siempre había tenido buenas intenciones. Se había visto claramente cuando cometió algunos de sus mayores errores.

La señora Secretan cerró la ventana y, por un momento, se detuvo con los ojos cerrados y una expresión marchita en el rostro, hermoso, aunque arrugado. Le dolía la cabeza, pero debía acicalarse para cenar con su hermano y dos viejas tías. Repasarían los acontecimientos del día y cada uno aportaría algo distinto; pero ninguna de las historias encajaría. Era demasiado parecido a un sueño.

Afuera, unos hombres andaban por el jardín. Ya habían llegado para comenzar a desmantelar la carpa.

Capítulo 2

—Un sube y baja, unos hombres jugando a tirar de la cuerda, dos señales que apuntan en direcciones opuestas, encrucijadas, creo, y un divertido muñequito que hace cabriolas —dijo Flora mientras se balanceaba en la mecedora y miraba con aire pensativo la taza de té vacía de Ba—. Vaya síntomas de nerviosismo y tensión. —Sonrió, a la vez que se echaba plácidamente hacia atrás.

Desde que supo que iba a tener un niño, se había encaprichado de la pequeña sala de estar de Ba y especialmente de la mecedora. Después de cuatro años de matrimonio, había empezado a olvidarse de la posibilidad de tener hijos, y le sorprendió el diagnóstico del médico.

—¿Un bebé? —había preguntado, incrédula, maravillada, con los ojos tan fijos en los del médico que él tuvo que levantarse y dar una vuelta por la habitación para ocultar su sonrisa.

«Ya era hora», pareció ser la reacción de los demás: su madre, Meg, su suegro. El único que estaba tan desconcertado como ella era Richard.

Dejó la taza de Ba sobre la mesa y le dio la vuelta para alejar de ella el lado que tenía restos de carmín, una textura estriada que recordaba a la parte inferior de un hongo. Su vientre era un montículo perfecto bajo la chaqueta de seda mientras se balanceaba arriba y abajo.

—Perdona que te diga, cariño: nerviosismo y tormentas —intervino Ba enérgicamente.

—Que podrían evitarse. Cásate con Percy —respondió Flora con una expresión complacida, cubriéndose el vientre con las manos—. Dime lo que ves en mi taza —añadió con indiferencia— y lo interpretaré.

—No soy tan lista como tú —dijo Ba, girando la taza vacía y frunciendo el ceño—. No veo nada más que un búho.

Flora se echó hacia delante, le lanzó una mirada penetrante y severa, y le quitó la taza de las manos.

—Eso, querida Ba, quiere decir muerte. —A continuación, miró el interior de la taza y añadió—: ¡Vaya búho! —y volvió a dejarla en la mesa.

—Lo siento, cariño —murmuró Ba.

Su mano, con el gran anillo de diamantes, descansaba como una garra sobre una caja de cigarrillos de carey. «Percy-trofeos», pensó Flora. El anillo, la caja, el encendedor de oro del que con un chasquido surgía una llama perfecta. La sala estaba llena de trofeos, pero el conjunto era algo muy distinto —tan acogedora, tan sentimental, tan vivida—. Flora había notado a menudo que las mujeres como Ba, de una austeridad refinada en lo que se refiere a su aspecto, tienden a buscar la belleza en su entorno, con cierto gusto por las pantallas de lámpara de color rosa, cojines con figuras de mujeres con miriñaque y arriates cuajados de espuelas de caballero —ya sea bordadas en los cubrechimeneas o creciendo en el jardín—. Ba, con su elegante vestido, parecía alguien fuera de lugar en la habitación que había creado. Era alta y huesuda. El pelo, que había sido castaño oscuro, lo tenía ahora de un color ceniciento y lo llevaba recogido en un moño. Se notaba que era judía por sus fosas nasales en forma de almendra. El escote del vestido dejaba ver una gran extensión de su piel pecosa, pero sus pechos, que caían y caían, apenas se vislumbraban. Qué piernas tan hermosas, pensó Flora; luego echó un vistazo a las suyas, las levantó un poco del suelo, las observó, y las bajó de nuevo, sin llegar a ninguna conclusión. La voz de Ba siempre era una sorpresa. Era tan huesuda, con ese aspecto de caballo de carreras, que uno no esperaba que tuviera esa voz suave, ronca, con una entonación tan cariñosa.

Ba había dejado de estar desconcertada por su amistad con Flora, que su madre tanto detestaba, sin duda. No había imaginado que la familia de Percy pudiera querer acercarse a ella. Fue agradable cuando se percató de que Flora sí quería, y, después de un tiempo, tomó la costumbre de ir a la hora del té en los días que Ba hacía media jornada.

La pequeña tienda de ropa instalada en los bajos era el regalo más caro que le había hecho Percy, el que más le gustaba. Incluso ahora, en compañía de Flora, y por las tardes, cuando regresaba Percy, era consciente de lo que representaba para ella el piso de abajo; nunca olvidaba que estaba ahí —el silencio y la oscuridad, los estores bajados sobre la ventana y la puerta de cristal, con el nombre «Barbara» escrito en ellos con letras primorosas, la gruesa alfombra y

las fundas para proteger los muebles del polvo—, un ambiente ligeramente cargado, el aroma de sus ambiciones.

—Da gusto verte comer, cariño —dijo, mientras Flora se inclinaba para coger un trozo de tarta de la mesa.

Ba acompañaba el té con algo de comida por costumbre, pero nunca se molestaba en ofrecer lo que sacaba. Era poco probable que alguien quisiera comer a esa hora del día.

—¿Por qué no tienes un gato? —preguntó Flora.

—No quiero un gato.

—Pero sería perfecto para ti. A Percy le gustan.

—Percy ya tiene uno.

De hecho, se lo había regalado Flora, y se había visto obligado a aceptarlo. En cuatro años, había descubierto que Flora no era tan maleable. Aunque era una chica estupenda, tenía ideas poco oportunas para complacer a los demás, y era incapaz de imaginar que alguien pudiera tener otras distintas de las suyas.

—Lo adora —dijo feliz—. Le hace compañía en ese apartamento horrible.

Volvió la cabeza y lanzó una mirada acusadora a Ba, pero, de repente, parpadeó cuando la criatura se movió en su vientre; era extraordinario lo que le estaba sucediendo. Sentía que su vientre era como una jaula de pájaros con un prisionero furioso dentro. ¿Cómo podremos ser amigas cuando sea libre?, se preguntaba.

Ba arrojó su cigarrillo al fuego y se puso a hacer punto. La lana de angora la hizo estornudar, por lo que la apartó de su cara por un momento, alzó las cejas y cerró los ojos a la espera de otro estornudo.

—Pobre bebé —dijo cuando terminó de estornudar.

—Todo el mundo está haciendo punto menos yo. Ma má teje con verdadera pasión —dijo Flora—. Tiene tales montones de ropa preparados que sospecho que comenzó hace años. Incluso Meg está haciendo algo. Primero, tejió unos leotardos, pero, cuando los cosió, descubrió que los dos pies apuntaban hacia la izquierda. Pobre Meg —añadió, como hacía siempre que hablaba de ella. Le parecía que su amiga tenía todos los problemas del mundo: la muerte de su madre cuando su hermano todavía iba al colegio, la de su padre mucho antes de que Kit fuera dueño de su futuro, problemas de dinero y un enamoramiento sin

sentido. Sin sentido y tan imposible que rayaba en lo absurdo, dijo Ba—. Por cierto —dijo Flora, recordando algo que había pensado—. Viene Patrick a casa a tomar una copa.

Se sentó bien erguida y estiró la espalda. Se habría hecho de noche para cuando llegara a casa, porque habían cambiado la hora. Se puso el abrigo y siguió a Ba escaleras abajo, pasando por la tienda. Ba iba delante, encendiendo las luces. Cuando abrió la puerta de la calle, Flora observó que ya había anochecido: un azul plomizo, aún no oscuro del todo, se cernía sobre la hilera de pequeñas tiendas de enfrente. La gente salía apresurada del metro en ese barrio residencial del norte de Londres. Hacía tan sólo un momento la calle estaba desolada y volvería a estar desolada hasta que no llegara el siguiente tren. Había hojas amarillas pegadas en la acera grasienta. Debían de haber hecho un largo camino arrastradas por el viento, pensó Flora, mientras las pisaba con cuidado en dirección a su coche, temerosa de resbalar, ahora que llevaba tan preciosa carga. No había árboles por ningún lado, pero el aire estaba cargado de un humo lejano, el olor otoñal de la quema de rastrojos.

Parecía que habían pasado mucho más de seis meses desde que todas esas hojas habían colgado, translúcidas, de los árboles, y ella disfrutaba de la primavera, sola todavía, sin esta otra vida unida a la suya, atrapada por ella.

Entre un tren y otro, el barrio adquiriría un aspecto sombrío. Las calles vacías y la iluminación aleatoria tenían algo de siniestro. Los pasajeros arrojados por el tren, que habían bajado apresurados por la ladera de la estación, se encontraban ya o estaban a punto de llegar a sus iluminadas madrigueras, recogidos para pasar la noche en su seno, en sus castillos de señores ingleses. Mientras conducía, Flora pensó primero en un clima más soleado y después en su bonita casa, en su esposo, en su amigo, Patrick, y deseó —aunque no lo suficiente como para causarle ansiedad— llegar antes que ellos.

Esa tarde que anunciaba por primera vez la llegada del invierno, Ba cerró la puerta de la tienda, subió las escaleras y, sin ningún pensamiento negativo en la cabeza, lavó las tazas de té y preparó el whisky para cuando llegara Percy.

Richard, en el andén del metro, con su cartera, su paraguas, el periódico de la tarde y una botella de ginebra envuelta en papel fino, hacía esfuerzos por no leer

los anuncios o mirar el mapa por enésima vez para contar el número de estaciones que había entre donde él estaba y St. John's Wood, que era donde realmente quería estar. El tedio de la hora punta y pasar tiempo en lugares poco agradables como éste constituían una amenaza a su cordura, pensó, por lo que se dedicó a llenar el vacío de su mente con nombres sin sentido, reteniendo imágenes banales en su retina. Miró hacia la pared de baldosas sucias que tenía delante, llevaba el bombín echado hacia atrás y golpeaba rítmicamente el suelo del andén con la punta del pie. Un poco más allá, entre la multitud, había visto a una vecina de St. John's Wood, Elinor Pringle, y estaba seguro de que ella le había visto a él. Se reconocieron, pero fingieron que no se habían visto. Ella había desviado rápidamente la mirada hacia los paquetes que llevaba en los brazos. Ambos deseaban escapar del esfuerzo que suponía mantener una conversación durante el trayecto por la amplia y tranquila avenida hacia donde vivían.

Llegó un tren que no era el suyo. Richard explicaba a todo el mundo que su tren siempre era el segundo, y describía el infierno por el que tenía que pasar, lleno de autocompasión por la hora punta, e indignado por tener que terminar su jornada laboral de ese modo, obligado, durante toda la tarde, a visualizar lo que le esperaba. Con la inminente llegada del invierno, la situación no haría más que empeorar, los abrigos húmedos, los paraguas, y los espantosos compradores con sus enormes paquetes navideños. Echó un vistazo a la señora Pringle, que parecía haber comenzado ya sus compras. Era de las que se organizaba con tiempo.

Ahora llegó el tren correcto y se abrieron las puertas ante él. No se apeó nadie y los pasajeros apretujados lo miraron con hostilidad, sin hacerle un hueco; la verdad, dudaba que pudieran, y molesto, se apresuró por el andén en dirección al siguiente vagón, en el que entró a empujones y pisó el empeine de alguien. Al oír un resoplido de dolor contenido, se disculpó y miró a tiempo para ver cómo la expresión de furia de Elinor Pringle se convertía rápidamente en una educada sonrisa que indicaba que lo había reconocido.

Se disculpó de nuevo, con más énfasis aún, haciendo equilibrios mientras el tren salía ruidosamente de la estación. Enganchó el paraguas sobre uno de sus brazos, sujetó la botella de ginebra entre sus costillas y su codo, y buscó dónde

agarrarse.

—No pasa nada —dijo su vecina—. Es que vamos como ganado... No se puede evitar.

Apoyó la barbilla sobre el último paquete de la pila que llevaba sujeta contra el pecho. Como no le quedaban manos para agarrarse, se habría tambaleado con cada movimiento del tren si hubiera habido espacio suficiente.

—¿Puedo llevar alguno de tus paquetes? —preguntó Richard, extendiendo el brazo que tenía libre para sujetarla.

—No..., muy amable... Se me van a caer todos si...

Comprendió que iba a tener que subir la colina con ella. No había forma de escapar de lo que ambos habían querido evitar. Si ella fuera Flora, pensó, alguien le habría cedido el asiento hacía rato. Nunca había visto que su esposa tuviera que viajar de pie en un autobús o en un tren; su sonrisa amable, su mirada confiada, siempre hacían que un hombre se levantara.

En Baker Street se bajó gente, y Richard y Elinor Pringle se sentaron. Ella miró hacia un lado con la intención de leer el periódico de alguien. Richard desplegó el suyo.

Estaba bastante oscuro en St. John's Wood. Richard cogió uno o dos de los paquetes, y se pusieron en marcha por las aceras cubiertas de hojas, tiritando después del calor del tren. Elinor daba pasos cortos y rápidos, aunque todavía le dolía el pie.

—¿Cómo está Flora? —preguntó.

Allá vamos, pensó Richard.

—Maravillosamente bien. ¿Y Geoffrey?

—Muy..., bueno, la verdad es que tiene un resfriado tremendo.

—Todo el mundo está igual.

—Sí..., es la época...

Ella se estaba quedando sin aliento y a él le aburría la conversación; pero ambos sabían que unos conocidos del vecindario no debían caminar en silencio.

—¡Qué cantidad de paquetes! —continuó Richard, que procuraba hacer coincidir su paso largo con los pasitos de falda tubo de ella.

—Sí. Lo siento mucho.

Esperaba que ella no pensara que estaba quejándose por tener que cargar con

uno o dos.

—No me gusta cuando cambian la hora —dijo—. No me gusta nada.

—Ni a mí —respondió ella con entusiasmo, como si acabaran de descubrir un vínculo fantástico e inimaginable entre ellos—. Se hace de noche tan temprano...

—Ayuda un poco por las mañanas, claro; aunque, de cualquier modo, por la mañana todo es espantoso.

—Ay, sí que ayuda, sí. —Su voz denotaba un alivio inmenso, pero era, sobre todo, porque había llegado a casa, una pequeña y atractiva casa de estuco que se entreveía en la oscuridad, detrás de dos araucarias.

Él y Flora habían estado allí un domingo por la mañana tomando el aperitivo. Hacía más de un año de eso. Aunque Flora había dicho varias veces que ahora les tocaba invitar a ellos, últimamente parecía haberlo olvidado.

Elinor cogió los paquetes que llevaba Richard, él sujetó la verja de hierro y se despidió. Mientras seguía subiendo la colina, pensó que ella odiaría llegar a una casa oscura y vacía después de lidiar con la hora punta; pero se la imaginaba poniéndola a punto rápidamente para el regreso de su marido resfriado, pasando de una cosa a otra de forma metódica, las habitaciones llenas de luz, las cortinas echadas y las llamas a punto de prender en la leña.

Giró por la colina hacia Beatrice Crescent. Había resquicios de luz entre las cortinas en la ventana de la planta baja de su casa, el número cinco, y vio a la señora Lodge, en el sótano, trajinando en la cocina. Tenía un aspecto acogedor, con el mantel rojo sobre la mesa y unas plantas en el alféizar. Todavía no había echado la cortina.

Vio que el coche de Flora no estaba en el garaje. Subió los dos o tres escalones hasta la puerta principal, custodiados por un par de leones de piedra, y se detuvo en el porche para buscar la llave de la puerta entre todas las demás. Cuando entró, se encontró a la señora Lodge en el vestíbulo. Al oírle, había subido corriendo.

—El señor Barlow está en la sala de estar —dijo en voz baja—. La señora lo invitó.

—Veo que la señora no ha vuelto todavía.

Se quitó el abrigo, pero parecía reacio a entrar en el salón. Es el colmo, pensó

enojado, el colmo. Se tomó un minuto para ajustarse la corbata ante el espejo.

—No creo que tarde —dijo la señora Lodge—. Quizá esté en un atasco.

Por fin, Richard cogió fuerzas como si fuera a salir al escenario y dudara de su capacidad para hacer, esa noche en concreto, una estupenda representación. Dio un paso adelante y, con un entusiasmo brusco, abrió la puerta.

—Caramba, Patrick —dijo—. Lamento que te hayan dejado solo.

Percy Quartermaine, sin aliento después de subir las escaleras, se dejó caer en su butaca preferida, frente a la mecedora en la que había estado Flora hacía un rato. Apenas se había sentado cuando Ba le puso un whisky en la mano.

—Ha venido Flora —dijo.

—Ya. Pasé por casa de Richard antes de venir y ella llegaba en ese momento. Estaba allí ese tipo, su amigo escritor, ese individuo...

—Patrick Barlow.

—... lanzando diatribas sobre el arte. Le he dicho: «Me gustan los viejos maestros, me basta con su pintura». He conseguido que cerrara el pico. No sabía qué decir. Seguro que él no tiene un Canaletto.

—Tú tampoco, cielo.

—No, pero conozco a alguien que tiene uno sobre la chimenea —su expresión malhumorada se volvió ahora incluso tierna y se quedó mirando fijamente el whisky mientras sus gruesos dedos movían el vaso lentamente—. Daría lo que fuera por tener uno como ése: el Támesis en Londres. Parece que estés allí, viéndolo de verdad, en un momento magnífico de luz. Cuando la gente habla del río, yo veo ese cuadro. Hermoso, como Venecia. No veo todos esos malditos edificios nuevos. No, Ba, me duelen de verdad. Me hacen daño personalmente.

Se estaba poniendo furioso otra vez y había empezado a acariciarse el pecho como si el dolor y la indignación le estuvieran presionando. Ba se sentó plácidamente en la mecedora y sonrió. Le había dado muchas vueltas a cómo habría sido su esposa, y una vez se lo había preguntado.

—Pequeña y bonita —había dicho él sin más detalles—. Más bien apocada.

¿Apocada ante la vitalidad de él, acobardada ante la fuerza de su monstruoso egoísmo?, se preguntó Ba. Seguro que había sido el amo y señor de todo.

—Ese tipo —dijo—. ¿Qué ven estas mujeres en él, por el amor de Dios?

¿Flora? ¿Meg Driscoll?

—A mí me parece simpático. Es complaciente, sí, es muy complaciente y tiene una cara bastante agradable.

—Pero ¿para qué?

—A mí también me gusta.

—Escapa a mi comprensión.

Demasiadas cosas habían escapado a su comprensión en las últimas horas — en los últimos veinte años, mejor dicho—, y le molestaba lo que él consideraba pretenciosidad o empecinamiento. Le daba la sensación de que había cosas que se hacían y decían simplemente con el fin de enojarle. Hasta los altos edificios nuevos a lo largo del río parecían diseñados para disgustarle, y nunca conseguía verlos sin esa sensación de que constituían una ofensa personal.

—Sois bobas por dejaros engatusar de esa manera —dijo.

—¿Por qué este odio? ¿Por qué el miedo? —preguntó Ba—. Empieza a parecerme sospechoso. Lo estás sacando de quicio.

—¿Sacando de quicio! ¿Sabes que esa chica, Driscoll, está enamorada de él? ¿Cómo puede ser?

—Es la tragedia de Meg. Está fuera de nuestro alcance. No hay nadie a quien culpar ni nada que hacer.

—Bueno, mientras nosotros estemos bien —dijo con resentimiento.

—Sí. Tal vez no sea una actitud muy noble.

—De lo más noble. Y agradecida. Ya te lo he dicho, me gusta la gratitud. — Mientras decía esto se iba hundiendo en la butaca—. Y te estaría muy agradecido si me sirvieras un poco más de whisky, querida.

Ba le llenó la copa y se fue a preparar una de esas meriendas cena que se tomaban en una bandeja. Tenía una afición infantil por las alubias al horno sobre pan tostado, y los huevos con patatas fritas.

—¿Quieres ver la televisión? —preguntó antes de ir a la cocina.

Él dijo que no con la cabeza; estaba absorto, y apenas oyó la pregunta, desconcertado y enojado por las cosas que había dicho Flora antes. Al marcharse, ella le había acompañado a la puerta, y, mientras cogía el abrigo, le suplicó por segunda vez que se quedara a cenar.

—Siempre voy a casa de Ba —le respondió.

Ella lo sabía.

—Y eso me preocupa —respondió Flora, con sus grandes ojos perplejos fijos en él—. Es difícil para una mujer vivir y trabajar en un lugar donde corren habladurías sobre ella.

O algo similar, recordó; palabras que terminaron con las manos suplicantes de ella debajo de las solapas del abrigo de él.

—Me gusta Ba: me gustáis mucho los dos. Me encantaría que lo vuestro fuera definitivo.

Ba le había rechazado una docena de veces, pero cada vez que le explicaba esto a Flora, ella sonreía con ternura y negaba cariñosamente con la cabeza; como si ella tuviera las respuestas, como si supiera algo que él no podía comprender, tal vez que Ba se estaba haciendo de rogar. Que le hubiera rechazado no suponía un problema para él. Le gustaba el acuerdo que tenían. Indudablemente, dos casas son más caras que una; pero había suficiente dinero para permitirse ese lujo. Disfrutaba haciendo lo que le daba la gana durante el día y esperaba con ilusión las noches relajantes y hogareñas.

Hacía mucho tiempo que no hacían el amor. A menudo se olvidaba de darle un beso de buenas noches cuando se iba a casa a las diez; a veces lo recordaba en el coche, de vuelta, y se sentía culpable. A su esposa le importaban esas cosas, suspiraba y hacía pucheros, poniendo de manifiesto que estaba dolida. Era una reacción bonita, de niña, recordó. Ba no era del tipo que suspiraba y hacía pucheros, y ahora se preguntó, mientras ella freía patatas en la pequeña cocina, si la valoraba lo suficiente. Acababa de decirle que le gustaba la gratitud y sin embargo ahora había reparado en que estaba en deuda con ella. Ba le estaba dando su vida. Trabajaba de firme en la tienda, compraba, servía, hacía las cuentas; y luego, por la noche, le freía todas esas patatas. Se sintió incómodo por ella. Si la gente chismorreaba, la gente del barrio en el que se ganaba la vida... ¿Cómo podría averiguar él si todo eso era verdad? Había oído historias de éstas que sucedían en los barrios residenciales.

—¿Qué has hecho hoy? —preguntó ella cuando volvió con la bandeja de la cena.

«Nadie fríe tan bien como una mujer judía», pensó, mirando los crujientes filetes de pescado.

—Por la mañana he ido a la fábrica a echar un vistazo.

Aunque se había retirado, Percy todavía consideraba que tenía que interesarse por el negocio familiar; y disfrutaba interrumpiendo, apartando un rato a los hombres mayores de su trabajo para hablar de los viejos tiempos y preguntarles por la familia. A Richard eso le ponía muy nervioso, lo sabía.

—Por la tarde he estado en mi clase de piano —continuó.

—¿Cómo vas? —preguntó Ba.

—¿Sólo te comes el pescado? Serás boba...

—¿Has empezado a tocar una nueva pieza?

—Sí, «Fairy Footsteps». Suena infantil, pero es muy bonita.

—Tengo que oírla cuando vaya a medir las cortinas.

—Primero voy a practicar un poco más. Ba, este asunto de las cortinas... Haces demasiadas cosas.

—Podemos pasarnos una tarde, o el domingo.

—¿No podemos encargarnos en una tienda? Ba, ¿por qué no contratamos a alguien para que haga todo eso? Puedes tener todo lo que quieras.

—¿Yo?

—Sí. Cásate conmigo. Total, ¿qué más te da?

La miró mientras alcanzaba el bote de salsa de tomate.

Ella dejó a un lado su bandeja, con el pescado a medio comer. Se había acostumbrado a comer muy poco. Si estuvieran casados, podría convencerla de que comiera más, pensó Percy, compraría pequeños dulces para abrirle el apetito.

—Creo que estamos muy bien como estamos, Percy. Estupendamente bien. Tú mismo lo has dicho. Cielo, no puedes tomar whisky con *fish and chips* —dijo, mientras él le tendía el vaso vacío. «Algún día lo haremos», pensó, mientras se levantaba a buscar la botella. «Cuando sea muy viejo me necesitará.»

Le llenó el vaso y se sentó.

—Creo que estamos mucho mejor así —dijo de nuevo—. Y, Percy, procura que esa copa te dure. Tienes que conducir.

Richard y Flora se iban a la cama temprano. Flora, con la piel rosada tras el largo baño caliente que tanto le gustaba, se puso el camisón y el chal, y comenzó a cepillarse el pelo. Estaba pensando en su madre, como siempre que hacía lo que

ella le pedía. Obediente aún, se peinó, contando las veces que se pasaba el cepillo. Cuando se acordaba de su madre, su rostro adquiría una expresión triste, porque la idea de esa vida solitaria junto al río otoñal, con el invierno a la vuelta de la esquina, la apenaba y la hacía sentirse culpable.

—¿Podemos ir a ver a mamá pronto? —preguntó a Richard, que estaba quitándose la camisa y fingió no haberlo oído. Ella suspiró. En el momento que dejó el cepillo, volvió a animarse. Cuando Richard se hubo desembarazado de la camisa, se percató de que tenía cara de enfado y decidió posponer su petición y hablar de otra cosa—. ¿Has tenido un día espantoso, cariño?

—Bastante horrible —respondió él.

—¡Pobrecillo! —dijo, mientras abría un pequeño tarro de crema y comenzaba a darse golpecitos alrededor de los ojos, inclinándose hacia el espejo, mirando cómo se desvestía—. ¿Qué has comido?

—Por Dios, no me... Ah, sí, carne cocida y zanahorias.

—Pero si te encantan las dos cosas. ¿Qué demonios te ha hecho cambiar?

—No he cambiado. Todavía me encantan la carne cocida y las zanahorias.

—Cariño, me estás gritando —dijo en un susurro, algo perpleja—. Sólo quería... Pensé que habías dicho «carne y zanahorias» en un tono de asco. Eso es todo.

—No estaba asqueado por eso —respondió tranquilo, en un tono más bajo—. Me ha asqueado el día. Mi padre me ha hecho perder el tiempo esta mañana, todo se retrasa. Estaba cansado e irritado, y cuando he llegado a casa no esperaba, ni quería, encontrarme a Patrick, ni tener que estar a solas con él todo ese rato, escuchándolo y respondiendo todo el tiempo. Hace demasiadas preguntas.

—¿También has comido empanadillas?

—No, he dicho que no a las empanadillas.

De todas formas, tenía pinchazos, sentía un ardor en el pecho.

Se metió en el cuarto de baño y cuando volvió mezcló unos polvos blancos en un vaso de agua. Flora lo miraba angustiada, le asaltó otra oleada de inquietud y de culpa. Las molestias estomacales eran un reproche hacia ella. Flora, que era tan capaz de resolver los problemas de los demás y acabar con sus trastornos, nada conseguía con la salud de su esposo. Echaba la culpa a su trabajo, a su vida

dedicada a los negocios —la mayoría de los hombres de negocios tenían úlceras, como decían por ahí y a ella le gustaba repetir—. Que su trabajo, además, tuviera una presencia tan grande en su hogar, que tuviera el poder de trastornar su vida juntos, era una afrenta. En este punto, sintió que su confianza se desvanecía. Ese otro mundo de él escapaba a su influencia. Tenía una vaga idea de lo que ocurría en la fábrica y los almacenes, había ido una o dos veces a aquel barrio siniestro y había pasado de un departamento a otro, donde olía a pegamento y barniz. Se había sentado en su despacho —como si fuera una invitada, con la secretaria de él haciendo de anfitriona— y había aguardado hasta que Richard la llevaba a almorzar, mientras le interrumpían constantemente y le llamaban por teléfono. Todo eran idas y venidas, mucho movimiento. Llegó a la conclusión de que él tenía que ser más inaccesible, culpó a la secretaria, se vio a sí misma ocupando su lugar, redirigiendo las llamadas, delegando.

Aunque se suponía que era un hábil hombre de negocios —su padre siempre lo decía y había delegado todos los asuntos en su hijo—, Flora pensó, y quiso decírselo, que debía de haber algún error en la forma de organizarse para que le molestaran siempre de aquella manera.

Se metió en la cama y se quedó sentada mirándolo, le brillaba ligeramente la piel alrededor de los ojos, tenía el pelo recogido detrás de las orejas.

—¿No puedes *delegar* más? —le preguntó, perpleja.

Richard se bebió la medicina, agitó lo que quedaba en el vaso y se tragó los posos. Observándole a la defensiva, ella había enfatizado ese verbo que utilizaba tan a menudo, pasando la pelota a otro.

Él no tenía respuesta. Se metió en la cama, apagó la luz y aguardó a que el dolor aminorara, reprimiendo pequeños eructos.

Le alegraba saber que había una manera de quitarle el mal humor. Le obligó a mirarla, le puso los brazos sedosos alrededor de los hombros. Un final a las quejas. Bondadosamente, se entregó a él como un regalo.

Capítulo 3

El sábado por la mañana, temprano, en una habitación de un hotel para viajeros de comercio en Towersey, Meg Driscoll se despertó y oyó las sirenas de los barcos en el río. A veces, oía esos sonidos inquietantes durante la noche mientras las barcas avanzaban lentamente hacia Londres. Si se sentaba erguida en la cama, podía ver los barcos pasar y algunos remolcadores con chimeneas de color rojo que estaban amarrados.

Se levantó, se puso la gabardina y se encaminó por el pasillo oscuro hasta el lavabo. Probó, sin demasiada esperanza, la puerta del cuarto de baño que había al lado, pero estaba cerrada. Incluso con cosas tan nimias como ésta tenía mala suerte.

Cuando terminó de asearse en su habitación y se hubo vestido, se acercó, emocionada, a la ventana, atraída por la escena de tráfico fluvial. Aquí nacía el estuario, y hacia el este, el amplio horizonte estaba lleno de barcos. Al otro lado, se elevaban las grúas, las chimeneas, los mástiles. Salían bocanadas de humo que cambiaban de forma y se extendían por el cielo azul pálido, y había un brillo bullicioso en la mañana.

El hotel disponía de un pequeño jardín privado al otro lado de la carretera, que llegaba hasta la orilla del río. Tenía unos parterres de césped perfectamente alineados, un camino entre árboles cubiertos de hollín y algunos bancos donde sentarse.

Subió la ventana de guillotina con la intención de asomarse cuando, de repente, imaginó la voz de su madre advirtiéndola de que tuviera cuidado. Recordó un episodio de su infancia, sobre una joven que se asomaba a la ventana para susurrar algo a su amado, que se encontraba abajo, en el jardín, cuando la hoja de la ventana que había abierto se había descolgado con gran estrépito y había cortado la cabeza a la desdichada dama —o algo parecido— ante la mirada de su amante. Meg enderezó la espalda con cuidado, y, cuando terminó de meter

las manos, la ventana comenzó a cerrarse lentamente. Pensó en su querida madre, cuyos consejos prácticos —cómo limpiar los cepillos de pelos, sacar tijeretas de las lechugas y evitar la guillotina— nunca olvidaría, aunque su aspecto y su voz empezaban a desvanecerse en su mente.

La parte superior de la ventana estaba atrancada y resultaba imposible moverla, así que mantuvo abierta la parte inferior con una Biblia de tapas rojas que había encontrado en la mesita de noche. Se sentó en el sitio desde el que se veía el río y comenzó a revisar un montón de papeles del agente inmobiliario. La tarde anterior había visto algunas casas y pisos, y se había ido a dormir desanimada; pero el frescor del día y el bullicio del sábado por la mañana hicieron que viera las cosas de otra manera.

Fue Patrick Barlow quien tuvo la brillante idea de Towersey, cuando South Kensington empezó a ser demasiado caro y Notting Hill Gate demasiado deprimente. Tenía una amiga que vivía allí, una pintora, y había quedado cautivado por el ambiente de la pequeña ciudad a orillas del Támesis. Le describió a Meg las calles de casas bajas donde los funcionarios de aduanas, los marineros y los barqueros vivían retirados, observando el tráfico fluvial a través de las cortinas de encaje, o tras las aspidistras de sus salas de estar; a veces, le había contado, miraban por un telescopio. A él le pareció que una casa así de pequeña le vendría muy bien a ella, estaría dentro de su ajustado presupuesto. Con una mano de pintura tanto en el interior como en el exterior, podría tener su gracia e incluso resultar una inversión.

«Pon césped. Píntalo de blanco», era el consejo que la madre de Meg daba a los amigos con jardines raros o muebles feos.

Se iba a pasar toda la mañana estudiando las posibilidades, y por la tarde — cuando Patrick Barlow se reuniera con ella—, confiaba en poder tomar una decisión. A Kit, que estaba en Berkshire rodando una película para la televisión, su primer trabajo en meses, le importaba bastante poco dónde vivir, así que lo había dejado en sus manos; como todo lo demás.

Cuando terminó de ordenar los papeles, hizo su bolsa de viaje, sacó la Biblia de la ventana y la colocó en la mesita de noche, lista para el siguiente viajero desesperado. Había leído un poco la noche anterior —la primera vez que abría una Biblia desde la escuela—. Tenía un índice especial —para quienes

estuvieran en el hospital, en la cárcel o en una habitación de hotel— que dirigía al lector a los pasajes útiles si se había desviado del camino, se había marchado de casa, buscaba paz o no tenía amigos. Nada para ella. Nada para los que necesitaban un nuevo hogar, estaban enamorados de la persona equivocada o se habían hartado de las responsabilidades. Nada en el índice, mejor dicho. En la propia Biblia se puede encontrar todo. O eso recordaba que le habían dicho.

La luz de la mañana era más intensa cuando salió a la calle. Las nubes se deslizaban por el cielo, el humo se elevaba. Varios cisnes alzaron el vuelo unos segundos, sumándose a la agitación. Mientras se alejaba del río en dirección a la agencia inmobiliaria seguía oyendo el constante ruido del tráfico fluvial y el griterío de las gaviotas. Las calles ya estaban en pleno ajetreo, las mujeres paquistaníes, con abrigo sobre sus saris, tiritaban mientras hacían la compra; los jóvenes —algunos con turbantes y sombras de bigote— jugaban a la rayuela en las aceras o hacían carreras con camiones de fabricación propia sobre los adoquines. Había gatos por todas partes.

Esto es emocionante, pensó Meg. Tal vez lograría dejar atrás la melancolía, en Londres. En su vida habría aún tardes monótonas de oficina con la niebla oscureciendo el cielo por momentos, el aire sucio azotando ventanas sucias, aunque con una perspectiva diferente por delante al terminar el día: una casa con los muebles de su madre, en lugar de mesas, sillas, armarios inmensos y estufas de gas ennegrecidas de otras personas.

La euforia terminaría por desaparecer. Visitando una casa tras otra con el agente inmobiliario, perdió la ilusión. Las puertas de entrada daban paso a estrechos corredores oscuros y escaleras desvencijadas. Vio papeles pintados con manchas de grasa, baños sucios y las mismas estufas de gas viejas y ennegrecidas. Todo esto lo vio con los ojos de su madre y, a veces, sin motivo alguno, con los de Patrick Barlow.

—Me imagino a mamá revolviéndose en la tumba —dijo Meg desolada. Era la mejor opción de unas cuantas muy malas. El número siete de Alpha Terrace.

Estaba junto al balcón polvoriento. Por uno de los lados, apenas alcanzaba a ver una chimenea amarilla por encima de los tejados y una grúa.

—Ahí está el río —dijo.

—Tienes que ver la habitación desde otra perspectiva —sugirió Patrick mientras daba una patada al linóleo podrido que estaba pegado a la madera del suelo—. Imagínatelo limpio y pintado. Cuéntame cómo son los muebles de tu madre.

Había dos sillas de respaldo redondeado tapizadas en terciopelo, y Meg se las describió. Se llevó los dedos a la frente intentando recordar, pero los muebles habían estado tanto tiempo en un almacén que no conseguía visualizarlos con claridad.

—Bueno, las sillas son un buen comienzo. Podemos empezar por ahí —dijo Patrick. Tenía que animarla a menudo para sacarla de la tristeza y contaba con una voz especial para hacerlo—. Me estoy imaginando esto como un pequeño salón victoriano. ¿De qué color son?

—Amarillo. Un amarillo más bien oscuro.

—Precioso. Podemos poner unas cortinas a juego.

«Nosotros», pensó Meg. Le gustaría que dejara de hablar como si fuera su decorador. Estaban solos en la casa. Ella tenía las llaves del agente y había que devolverlas pronto, antes de que cerraran la agencia.

Todas las paredes de la habitación estaban revestidas por unos paneles marrones y barnizados, de un metro de altura. Patrick los golpeó con los nudillos.

—Esto se podría pintar de blanco —dijo.

Ella ni siquiera se molestó en darse la vuelta para mirarlo, se limitó a soltar una breve risita despectiva. Patrick se preguntó por qué.

Dos chicas habían atado una cuerda al poste de la luz y una saltaba a la comba, mientras la otra la hacía girar. El camino que conducía a la casa era de losas grises de forma irregular. Una hilera de malvarrosas muertas caía sobre la valla de madera.

—Me gusta la valla de madera —dijo Meg—. Da la sensación de que estás en el campo. Se debe de estar haciendo tarde. Tengo que devolver la llave.

Le afectaban mucho los cambios de luz, el clima, el transcurrir de la jornada y el día de la semana. Su optimismo matutino había desaparecido y se había apoderado de ella la tristeza del sábado por la tarde, lo cual, tal como se temía, sólo podría tolerar si estuviera felizmente enamorada; en cuyo caso, un paseo en

un día sombrío o una habitación en penumbra a la hora del crepúsculo podría resultar deliciosamente melancólico. Pero siendo las cosas como eran y no estando felizmente enamorada, se azoraba; temía que, en esta sombría habitación, acabaría por pedirle algo —con palabras o no—, pondría en evidencia su necesidad de cariño, su soledad. Se temía a sí misma y quería salir a la calle, sumergirse en la actividad de las tiendas, protegerse hasta que la falsa seguridad del sábado por la noche le cambiara el humor.

Cerraron la puerta con llave y caminaron a lo largo de la hilera de casas, bajo la mirada descarada de los niños y los vistazos furtivos de las mujeres que regresaban a casa después de hacer la compra. Las calles y callejuelas entre el río y High Street eran pobres, pero su aspecto era limpio y ordenado. Las pequeñas tiendas de las esquinas estaban muy iluminadas. Se podía oler el carbón de una carbonería, tras unas grandes puertas, y, desde más lejos, llegaba el olor a frito del *fish and chips*.

La decorativa torre del reloj era el centro del barrio y a su alrededor había tristes edificios municipales, de color marrón, servicios públicos, la oficina de Correos y los grandes almacenes Woolworths. Meg dejó la llave en la agencia inmobiliaria y siguieron paseando por High Street, hasta que encontraron una pastelería donde tomar el té, aunque Patrick le había prometido y había buscado una que tuviera vigas de madera, sartenes de cobre y pasteles refinados.

—Cada pueblo tiene una, ¿no? —se quejó, mientras esperaban el té en una mesa de azulejos iluminada por el brillante destello de un fluorescente.

Bajo esa luz, la mantequilla, cuando por fin la trajeron, tenía un aspecto verdoso sobre los triángulos de pan. Igual que el pelo de Patrick, pensó Meg, mirándolo mientras le servía el té y le tendía la taza. Lo que le quedaba de él. Todavía no había cumplido los cuarenta, pero la línea del pelo estaba retrocediendo rápidamente. Era de tez pálida y tenía los ojos de diferentes colores: uno azul y otro marrón.

—Estos pasteles son horribles —murmuró.

Eran grandes, de color amarillo brillante, algunos cubiertos de coco seco. Uno tenía hojas de mazapán verde en forma de coliflor; otro estaba lleno de agujeros donde alguna vez hubo unas pasas que se habían caído.

—Sirves el té con tanto estilo... —dijo Patrick.

Había veces que ella quería hacerle daño con verdadera saña; ahora, por ejemplo, deseaba acercarse a él y decirle: «¿Por qué te tiñes el pelo? Sé que lo haces. Con esta luz, tiene un aspecto absolutamente lamentable».

Descubrió la mirada de Patrick al levantar la taza. Era como si hubiera adivinado lo que le estaba pasando en ese momento por la cabeza. «No es tonto», pensó, sintiéndose avergonzada y despreciable. Había renunciado a su tarde, había venido a Towersey en tren, intentaba ser positivo, estaba soportando esta merienda en la que se sentía completamente fuera de lugar. Podía estar en su piso acogedor y elegante, escribiendo su novela, cortando sus plumas de ganso, cubriendo el suave papel con su hermosa letra, haciendo una pausa para reflexionar mientras paseaba por la habitación. La imagen que todos tenemos de un escritor. A veces ponía un disco para acompañar su inspiración. El humo del incienso se elevaba en forma de espiral. Las cortinas de seda color pergamino siempre estaban corridas y las lámparas encendidas. No quería que nadie, y menos él mismo, mirara hacia la iglesia congregacional al otro lado de la calle.

—Te estoy muy agradecida —le dijo Meg—. Has sido muy amable.

—Es que estoy muy emocionado con esto. Además, había que hacer algo. Estabas viviendo por encima de tus posibilidades.

Eso era cierto. Se lo había contado todo, le había entregado sus extractos bancarios para que los revisara, le mostró las pocas acciones que tenía. Kit no servía para esto, no entendía nada de finanzas. Le quedaban tres mil libras del dinero de su madre y, como había dicho Patrick, debía hacer algo rápido con ellas, o se le irían en el alquiler de pisos amueblados.

Lo había conocido en casa de Flora justo cuando acababa de morir su madre y encontró en él —Flora le había puesto al día previamente, por supuesto— una especie de conmiseración tan ligera que incluso ella podía soportarla; y al final había terminado incluso por necesitarla. Desde el principio, Meg supo que ahí se terminaba todo lo que ella podía esperar de él, y no le había preocupado, porque tampoco ella deseaba adquirir compromiso alguno.

Era uno de los muchos hombres que Flora invitaba a su casa siempre que venía Meg. Esperaba ansiosa las reacciones de su amiga en cuanto se veían a solas, a veces aprovechando la hora del almuerzo de Meg, cuando Flora salía de compras. Ésta había decidido que sería muy feliz si lograba colocar a Meg, pero

a su amiga le parecía que lo hacía de una forma extraña y se preguntaba qué sabía Flora, si es que sabía algo, sobre los demás. Su madre sólo le había ofrecido la visión más bonita de la naturaleza humana y ningún aspecto que hubiera descubierto después parecía haber dejado huella en ella.

—Es muy simpático —afirmó Meg cuando Flora se dedicó a elogiar a Patrick—. Es simpático y amable.

—Me ha dado la sensación de que le has gustado —dijo Flora con una de sus sonrisas—. Te ha acaparado toda la noche.

—Hablas como Isabella Thorpe —respondió Meg. Notó que fruncía los labios, enojada—. Y no me gusta —añadió.

Pero nadie se enfada con Flora, pensó Flora, y su sonrisa se hizo aún más grande y se rió. No tenía la menor idea de lo que quería decir Meg.

Sin embargo, últimamente apenas invitaba a Patrick y Meg al mismo tiempo y casi no hablaba de él con su amiga, quien se preguntó si tal vez Richard había intervenido en el asunto. Siempre hacía conjeturas amargas sobre lo que la gente decía. Su demostración de valentía probablemente no engañaba a nadie. «Seguiré así toda la vida —pensó—. Seré conocida por ser así.»

Patrick se quedó callado, mirando la mesa. Solía quedarse así, sin hablar, y hacía que los demás se sintieran incómodos, porque parecía que estaba a punto de decir algo y que luego se lo pensaba mejor. No era impulsivo, tenía tendencia a sopesar lo que decía; pero asistir a este acto resultaba inquietante.

—¿Dónde vive tu amiga, Liz Corbett? —preguntó Meg.

Liz Corbett era la pintora.

—Cerca del río, encima de un local vacío; muy de Dickens. Al lado de un pub que se llama The City of London.

—Lo he visto esta mañana.

—¿Te gustaría hacerle una visita? ¿O estás cansada? Aunque puede que no te guste. No cae bien a todo el mundo.

Meg se preguntó qué tipo de celos le asaltaban de repente; celos de la parte desconocida de su vida, supuso.

—Sí, creo que me gustaría..., si tú quieres —dijo en un tono incierto. Lo único cierto es que de ese modo su tarde con él se alargaría un poco más.

—Bueno, nos vamos de aquí cuando quieras.

Abrió el bolso, guardó el paquete de cigarrillos que había dejado sobre la mesa, cogió sus guantes y los alisó; pero Patrick, de momento, seguía sin moverse.

—Meg... —dijo, vacilante.

Ella se dio cuenta de que era en ese preciso instante cuando iba a decir lo que había estado pensando todo ese rato. Él seguía con la vista fija en la mesa. Ella miró el anillo de él. Tenía una piedra verde oscuro.

—Meg, ¿qué pasa con Kit? ¿A qué se dedica?

—Ya te lo he contado, la película de televisión. Hace de policía, aunque creo que no tiene que decir nada.

—Eso ya me lo has dicho. Lo que quiero decir es: ¿cuánto tiempo va a mantener esta farsa? ¿Y durante cuánto tiempo vas a mantenerlo tú a él para que pueda mantenerla?

—Es joven todavía.

—Ha malgastado un montón de tiempo y dinero en la Escuela de Arte Dramático. ¿No deberíamos enfrentarnos ya al hecho de que nunca será un buen actor?

—¿Nosotros? —Esta vez dijo la palabra en voz alta, en un tono neutro y distante. Abrió el bolso, miró un momento en su interior, luego lo cerró en silencio y levantó la cabeza.

—Quizá he supuesto demasiado. Después de todo, tienes a Flora para compartir confidencias.

—¿Flora? —dijo Meg con voz sorprendida—. Es Kit quien confía en Flora. Ella le da muchos ánimos, siempre lo ha hecho. No sirve de nada que yo diga algo realista sobre el dinero y el futuro cuando Flora lleva años inculcándole que pronto será un gran actor.

—Es raro que le haga tanto caso. No pensaré que ella sabe algo sobre estos asuntos.

—Desde que estaba en el colegio, Flora era una especie de diosa para él. No se le ha pasado. Kit aún conserva una foto que le hizo el día de su boda; el velo como una nube y rodeada de palomas.

—¿De palomas?

—Una se le posó en la mano.

—Qué espanto. No podría soportar que me tocara un pájaro. ¿Richard también está con una?

—Richard no sale en la foto.

Se miraron; luego Patrick se levantó apresuradamente, sacó algo de dinero del bolsillo y Meg, con la cabeza gacha y los labios fruncidos, se puso los guantes. En la calle se rieron y él la tomó del brazo. Caminaron rápidamente, y cuando la risa fue perdiendo fuerza, él la reavivó diciendo:

—¡Esas palomas, Meg! ¡Las palomas! —Se detuvo ante el escaparate mal iluminado de una tienda—. Un momento —dijo—. ¿Qué tal algo de aquí como regalo de Navidad?

Era un sitio donde se hacían tatuajes, y el escaparate estaba lleno de fotografías y diseños.

—Mira esto, la Crucifixión —dijo Patrick—. «Para cubrir toda la espalda» —leyó—. Incluyendo figuras de dolientes.

—La tumba del marinero es muy triste —dijo Meg. Un barco azul estaba a punto de volcar y aparecían oscuras cabezas entre las olas puntiagudas—. «Amor a mamá y papá» —leyó.

—Aquí está La Ruina de la Humanidad —dijo Patrick con la cara pegada al cristal—. ¡Mira ésta! Chica desnuda sobre un vaso de champán. ¡Las burbujas! ¿Qué es eso que hay debajo? ¿Unos dados?

—La Ruina de los Marineros no es más que una botella de ron y un pecho.

—¿Cómo no vas a vivir aquí, donde hay tiendas tan bonitas como éstas?

Bajaron por la colina hacia el río. Ella caminaba torpemente, con la mano de él bajo el codo. Se sentía incómoda con su sexualidad, era una incomodidad teñida de vergüenza. Cuando tropezó en el pavimento irregular, Patrick la sujetó.

—El río está precioso —dijo Patrick cuando, al doblar una esquina, lo vislumbraron al final de la calle. Sacó la mano de debajo del brazo de ella y se detuvo bajo una farola para mirar el reloj—. Los pubs ya están abiertos —añadió—: Vamos a The City of London y compro una botella de whisky.

No volvió a tomarla del brazo, y ella se metió las manos en los bolsillos.

—Ay, me lo estoy imaginando. —Empezó a reír de nuevo—. ¡Esas horribles palomas!

Meg, a su lado, sonrió para sí, contenta de haber conseguido que se riera.

Frente al río había una hilera de almacenes, un muro alto de ladrillo de una cervecería, una o dos tiendas pequeñas y el pub The City of London. A pesar del nombre, el interior era como un pub de pueblo, con bancos barnizados y una diana para jugar a los dardos. Sólo había un cliente, un anciano que miraba su jarra de cerveza con el aire melancólico y ensimismado de los bebedores de cerveza solitarios.

—Tu nuevo bar —murmuró Patrick a Meg, echando un vistazo a su alrededor.

El propietario se quedó mirándolos mientras bebían, con las manos apoyadas sobre el mostrador, en actitud paciente pero desconfiada. Un reloj marcaba los minutos con un sonido contundente y enloquecedor. Del techo oscuro colgaba un papel atrapamoscas con numerosas moscas del verano pegadas en él.

Tan pronto como se terminaron las copas, Patrick compró la botella de whisky y se marcharon.

—Detesto ese olor rancio y frío de los pubs londinenses —dijo Patrick—. Es aquí.

Se detuvo en la tienda vacía. La ventana estaba rota y dentro había periódicos y cajas destrozados. Intentó abrir una puerta que había junto a la puerta principal, pero estaba cerrada. Tocó el timbre y enseguida oyeron que alguien bajaba por una escalera de madera sin alfombrar.

—En vías de demolición —dijo Patrick—. Ya huele a destrucción.

Meg estaba inquieta, se preguntó con quién se encontraría.

Liz Corbett —una mujer joven, baja, tirando a gorda y con el pelo despeinado — tenía una expresión firme, miraba tan fijamente que se diría que era incapaz de mostrar un atisbo de sorpresa o de alegría. Desde luego, en ese preciso instante no mostraba ninguna de esas cosas: era como si los hubiera estado esperando, pero sin ningún entusiasmo.

—Pensé que habrías dejado de trabajar por hoy —dijo Patrick cuando le presentó a Meg.

Sin responder, Liz les pasó el brazo por delante para cerrar la puerta de un portazo.

—Mejor voy yo primero —dijo, y comenzó a subir por la escalera estrecha y mohosa, entre unas paredes de yeso que Meg procuró no rozar. Consciente de la tensión que había, siguió los talones desnudos escalera arriba; con cada paso se

salían, amarillos y huesudos, de las sandalias rotas.

El estudio que había en el piso superior era amplio, un viejo almacén con una gran ventana orientada al noreste. Estaba lleno de desechos: restos de flores muertas y de perifollo, plumas de pavo real, pedazos rotos de cerámica, platos con mezclas de pintura, una maraña de lunaria, varias conchas grandes, calabazas, cabezas de adormidera y calabacines.

Meg se sentó en una silla giratoria con las ruedas rotas, Liz cogió un gran gato persa y se sentó en la cama con él en su regazo. El gato y ella se quedaron quietos, mirando fijamente a Meg. Patrick sirvió el whisky; el vaso que le ofreció a Meg parecía usado, como si alguien le hubiera echado el aliento. Era extremadamente maniático con lo pulidos que debían quedar los vasos en su propia casa. «Odio estar aquí —pensó Meg—. ¿Por qué cree esta mujer que tiene derecho a comportarse así?» Mantuvo la vista lejos del lienzo que estaba sobre el caballete: decidió que mirarlo hubiera sido como ir a casa de un escritor, Patrick, por ejemplo, y leer un manuscrito a medio terminar.

Mientras Patrick contaba cómo habían pasado la tarde y explicaba su visita inesperada, con aspecto de estar muy a gusto, Liz se volvió para mirarlo detenidamente y luego miró de nuevo a Meg; escuchaba mientras retorció con los dedos sus ásperos tirabuzones en forma de pincho. Su mirada inexpresiva pasaba lentamente de uno a otro, y la del gato también. Éste era una prolongación de ella —como si ella no fuera suficiente, pensó Meg—, un segundo par de ojos. Después de un rato, Liz se levantó, con el gato todavía en los brazos, buscó una estufa eléctrica, se la colocó delante y se frotó las piernas moteadas.

—¿Has terminado la novela? —preguntó bruscamente en cuanto Patrick dejó de hablar, como si hubiera tenido eso en la cabeza todo el tiempo, cuando él creía que le había estado escuchando.

—No. No está terminada. No la he terminado —dijo con una voz distinta. Después se levantó y comenzó a caminar por la habitación, con el vaso en la mano.

—Tu nombre empieza a ser más conocido que tus obras —dijo Liz con severidad—. Tanta reseña y tanto programa. Pero no trabajas nada. Vas a acabar siendo un diletante de la literatura.

—No busques pelea, querida —dijo Patrick—. Ya sabemos lo trabajadora que eres tú. ¿Por qué no nos dejas ver lo que has estado haciendo?

Sin vacilar, y como para dar a entender que ella al menos tenía algo que mostrar, desenganchó las garras del gato de su jersey, lo dejó cuidadosamente en el suelo y se acercó a una pila de lienzos.

Las pinturas, a las que dio la vuelta para distribuirlas por la habitación, apoyándolas en sillas o contra las patas de la mesa, asombraron a Meg. Si las hubiera visto sin saber nada de Liz, hubiera sentido un tremendo afecto por la persona desconocida que las había pintado. Los desechos esparcidos por el suelo y por toda la habitación habían sido recreados, rearmados una y otra vez, formando conjuntos delicados e intrincados, bajo una luz vibrante. Los mismos objetos —el perifollo seco, la jarra resquebrajada y agrietada en la que Patrick había traído agua para sus bebidas, las plumas de gallo— estaban en un cuadro tras otro, incluso los restos dispersos de la vista del río desde su ventana: basura flotante, humo sucio y brazos de grúas. También había algunas niñas pálidas, con ojos muy abiertos, sosteniendo la concha más grande, o el gato, o el sombrero de paja deshilachado que ahora colgaba del picaporte de la puerta con una cinta roja.

—Es la persona más creativamente ordenada que conozco —dijo Patrick dirigiéndose a Meg—. ¿Quién lo diría? Liz, tienes la paciencia de un pájaro que recoge restos y pedazos de aquí y de allá para hacer un nido hermoso y ordenado.

Liz, que se había dejado caer sobre la cama otra vez, se estaba rascando una costra del tobillo.

—Los escritores siempre hablan de pintura de una forma embarazosa —dijo con desdén.

Patrick leyó la parte de atrás de un lienzo:

—*Conchas con plumas*. Me encantan los nombres de los cuadros. Son mucho más evocadores que los títulos de los libros. Se le encogería el corazón a cualquiera ante una pintura que se llamara *El mercader de Venecia*.

—El corazón se nos encoge de todos modos —dijo Liz.

—A mí me gustaría leer un libro que se titulara *Mandolina y fruta*.

—Me encantan las niñas —dijo Meg tímidamente, con temor a ser

abofeteada.

—Las niñas pálidas, pálidas —dijo Patrick mientras se inclinaba para mirar a una, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Con dismenorrea, como dice mi hermano —dijo Liz—. Estudia medicina —le explicó a Meg—. No es crítico de arte.

Patrick se enderezó, llevó el vaso al fregadero y lo enjuagó, aparentemente muy concentrado en la tarea. Liz le observó con la cabeza ladeada.

—¿Nunca pones un poco de orden? —gruñó a la vez que intentaba encontrar un hueco en el escurridor.

—Lo van a derribar todo el año que viene —respondió Liz—. Así que no le veo el sentido.

—Será mejor que nos vayamos —le dijo a Meg—. Debes de estar agotada.

En cuanto a la conversación, había sido un fracaso, por culpa de su desconcierto, pensó, y se alegró de decir adiós.

—Venid cuando queráis —dijo Liz asombrosamente, siguiéndolos por la escalera—. Si queréis —agregó—, pero no durante el día.

—Yo también trabajo durante el día —dijo Meg tímidamente.

—Yo soy el único que está todo el día tumbado en un canapé comiendo el fruto del loto —afirmó Patrick, y mientras caminaban hacia la estación, dijo—: En verano bajaré por el río para verte. Ya sabes, no necesitas lidiar más con Liz, a menos que quieras.

—¿La conoces desde hace mucho?

—La busqué cuando vi sus pinturas por primera vez.

—¿Y te sorprendió lo que encontraste?

—Tenía una idea preconcebida, lo confieso. La encuentro un poco vulgar.

—Su pintura no es vulgar.

—No. Así que uno vive con la esperanza de que haya una revelación, una explicación.

Ahora, los pubs por los que pasaron —The Pier, The Packet-Boat— estaban llenos de ruido. La luz, los cantos, las risas y el sonido del piano se filtraban por sus puertas y llegaban hasta la acera.

—Cenemos un poco en casa —sugirió Patrick—. La señora Clarke ha dejado hecho un pastel de carne.

Ése había sido el día que más tiempo había pasado con él, y eso la llenó de felicidad. Era una alegría tener todo eso por delante: el viaje en tren, su compañía, los discos de Vivaldi tal vez y el pastel frío de la señora Clarke.

Capítulo 4

—No se lo he contado —se dijo a sí misma la señora Secretan—. Sé que no se lo he contado —le temblaron los labios color malva ante las palabras que tenía en la cabeza.

Estaba de pie, junto a la ventana, mirando hacia el camino de grava mojado, esperando a que llegara Flora. Flora y Richard, mejor dicho.

El jardín estaba sumido en la bruma y los regueros de agua de lluvia se deslizaban por la ventana. La hierba que bordeaba los márgenes del camino estaba atestada de briznas secas y margaritas marchitas. Varios gorriones de color marrón grisáceo saltaban sobre el césped mojado y revoloteaban entre la hojarasca húmeda bajo los árboles. En primer plano, los perales, que aún conservaban algunas hojas hechas jirones, de un amarillo sucio, se recortaban contra la deslumbrante blancura del cielo neblinoso, y sus ramas se agitaban con movimientos atolondrados e irregulares, como los brazos de una marioneta.

La señora Secretan oyó las campanas de la iglesia: eran las señoritas Whitcher, la hija del organista y el coronel Young, que estaban ensayando. Una y otra vez, se oyeron las cuatro notas en su aburrida secuencia y, en ocasiones, se trabaron y se confundieron en su tintineo. El horror y la tristeza de la tarde eran inconmensurables, pero formaban parte de la vida en el campo, pensó la señora Secretan. Siempre había vivido allí, y la pobre Flora ya no podía hacerlo. No le apetecía nada estar en Londres, donde, sin duda, las tiendas ya empezaban con la decoración navideña. Aquí no sería hasta bien entrado diciembre cuando la señora Austen colgaría un poco de espumillón en la ventana de la oficina de Correos.

Era la hora del té y se estaban retrasando. Obviamente, al final Richard no había podido salir temprano. Era posible que estuvieran atravesando el pueblo en ese preciso momento, pasando por delante del monumento a los caídos con sus dos nuevas coronas de amapolas, ante la iglesia. La señora Secretan imaginó a

los campaneros (porque habían dejado de sonar las campanas) saliendo por la puerta con tejadillo y saludando con la mano al ver pasar el coche. «La hija de la señora Secretan ha venido de visita», dirían al llegar a casa. El pueblo entero lo sabría muy pronto, si es que la señorita Folley no había difundido ya la noticia.

La señorita Folley entró en ese momento. Era su ama de llaves y vivía muy de cerca la vida de la señora Secretan, ya que no tenía mucha vida propia. La visita de Flora y Richard era un gran evento para ella.

Cuando la señora Secretan se dio la vuelta y dejó la ventana a sus espaldas descubrió que la oscuridad se había apoderado de la habitación.

—¿No han llegado todavía? —dijo la señorita Folley. Reordenó las tazas que había en la bandeja, atizó el fuego, tarareó y canturreó de forma molesta—. ¿Quiere que corra las cortinas? —preguntó. Deseaba que la habitación resultara acogedora a los visitantes. La señora Secretan quería verlos llegar.

—No, esperaré a que anochezca.

—Estoy manteniendo los pastelillos de especias calientes.

—Sí, ya los huelo.

Una mención de los pastelillos de especias a principios de la semana fue lo que inquietó a la señora Secretan. La carta de Flora llegó un día o dos antes y, como de costumbre, ella la leyó varias veces y la guardó en su escritorio. Por el momento, no se lo había contado a la señorita Folley, porque temía que algo pudiera torcerse, que a Richard le fuera imposible salir. Ya había sucedido otras veces y había resultado arduo tener que soportar la conmiseración de la señorita Folley. Lo que podía haber sucedido se convirtió en el tema de conversación de todo el fin de semana. Si los jóvenes Quartermaine hubieran estado allí, la señora Secretan no habría ido sola a la iglesia, el solomillo habría sido dos veces más grande y la señorita Folley se habría pasado el tiempo preparando los platos favoritos de los jóvenes, especialmente los pastelillos que a Flora tanto le gustaban.

—¿Añadiré nuez moscada en la lista de la compra? —le había preguntado a la señora Secretan a principios de esta semana—. La necesito para los pastelillos.

—¿Qué pastelillos?

—Para el fin de semana. Los pusieron por las nubes.

La señora Secretan se sonrojó, injustamente consigo misma, como siempre le

ocurría cuando los demás hacían el ridículo. Lo odiaba, se sentía culpable y se avergonzaba de lo que pensaba. Se avergonzaba de sus pensamientos desde ese día y, como compensación, había procurado ser especialmente considerada con la señorita Folley. Le insistió en que se trajera una taza y tomara el té con ellos, aunque la intención de la señorita Folley era tomarlo en la cocina. Se sintió halagada, pero decidió beber su té un poco apartada, por así decirlo; no se sentó en ningún momento, ni comió nada, sólo tomó una taza de té, luego se retiró discretamente. Había sido un término medio muy adecuado, pensó.

«No van a venir», pensó la señora Secretan. Al mirar por la ventana, pronto se pierde la fe. Pasaron unos coches hasta el final del camino, pero sabía, por la experiencia de observar y esperar, que iban demasiado rápido para entrar en el jardín de una de las casas.

—El que espera desespera —dijo la señorita Folley. A qué viene eso ahora, pensó la señora Secretan en el momento en que las luces de un automóvil se acercaron a la velocidad adecuada; giraron en el ángulo correcto y pronto brillaron en la habitación.

Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando abrazó a su hija y notó la extrañeza de su nueva forma dentro del abrigo de pieles. Era tan extraña esta Flora ensanchada que se sintió casi cohibida. Sacó un pañuelo de la manga, se secó los ojos, y luego ofreció una mejilla a Richard.

—Señorita Folley, huele a pasteles de especias —dijo Flora dándole la mano. Poseía ese simple toque de gracia hogareña que es tan propio de las damas de la realeza, pensó la señorita Folley.

Todos se estaban portando de la mejor manera posible. Richard le dijo a la señora Secretan que tenía un aspecto estupendo y ella le preguntó por su padre, mientras que Flora, después de haberse desprendido del abrigo, dio una vuelta por el salón admirando las flores y el fuego crepitante. La señora Secretan no podía apartar la vista de ella, y Richard, que la veía todos los días, tampoco. Parecía incluso mucho más hermosa, pensó Richard, que el día que se casaron. Su plácida belleza era perfecta para el embarazo.

—Está guapísima, ¿no crees? —le dijo a la señora Secretan.

—Muy guapa. Siempre fue una niña sana. ¿Sabes que no recuerdo un día que estuviera enferma?

La señorita Folley estaba pensando en lo agradable que era tener a un hombre en la casa. Richard se recostó en el sofá, estiró sus largas piernas y comió un pastelillo tras otro. Era un placer cocinar para él, comparado con la señora Secretan, que comía como un pajarito. Le habían rogado a la señorita Folley que se quedara y, en otro de sus términos medios, se sentó de lado en el borde de una silla. Era muy incómodo para su trasero huesudo.

Después del té subieron al viejo cuarto de Flora, con la cama supletoria en la que, en tiempos pasados, Meg había dormido tantas veces; las dos de charla prácticamente toda la noche. En la habitación contigua, la señora Secretan oía el murmullo continuo y la risa amortiguada, incapaz de dormir por temor de que Flora tuviera ojeras al día siguiente, aunque nunca tenía ojeras.

La señora Secretan había pasado un buen rato acondicionando la vieja casa de muñecas de Flora para su futura nieta. Había hecho cortinas nuevas y ropa de cama y había limpiado la comida de yeso, que estaba dispuesta en la mesa: una langosta, un jamón de color rosa, un plato de guisantes y un flan. Había un gato lanudo tumbado frente al fuego pintado. Las muñecas estaban sentadas rígidamente en sillas, y a las que no podían doblarse en absoluto las habían metido en la cama vestidas o estaban apoyadas contra los muebles. Las seis habitaciones estaban muy llenas. La señora Secretan encendió las luces y Flora se arrodilló para verlo.

—Es tan hermoso... —dijo— que me gustaría vivir ahí. Seguro que le va a encantar.

—Supongamos que es un niño —dijo Richard.

Flora miró a su madre e hizo una mueca.

Tuvieron una noche tranquila. Después de la cena, miraron viejos álbumes de fotos. «La adoración a Flora», pensó Richard con deslealtad. Estaba haciendo un esfuerzo por mantenerse despierto. El fuego era cálido y las mujeres, aburridas. La señora Secretan seguía pasándole fotografías e impidiendo que se durmiera. Ya las había visto todas, y, en cualquier caso, a él no le traían recuerdos de momentos felices. Pero se sentía tranquilo y relajado, tenía mejor el estómago, que había soportado los pastelillos de especias y una cena bastante consistente.

—Me gusta que los jóvenes coman postre de crema y bizcocho —dijo la señora Secretan, cuando él se servía otra ración.

Pensó que su esposa debía ser, sin incluir a la realeza, la niña más fotografiada del mundo. Siempre dispuesta, había sonreído a las cámaras de manera incansable: Flora con un vestido fruncido y un ramo de flores; Flora con su primer poni; Flora dando de comer a sus palomas; Flora a la orilla del mar, y con esquíes; Flora apoyada en la barandilla de un barco y entre unas ruinas.

—En ésta sales tú, mamá —dijo Flora—. En Roma. Es una de mis preferidas. La señora Secretan observó la fotografía.

—Hace mucho tiempo. La gente decía que tenía unos brazos preciosos. Es lo que más echo de menos.

—Todavía están estupendos —insistió Flora, aunque últimamente siempre los llevaba cubiertos.

—Aquí sale Meg —dijo entusiasmada, como si fuera la primera vez que veía la foto—. ¡Esos sombreros! ¿Te acuerdas, mamá? El día que adornamos los sombreros. Nuestros viejos panamás del colegio.

La cara más bien achinada de Meg, con leves surcos bajo los ojos y un flequillo oscuro que casi le rozaba las cejas, se veía oscurecida por la sombra de un ala cargada de encajes y rosas. Flora llevaba un gran sombrero de ala de pájaro y un velo atado a la barbilla.

—¿Cómo está Meg? —preguntó la señora Secretan.

—Se ha ido a vivir a una casa diminuta y horrible en Towersey. Una de las ideas brillantes de Patrick Barlow. Tiene buenas intenciones, pero es muy triste para la pobre Meg. Y más todavía para Kit, por supuesto, que será quien más tiempo pase allí.

—¿Por qué va a estar él allí más que Meg? —preguntó la señora Secretan.

Buena pregunta, pensó Richard adormilado. Se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho. En este mismo sofá, pensó, los abrazos prematrimoniales, cuando la señora Secretan daba las buenas noches y subía a su cuarto. La hermosa Flora, despeinada, tan amable y dulce con él. Ahora estaba ahí tumbado junto a ella y apenas podía mantener los ojos abiertos. «Te pillé», le había dicho muy serio, mientras la agarraba de la mano con fuerza y juntos se iban camino a su luna de miel. Y eso fue todo.

—Es una profesión tan precaria —explicó Flora a su madre, refiriéndose a Kit—. Sobre todo al principio. A menudo está sin trabajo y le preocupa mucho

depender de Meg.

—Si tanto es así, ¿no puede encontrar otro trabajo? —preguntó su madre.

Otra buena pregunta, pensó Richard.

—Quiere ser actor —dijo Flora en voz baja.

—¿Sabes qué? Me da la sensación de que esas obras escolares tienen mucha culpa. Dan grandes esperanzas a jóvenes que nunca hubieran soñado con subir a un escenario. Oyen los aplausos enfebrecidos de los padres y se empiezan a creer que son sir Henry Irving o Ellen Terry. Esto es exactamente lo que le ha pasado a Kit. Meg una vez me llevó a la escuela, para verle hacer de Ofelia, y si no tenías en cuenta sus pies y manos, estaba estupendo con una peluca rubia. Le colmé de felicitaciones, sin tener idea del daño que estaba causando. ¡Pobre Meg! Es una gran preocupación para ella, que no tiene a quién recurrir.

—Recorre a mí —dijo Flora—. Pero no puedo estar de acuerdo con ella en esto. Es muy impaciente. Kit lo hace cada vez mejor, y cada vez tiene más trabajo. No es más que el comienzo, y sólo los actores con mucha suerte se ahorran este paso. Pero vivir en Towersey, lejos de los contactos, no ayuda mucho.

—Kit no es bueno —dijo Richard, incorporándose de repente—. Incluso si le dieran una oportunidad, no sirve para eso.

—Yo confío en él —dijo Flora, con la expresión que Patrick había llamado una vez de fervor apostólico. Levantó la barbilla y mantuvo firme la mirada. Emanaba seguridad en sí misma. Tanta tenía que podría convencer a Kit de lo que quisiera, pensó su madre, tal vez incluso a agentes y productores.

Las emociones del día habían agotado a la señora Secretan —los preparativos, la espera y la llegada—, y la desazón por la señorita Folley también, no se lo quitaba de la cabeza. ¿Cómo lo había sabido? «Sé que no se lo he contado», se dijo a sí misma. Movi6 los labios y Flora le lanzó una mirada. La señora Secretan se puso el pañuelo en la boca, fingió reprimir un bostezo.

—Mi hora de dormir —dijo.

Era extraño; ahora, cuando ella se iba a la cama, Flora y Richard también se iban a dormir. Apenas le había dado tiempo a decir algo cuando ya se habían levantado. Nada era ya como en los viejos tiempos.

Capítulo 5

Después de la conversación en casa de su madre, el sentido de la responsabilidad que Flora tenía hacia Kit se intensificó. Empezó a dar pequeñas fiestas a las que invitaba a cualquiera que pudiera brindarle la oportunidad de su vida y, en las fiestas ajenas, estaba siempre al acecho por si había algún nombre prometedor. Si se encontraba con alguien que tuviera lo que ella estaba buscando, bastaba con que se lo hubiesen presentado para que ella lo invitase. Jamás se le hubiera ocurrido comportarse de esa manera en su propio beneficio.

Kit se había convertido en un joven alto, rubio, de cabello lacio. Ni siquiera para las fiestas de Flora hizo un esfuerzo por disimular su aspecto descuidado, pero poco se puede hacer con los puños deshilachados y los fondillos de los pantalones desgastados. «Desaliñado», le dijo Percy a Ba. Richard pensó lo mismo. Por su cumpleaños, Flora le regaló un traje oscuro. Al principio, Kit protestó, se negó a permitir que se lo probasen; al final, al ver la mirada sorprendida y decepcionada de ella, cedió. Pero lo hizo sin prestar atención: se sentía humillado y evitaba ponerse el traje. Meg se enojó. Un jersey era una cosa, dijo, pero un traje, un elegante traje oscuro, además, era cosa de gigolós. Cuando Flora le contó lo del regalo a Richard, él se enfureció, pero para entonces ya era demasiado tarde. Se quedó asombrada por sus advertencias y predicciones. ¿Cómo podría alguien pensar eso de ella? Además, ¿cómo iban a saber lo que había hecho? ¡Y un niño de esa edad! Ella no era más que una persona mayor que quería ayudarle en su carrera. En otras circunstancias, le habría hecho un regalo diferente. Dijera Richard lo que dijera, no podía tener nada que ver con él, ni con Meg ni con nadie. Se había organizado un escándalo por nada.

De todos modos, era evidente que todo el mundo se sintió incómodo cuando Kit apareció por primera vez con el traje nuevo. El hecho de que detestara llevarlo se confundió con el orgullo que le proporcionaba el cambio de aspecto.

Esperaba que Flora dijera algo superficial que pusiera fin a todo aquello, pero, para empeorar la situación, ella se ruborizó, miró hacia otro lado, y sólo pudo acercarse a hablar con él una vez que hubo recuperado la compostura.

Gracias a alguien que conoció esa misma noche, a Kit le dieron uno o dos días de trabajo y Flora se quedó encantada. «Su éxito ya ha empezado a rodar, como una bola de nieve», le dijo a Richard. Antes de que Kit telefonara para dar la noticia, habían estado viendo una película en la televisión en la que él tenía un papel. Después de un día de trabajo y de la cena, a Richard lo que más le gustaba era desplomarse en su sillón y mirar la pantalla: películas del oeste, concursos, arengas políticas, bailes escoceses y competiciones de patinaje sobre hielo. Mantenía las retinas ocupadas, nada más, excepto cuando movía un pie de vez en cuando, al ritmo de una tonadilla de las tierras altas o de una melodía pegadiza. Flora normalmente se sentaba de espaldas al aparato de televisión, tratando de tejer chalecos de bebé. Enseguida comenzaba a inquietarse y daba grandes suspiros; bostezaba, se levantaba, se desperezaba y se iba temprano a la cama. Esa tarde, Richard dio la vuelta a la silla de ella y vieron juntos la televisión. Flora no conseguía entender el sentido de la película, sobre un asesinato en una posada en el campo. El papel de Kit apenas duró un instante. Se quedó muy decepcionada. Richard juraba que ni lo había visto.

—Pero yo le he visto perfectamente —protestó Flora—. Era uno de los policías que estaba de pie detrás del detective con la gabardina, al que disparan.

—Lo único que he visto yo es que entran después de estar bajo una lluvia torrencial y tienen la ropa seca.

—A mí me ha parecido que el papel le iba perfecto —dijo Flora—. Pero pensar que ha estado allí dos días enteros filmando... Tal vez han cortado una parte.

Después de firmar el contrato, Kit se fue directo a Towersey y fregó los platos del desayuno.

No había habido tiempo ni dinero suficiente para llevar a cabo todas las ideas de decoración de Patrick Barlow, pero un poco de pintura blanca y temple habían bastado para hacer maravillas, y los muebles de su madre no quedaban del todo mal. Si Kit no estuviera obligado a verlo tanto, Towersey le hubiera gustado

mucho; pero estaba demasiado tiempo allí solo, sintiéndose culpable por pasar un día entero leyendo, haciendo tareas domésticas o paseando a la orilla del río. A veces, aunque no podía permitirse el lujo, se iba al City of London a tomar una copa, a encontrarse con Liz Corbett, a quien había visto por primera vez allí con Meg.

Estaba seguro de que hoy Liz estaría allí. Hacia el mediodía, siempre dejaba de trabajar y se iba al pub de al lado a tomar un sándwich y una cerveza. Decidió ir a verla y fue a quitarse el traje nuevo, lo colgó cuidadosamente y se puso su ropa vieja.

Era un día resplandeciente y frío, y las hileras de ropatendida se agitaban vigorosamente en las cuerdas de los jardines y los patios traseros. Los tejados de pizarra y los adoquines de las calles habían adquirido un tono gris paloma al secarse tras la lluvia. Olía a carbón y a cerveza fermentada, las calles eran un bullicio de niños que salían de la escuela y del traqueteo de carros de mercancías y carretas de carbón. En el río, junto al muelle, reinaba el orden propio de la Marina: piedras blanqueadas bordeaban la hierba sobre la que se exhibían viejas anclas, había postes de banderas recién pintados, una fila de bancos que miraba hacia el río y una gran escultura de una cabeza, con labios curvados y ojos saltones.

Liz, que al parecer se lo podía permitir por el momento, estaba tomando lo que el propietario llamaba «el menú fijo» y sus clientes «un plato de cena»: pastel de carne, guisantes de lata y puré de patatas; todo ello regado con una salsa espesa.

Kit cogió su cerveza y se sentó a la mesa en un rincón del bar, intentando no mirar el plato. En casa había sobras de estofado para recalentar. Meg siempre dejaba estofado hecho. Le contó a Liz acerca de su nuevo trabajo, y ella le preguntó cuánto ganaba y dejó traslucir que no conseguía impresionarla. No le parecía que estuviera empeinado en actuar, como lo estaba ella en pintar, y se preguntó, para empezar, cómo había logrado caer en los márgenes de ese mundo, en el que buscaba a tientas una oportunidad. Si hubiera creído que le daría una respuesta sincera, se lo habría preguntado; pero normalmente era capaz de intuir cuándo sus palabras iban a echarse a perder. Sabía que no debe haber reglas para vincular la personalidad de un artista a su obra; pero percibió cierto orgullo en él,

o, peor, cierta susceptibilidad demasiado personal que iba más allá del propio trabajo y le llevaba a evadirse. Le pareció que estaba haciendo un gran esfuerzo para sacar todo el partido posible de su falsa posición, y, una vez más, no dijo nada. Le hubiera gustado saber qué era lo que realmente le motivaba. Desde luego, no era, ni por asomo, su hermana; eso Liz lo vio claro el día que se conocieron. La lealtad de Meg era incondicional, más que entusiasta. ¿Patrick Barlow?, se preguntó. Entonces se le cruzaron otras ideas por la cabeza, pero tanto si sus palabras se echaban a perder como si no, esas preguntas no podían formularse, ni siquiera ella podía hacerlo, aunque alguna pregunta no tan directa podría resultar reveladora.

—Patrick Barlow —dijo, espolvoreando generosamente pimienta sobre lo que quedaba de su puré de patatas—, ¿por qué tan religioso? —A menudo economizaba con los verbos, como si hubiera un impuesto adicional sobre su uso—. Es muy extraño que un hombre adulto como él vaya a misa todos los domingos.

—Probablemente cree en Dios —dijo Kit, con una vaguedad contundente, y ella se sintió aliviada. Ni sabe ni le importa, pensó.

—Tiene los ojos de diferentes colores. ¿Te has fijado? —dijo Kit.

—¿Qué tienen que ver sus ojos con esto?

—Imagínatelo rezando todas las noches para que sean del mismo color: de rodillas lidiando con su problema. Todo el mundo quiere que sus ojos sean iguales. Es obvio. Si tuvieras un hijo, es lo primero que desearías. Pero su plegaria no es atendida. Por supuesto, puede que no sea capaz de decidir si pedir que sean azules o marrones. A lo mejor es por eso. Debe de haber una razón de peso, de lo contrario, es claramente injusto. No soy religioso en absoluto, pero lo primero que pedí en una oración, se me concedió.

—¿Qué era?

—Bueno, no puedo decirlo; sería como romper un trato, ¿no?

—¿Por qué no sigues haciéndolo?

—Es un error tentar a la suerte.

Durante esta conversación, Liz había liberado una de sus sospechas; había salido volando por el aire y había desaparecido. Por su parte, sintió una sensación deliciosa al dejarla marchar. Se quedó mirando el plato, en el que no

quedaba más que mostaza, hasta que llegó el camarero para retirárselo y puso su huella digital en uno de sus lados.

—Menudo festín te estás dando —dijo Kit, procurando que no se le notara la envidia en la voz, mientras llegaba a la mesa un pudín con crema.

—No puedo hacerlo todos los días —respondió ella.

—¿Por qué hoy?

—Necesitaba animarme, y eso es precisamente lo que hace la comida.

—¿Por qué? Quiero decir, ¿por qué lo necesitabas?

Ella se encogió de hombros, mientras seguía comiendo. En su trabajo, tenía que reservar sus preocupaciones para sí misma, puesto que era la única en el mundo que podía resolverlas. «Delegar», la palabra de Flora, no existía.

Comió a toda prisa y sin prestar ningún tipo de atención; cuando no hablaba, miraba a su alrededor sin expresión alguna. Su indiferencia ante la mayoría de las cosas, menos ante su trabajo, era desconcertante. Meg así lo consideraba, al menos, y Kit estaba seguro de que, injustamente, lo condenaba como una actitud estúpida. Observó cómo tanteaba la mesa para coger el vaso, cuando tenía puesta la mirada en otro lado. Mientras bebía, sus ojos por encima del cristal se deslizaron hacia un lado para observar a alguien que se dirigía a la barra. Cuando terminó la cerveza, se pasó la lengua por los labios, los dientes, y cogió los restos del pan con unos dedos largos y sucios. Nada pendiente de sí misma, pensó Kit. ¡Qué suerte para ella, aunque no para los demás!

Le caía bien, no lo podía evitar, pero no la admiraba, así que, tal era su naturaleza, no podía importarle de verdad. Resultaba fácil estar con ella, no exigía nada, no le preocupaban los convencionalismos. Era una colega (cada uno pagó su cerveza) y se sentía a gusto con esta relación relajada. Pero, desde la infancia, había sentido la necesidad de admirar, adorar y ser devoto, palabras que Patrick Barlow habría utilizado en un contexto diferente. Ser adorado y no adorar le parecía a Kit el más miserable de los destinos. Egoístamente, estaba contento porque era poco probable que fuera el suyo, pero no sintió lástima por los dioses y las diosas.

—Me tengo que ir —dijo Liz, dejando en la mesa el dinero del menú fijo, sin propina.

—¿Estás más animada? —preguntó Kit.

—En todos los sentidos.

Estaba lista para volver a trabajar y no dejaría que él la demorara en su tarea. Cuando se fue, Kit se terminó la cerveza que había hecho durar tanto y salió a la calle. Caminó un poco junto al río y se sentó en uno de los bancos del malecón. Aquí se sentaron él y Flora, una tarde de otoño. Había sido su primera visita a Towersey, y Kit había visto cómo ella trataba de ocultar su desolación.

Era obvio que la pequeña casa la había deprimido. Meg y Kit aún no se habían mudado, y había tablones y cubos de cal por el suelo desnudo. Las ventanas y los alféizares estaban llenos de manchas de pintura. Mientras Flora miraba a su alrededor buscando algo que decir, Kit intentó rascarlas con la uña del pulgar. ¿Qué podía hacer por ellos?, pensó Flora realmente azorada. Y, por el amor de Dios, ¿cómo podía habersele ocurrido a Patrick Barlow sugerir un lugar tan horrible?

Después de inspeccionar la casa, Kit y ella se fueron a explorar la ciudad. Era el día que sólo se trabajaba media jornada, y la tristeza de las calles era penosa, las contraventanas oscuras cubrían los escaparates, los interiores apenas iluminados se vislumbraban a través de puertas de vidrio, o detrás de los maniqués o rollos de linóleo.

Tomaron té en la cafetería donde una vez estuvieron Meg y Patrick, y pasaron por delante de la tienda de tatuajes sin mirarla, hablando, como hacían a menudo, del futuro de Kit, de un color dorado resplandeciente, tal como Flora lo veía. Kit sentía cierta reticencia, teñida de superstición, cuando la escuchaba hablar tan abiertamente sobre el asunto. Sin embargo, al poco rato, la confianza de ella lo cautivó, y ahora recordaba cómo habían ido a un parque y había paseado con ella por los caminos asfaltados, con una suave sensación de estar flotando, y cómo había disfrutado dando patadas a los montones de hojas secas y vainas de sicómoro, como si aún fuera un niño. No había ni un alma en los jardines. Unos lechos de crisantemos en mal estado habían sufrido las consecuencias de una helada. En los cruces de caminos, unas señales indicaban dónde estaban el café (cerrado), los servicios públicos y la zona infantil. Había una fuente de agua potable de granito rosa pulido y una estatua de un benefactor de la ciudad con levita blanca, llena de bultos, como un muñeco de nieve cuando se descongela, con regueros verdes que le salían de las cuencas de los ojos y le

bajaban por las mejillas y la papada. Un día frío, pero bonito. Él y Flora se habían sentado en un banco al borde del río, entre pedazos de madera flotante, una franja de arena, decorada con algas y cáscaras de fruta. Con la marea alta, el agua había llegado hasta el malecón.

—Bueno, ya te falta poco —dijo Flora, reconciliándose un poco con Towersey, gracias a su carácter optimista, e imaginando una placa azul en la pared entre las ventanas de la habitación: «Aquí vivió Christopher Driscoll, actor».

Esa tarde, Kit estaba ya más que reconciliado. La ciudad, bajo el hechizo de la media jornada, los sombríos jardines públicos y las calles vacías, le había parecido una especie de paraíso en el que la deidad se había dejado caer, temporalmente, pero no con ánimo acusador. Incluso había abandonado su visita semanal a Ba para ir a verle a él. Desde que comenzó su devoción por Flora en el colegio, no había dejado de soñar con ella, pero eran sueños tan poco ambiciosos que ni se había imaginado que pudiera estar en su compañía durante varias horas seguidas. Le había salvado la vida en innumerables ocasiones, y algunas veces ella había salvado la suya, sentándose a su lado cuando tenía fiebre, o simplemente creyéndole cuando el resto del mundo no lo hacía. Su sentido de la justicia era lo primero que recordó de ella. Había una jarra rota y leche derramada, y Meg y su madre estaban enfadadas con él; pero Flora había visto cómo el chal de su abuela se la había llevado por delante y no iba a dejar que la niña senil jugara su astuto juego, refugiándose tras la sordera y dejando que su nieto cargara con la culpa. Ya entonces —la mirada de mártir cristiana no era nada nuevo para Flora—, se había ruborizado por la injusticia de las acusaciones; qué belleza, él no lo había olvidado. Las disculpas de su madre y su hermana, el murmullo apenas audible de su abuela no eran nada, porque había ganado la justicia, y era hermosa. Tenía diez años y la adoración sin fin había comenzado. Él no la había visto a menudo. Una o dos veces. Ella fue con Meg y su madre a visitarlo en la escuela y parecía Perséfone entrando en el inframundo, y ahora era Deméter, con su hinchazón y su regazo abultado.

No la había deseado sexualmente o no le había dado una oportunidad a su imaginación, reprimiéndola rápidamente cuando el roce de una mano o un beso en la mejilla lo perturbaba. Le alteraba bastante más la idea del niño que iba a

nacer, que su marido. Había hecho el amor con muchachas de su edad, pero después apenas era capaz de recordarlas; siempre había eludido cualquier compromiso. Aunque a su manera, desaliñada y melenuda, era atractivo para las mujeres, y algunas, descubrió, eran muy tenaces.

La tarde casi había llegado a su fin, y estaba tan hambriento que apenas se sentía con fuerzas para enfrentarse a la vuelta a casa y al odiado estofado. No le costaba nada imaginarse toda la casa oliendo a cebolla y las lentejuelas doradas de grasa flotando en la superficie del guiso. ¡Pobre Meg! Hay que comérselo.

Una chica que ya había pasado por allí antes se sentó en el otro extremo del banco, abrió su bolso con naturalidad y sacó un cigarrillo. Rebuscó en las profundidades del bolso y luego lo miró.

—Me pregunto si tendrías... —dijo agitando el cigarrillo sin encender.

—Lo siento —respondió él. Metió las manos en los bolsillos, aun sabiendo que no serviría de nada.

—Bueno. No importa —dijo decepcionada, y volvió a guardar el cigarrillo en el paquete—. Mejor no fumar —añadió con alegría. Su mirada era resplandeciente, por las lentes de contacto, pensó él; no eran lágrimas—. ¿Podrías decirme la hora? —preguntó.

—Acaban de dar las tres.

—Gracias —dijo, y se echó hacia atrás. Cruzó las piernas y se quedó mirando fijamente su pie mientras lo movía de arriba abajo, lo flexionaba y hacía círculos con el tobillo, a la vez que tarareaba suavemente—. No ha estado mal el día —dijo—. Me gusta estar aquí mirando los barcos, ¿y a ti?

Si se va a poner a hablar..., pensó Kit. Se levantó, y, todo lo educadamente que pudo, dijo:

—Me voy a tener que ir a casa a almorzar.

—¿A almorzar? —repitió incrédula—. ¿A estas horas? Te vas a meter en un lío.

—No. No hay nadie que pueda enfadarse.

Mientras se alejaba, ella se quedó mirándolo, había dejado que se le escurriera entre los dedos. Cuando estuvo fuera de su vista, sacó de nuevo el paquete de cigarrillos y un encendedor del fondo de su bolso.

Kit, mohíno, se encaminó a casa a lo largo del malecón, deseando que Flora

estuviera allí para recuperar la confianza. En momentos como esa tarde solitaria, junto al tráfico melancólico del río, al ver la densa marea marronácea que cubría las piedras revestidas de musgo, empezaba a verse a través de los ojos de Liz, no de los de Flora, y eso era algo que le daba cada vez más miedo.

Capítulo 6

Cada cierto tiempo, Richard iba a Mayfair a un almuerzo de negocios, y varias veces seguidas pudo vislumbrar a su vecina, Elinor Pringle: en una ocasión, sentada en un taxi, bostezando; en otra, tras la ventana de una cafetería, mirando la calle por encima de un tiesto de helechos de plástico. Tenía una expresión tan triste que no quería pillarla desprevenida. Fingió no haberla visto y, a continuación, cuando ya no tenía remedio, le pareció que ella le había visto pasar y se había dado cuenta de su disimulo.

Richard sabía que era una compradora tenaz; rastreaba muebles viejos, joyas y porcelana de forma incansable; observaba y esperaba, tal vez años, para conseguir exactamente lo que quería. Siempre podía contar a los demás el precio que había pagado, era tan bajo que podía desencadenar conversaciones interesantes. Una tarde, temprano, cuando Richard subía la colina en dirección a su casa, vio cómo Elinor abría la puerta principal con aire triunfal cuando le entregaron una desvencijada *chaise-longue* victoriana.

Una tarde, algún tiempo después, en la estación de Marylebone, tras un viaje a West Ruislip para calmar a un cliente indignado, vio a Elinor en la consigna, haciendo grandes esfuerzos para llevarse un gran cuadro mal envuelto con un fino papel marrón. Era demasiado ancho para poder llevarlo bajo el brazo y el marco demasiado plano para poder agarrarlo. En esta ocasión, para compensar la vez en que había pasado frente a la cafetería haciendo que no la veía, corrió a rescatarla.

—Tengo que meterlo en un taxi —dijo—. Si pudieras ayudarme. Tengo objetos extraños por todos lados. Éste es un bonito *problem picture*.¹ Lo encontré en una tienda en el campo.

—¿Te gustaría tomar un té antes de ir en busca de un taxi? —preguntó él, completando con cortesía su desagravio.

—Sí, me gustaría —respondió, con su voz rápida y enfática.

No era aún la hora punta y la estación estaba casi vacía y en silencio, salvo por la presencia de un mozo que silbaba. Una ligera niebla había entrado desde el exterior y permanecía suspendida bajo el techo de cristal, donde las palomas descansaban en la penumbra.

Elinor se quedó entusiasmada con el salón de té, no lo conocía. «Es un auténtico descubrimiento», dijo, echando un vistazo a su alrededor: la madera de caoba, los manteles blancos impolutos, los percheros acaracolados donde colgar el sombrero. Era tal el silencio que hablaron en susurros. No había más que un anciano, solo, comiendo un huevo escalfado, mirando distraídamente al vacío. Entre bastidores, una camarera se quejaba a otra. «Siempre se ha hecho así —le dije—, y así es como lo voy a hacer yo.» Ésta salió con cara seria, tomó nota de lo que pidió Richard sin decir palabra y cuando de nuevo estuvo fuera de su vista, reanudó la diatriba. «Es la manera correcta. “No es justo para los clientes —dije—, dejar la mantequilla sin tapar”.» Se oyó el silbido repentino de una máquina, que provocó que Elinor se sobresaltara, y el ruido de alguien raspando pan tostado.

—Te vi el otro día —le dijo a Richard.

—Sí, estabas dando la bienvenida a una gran *chaise-longue* verde.

—¡Ah, así que...! ¿De verdad? ¿Me viste? No, quería decir cuando estaba en la cafetería. Pasaste por delante. En la calle Davies.

—Es extraordinario lo pequeño que es Londres —dijo, evasivo—. Yo te vi una vez en un taxi bajando por Hay Hill.

—Ay, no me gusta que la gente me vea sin que me entere. Luego me dicen que parecía muy tensa.

«En absoluto, estabas bostezando», pensó Richard.

Llegó el té con las tostadas raspadas, amontonadas en zigzag sobre un grueso plato azul. «Descubierta», vocalizó Elinor sin hablar. Richard había apoyado el cuadro sobre una silla vacía y la camarera lo esquivó con desaprobación. Cuando se fue, Elinor se inclinó para quitar el papel marrón de modo que Richard lo pudiera ver. Estaba pintado con colores oscuros y mostraba a una mujer con una blusa de encaje color crema, abotonada hasta el cuello, de pie con la mano sobre una jarra y sonriendo para sí misma mientras miraba de soslayo a un joven que estaba llevándose una copa de vino a los labios.

—¿No le habrá puesto veneno en la copa? —preguntó Richard.

—Puede.

—O quizá sea una pócima de amor. Es una bebida de un color repugnante, sea lo que sea. ¿Cómo se titula el cuadro?

—*La libación*. Nada más. Pero es precioso, ¿no? —preguntó a la vez que cogía una de las tostadas reblandecidas con mantequilla.

—Espantoso —dijo él—. Sencillamente espantoso.

—No hablarás en serio.

—Espero que tú tampoco.

El anciano se había terminado el huevo escalfado y, mientras aguardaba la cuenta, su mirada se desvió hacia el cuadro, pero sin mostrar expresión alguna de sorpresa o interés.

—Está muy bien pintado —dijo Elinor—. Se nota que eso es un encaje real de Chantilly.

—¿Le va a gustar a Geoffrey?

—Le traerá sin cuidado. Cuando se fija en algo, si es que se fija, parece tomarla contra todo lo bonito. Le gustan las ideas y que todo lo que le rodea sea práctico y no exija nada de él. Cuando vuelve de la Cámara de los Comunes, simplemente se encierra con sus libros de historia a escribir una obra de teatro sobre la perversidad de las Cruzadas. Debo decir que coincido con su opinión sobre ellas, y estoy segura de que será una obra estupenda cuando la termine.

Richard pensó en Flora y en cómo, en ese instante, habría visto la oportunidad de mejorar el futuro de Kit, le vestiría mentalmente con una cota de malla y un casco, y lo imaginaría en el centro del gran escenario. Cuando esa idea se le fue de la cabeza, dijo:

—¿No te sientes sola? —inmediatamente deseó no haberlo dicho, era evidente que no era la pregunta adecuada para la esposa de otro hombre.

—Me intereso por muchos asuntos, ¿sabes? —dijo, mirando a su alrededor, al salón de té pasado de moda, como si fuera uno de ellos, y luego al cuadro—. A veces sí —reconoció.

—No haces las cosas que parecen hacer las otras esposas de los lores: inaugurar bazares benéficos con gran entusiasmo, y poner cara de estar absolutamente embriagada ante un ramo de claveles rosas.

—Dado que no comparto sus ideas políticas, ¿cómo iba a hacerlo?

—Debe resultar incómodo.

—Sí que lo es, pero poco puedo hacer.

Lo miró con creciente hostilidad, de la misma forma que probablemente miraría a otras personas: ¿al agente de Geoffrey? ¿Al propio Geoffrey? Habían olvidado hablar en susurros, y la camarera, que estaba limpiando las migas de una mesa, escuchaba con la cabeza ladeada. Richard pensó en lo diferente que sería Flora si estuviera en el lugar de Elinor. Se imaginaba perfectamente su leal entusiasmo. Cualesquiera que fuesen sus reservas, nunca habrían hecho vacilar su fidelidad hacia él. «Incansable», «perseverante» serían palabras que usarían sus electores para describirla. Ella se sentiría extasiada por el prodigio de cada ramo de flores, y cualquier comentario mordaz sobre él le dolería, despertaría su indignación. Dos años atrás, las cosas habían ido mal en la fábrica, que se dedicaba a producir relleno para tapizar muebles, y Flora se vio de inmediato como la esposa de un hombre sin dinero. Sus patéticas economías y sus sacrificios le irritaban, porque no tenían sentido más allá del placer que le proporcionaban a ella. Cuando se recuperaron las ventas, padeció un decaimiento durante una breve temporada, no parecía la misma, con los solomillos de nuevo en el menú y pudiendo pagar a otros para que le arreglasen el pelo.

—No sé por qué te importa tanto —dijo Richard—. Para mí, la política no es lo suficientemente relevante como para convertirla en un problema. Es aburrida; siempre lo mismo, está toda empantanada. ¿A quién le importa? El día que ocurra algo realmente importante, ¿nos dejarán opinar? Nos lo explicarán después. Si es que seguimos vivos.

—Hay cosas de menor calado que dejan mella —respondió Elinor. (¿Cosas por las que merezca la pena pelearse con el marido?, se preguntó Richard.)—. ¡De verdad! —dijo ella inclinándose hacia delante. Su mirada y su voz traslucían una velada crispación, como si hubiera adivinado lo que él estaba pensando—. No puedo ser el tipo de socialista que son Geoffrey y casi todos sus amigos. Estar casada con él no lo hace posible de la noche a la mañana. Me sacan de quicio, todos ellos. Las conversaciones ingeniosas en sus bonitas casas; leer el *Times* en compartimentos de primera clase. Si tuviera una enfermedad grave,

Geoffrey me enviaría a la London Clinic; si tuviéramos un hijo, iría a un colegio privado. Cuando hago alguna pregunta sencilla sobre estas cosas, tergiversan y racionalizan. Llámame ingenua, si quieres. Mira, esto es un ejemplo clásico, aunque no trate de política: el agente de Geoffrey es un vegetariano que come pescado. «La muerte de un pez sí que es desagradable», le dije una vez mientras se zampaba un par de truchas. Pero tenía una respuesta, por supuesto. «Los peces no pueden sentir mucho dolor; no tienen cerebro o no tienen nervios», algo de ese estilo me contestó; es que se me olvida. Y me dicen que no debo simplificar los asuntos complicados. Es mi pecado principal. Por eso no me valoran. —Miró el reloj que había sobre la chimenea y decidió que tenía que volver a casa—. Si la niebla empeora, no habrá taxis —dijo.

La niebla se había ido haciendo cada vez más densa mientras tomaban el té, las voces de la estación se amortiguaron y desapareció su débil eco.

Afuera, las luces eran borrones difuminados, y las siluetas de las personas y los coches aparecían de repente, avanzando titubeantes.

—Me gusta —dijo Elinor. Un taxi avanzó lentamente hasta la acera y se metieron dentro—. La niebla lo pone todo patas arriba, como la nieve. Crea un mundo diferente.

En el taxi, Richard apoyó el cuadro sobre sus rodillas. Le pareció que hacía horas que había salido en dirección a West Ruislip para apaciguar al cliente. Cuando llegaron a la casa de Elinor, decidió bajar del taxi y hacer el resto del camino andando. Nunca tomaba un taxi para volver a casa. Cargó con el cuadro, y cuando Elinor abrió la puerta, lo apoyó contra una silla en la entrada. Pensó que ella siempre regresaba a una casa oscura y vacía. Declinó el ofrecimiento de tomar una copa y subió la colina, procurando pegarse a la barandilla. La niebla era menos espesa en la cima de la colina y casi podía verse todo Beatrice Crescent.

Flora estaba en la cocina con la señora Lodge. Pasaba mucho tiempo allí, poniendo orden en armarios y cajones, o limpiando la plata, mientras la señora Lodge cocinaba. Ésta era la relación más fácil que había tenido nunca, y la señora Lodge, debido a la intimidad del día a día, era incluso una amiga más cercana que Meg. Nunca había habido una palabra más alta que la otra entre

ellas, y ni siquiera podían imaginar que la llegara a haber; a menudo sucedía que una hacía una observación que la otra tenía en la punta de la lengua, habían pensado lo mismo.

La señora Lodge era una chica de pueblo y amaba los pájaros. Los atraía hacia este pequeño jardín londinense colgando cuerdas con cacahuets de los árboles y tirando trozos de tocino por la hierba. Durante los duros inviernos, los estorninos se engordaron y se pusieron lustrosos gracias a sus ofrendas, atacaron las cortezas con ansia, se atragantaron y se recuperaron, echaron a los tordos y se pelearon entre ellos. Cuando llegaba la primavera, rompían la flor del azafrán en pedazos y arrancaban los brotes de las primulas. Pero la señora Lodge también consiguió algún triunfo: los herrerillos anidaron en una caja que había colgado para ello, y un petirrojo parecía necesitar compañía, además de comida.

La preocupación de Flora era que un día la señora Lodge decidiera retirarse al campo, o se fuera a vivir con su hijo casado (era viuda) al cinturón verde,² que aunque no era lo que ella consideraba campo —quedaba tan poco hoy día— ofrecía más variedades de pájaros, e incluso pantanos adonde acudían los patos.

—Si algún día me dejaras, no podría despedirme de ti —dijo Flora.

La señora Lodge había estado recordando lo diferente que era la niebla en el campo, se trataba de una ligera bruma en realidad, un elemento del aire libre; no esa cosa maloliente que se arrastraba y se metía dentro de las casas.

—Detestable —dijo.

La más mínima expresión de repugnancia hacia Londres era suficiente para que Flora, que comprendía muy bien su repugnancia, se preocupara.

—No se me ocurriría irme ahora que el bebé está en camino —dijo la señora Lodge.

—Ni nunca. Cuando nazca, te necesitaré cada vez más.

Se diría que la señora Lodge había pasado por la experiencia de dar a luz, criar a un hijo y separarse de él, con el único propósito de aprender, para después aconsejar y consolar a Flora cuando le tocara a ella.

—Sólo quiero estar segura de mi buena suerte —dijo Flora—. No quiero tener que seguir tocando madera.

Parpadeó para contener las lágrimas, mientras sacaba brillo a una cuchara. La sostuvo en alto, temerosa de que, si bajaba la cabeza, las lágrimas, en lugar de

absorberse, le cayeran en el regazo. Deseaba que la señora Lodge dijera que no la abandonaría jamás, pero la señora Lodge era demasiado sensata. El hecho poco habitual de no conseguir lo que quería —aunque fuera una promesa sin importancia— le cambió el humor, y cuando miró el reloj —moviendo los ojos con cuidado—, cayó en la cuenta de que Richard estaba tardando demasiado. Había ido a West Ruislip en el tren de las dos y veinte, y ella había supuesto que volvería a casa mucho antes, que llegaría a tiempo para el té. La señora Lodge, que había bajado la colina para echar una carta, dijo que había mucha niebla. Quizá los trenes fueran con retraso, lo que haría que todo fuera muy desagradable. Flora odiaba el caos.

La señora Lodge, con la cabeza ligeramente inclinada, montó la nata hasta que estuvo bien espesa. Antes de casarse, había estado sirviendo en una buena casa, como le gustaba decir, pero sólo como doncella. Todavía se sentía importante cuando cocinaba, algo que no podía explicar a los demás. Incluso cuando estaba sola, sentía que tenía audiencia, sentía que la observaban con admiración mientras batía la nata y prestaba atención al horno para oír el ligero crepitar de la carne mientras se asaba maravillosamente.

Le gustaba cocinar y quería a Flora, pero Londres no significaba nada para ella. Había muy poco que mirar. Todas las imágenes, cuando cortaba hierbas y agitaba salsas, pertenecían al pasado. Su casa, de niña, estaba cerca de un estuario, alejada de todo, con cielos amplios y preciosos, una luz hermosa. Las golondrinas marinas solían reunirse en un banco de arena al borde del agua y parecían bailar con sus frágiles patas rojas como el coral. Se esparcían como un abanico y se deslizaban sobre el agua, con las alas levantadas, igual que una nube de mariposas. Era tan bonito. Se pasaba horas mirándolas. Todavía podía verlas en su imaginación, las garzas de pie en aguas poco profundas; podía oír el maravilloso escándalo que se organizaba cuando llegaban los gansos salvajes. En la gran mansión en la que trabajaba, había ruiseñores en la espesura, bosques embrujados por los búhos, olmos abarrotados de nidos de grajos, golondrinas en los aleros. Abundancia. Aquí en Londres tenía unos gorriones con mal aspecto, los estorninos diabólicos, y su corazón se llenó de emoción cuando el petirrojo se posó en el alféizar de la ventana. Dos mundos, y era el otro el que anhelaba. Al pensar todo esto, en su mente utilizó la palabra «anhelar». Había descubierto

que era la única que describía el dolor y la nostalgia que sentía, suavizados por la ternura y el placer de sus recuerdos.

Mientras Flora envolvía las cucharas limpias en un paño, oyó llegar a Richard por el sendero y subir los escalones, así que fue al piso de arriba para recibirle. Siempre dejaba lo que estuviera haciendo y salía corriendo hacia el vestíbulo en cuanto oía su llave en la puerta. Su madre le había dicho que tenía que hacerlo, que era lo que más le gustaba a un marido.

Traía el olor de la niebla consigo.

—Supongo que todos los trenes iban con retraso —dijo.

Colgó su abrigo y dijo:

—No tanto.

—Me hubiera encantado que llegaras a tiempo para tomar el té —dijo. Puso voz de niña, como si estuviera fingiendo que estaba desilusionada; y él pensó que era demasiado alta para adoptar semejante voz. A diferencia de ella, Richard a veces tenía pensamientos mezquinos.

—Era completamente imposible. Te lo hubiera dicho, si me hubieras preguntado.

Entró en el salón detrás de ella, se sirvió en un vaso un chorro de ginebra, echó un poco de vermut y dio un gran trago, con la botella en la mano todavía, como si estuviera muriéndose de sed. A continuación, soltó una enrevesada parrafada sobre el asunto en West Ruislip, sobre cómo había aplacado al cliente enojado..., el toque personal..., calmar las aguas..., los tenía a todos comiendo de su mano. Flora cruzó la habitación y enderezó un cuadro. Por su mirada ensimismada, Richard sabía que no le estaba escuchando, y no podía culparla. En cuanto dejó de hablar para dar otro trago, ella le lanzó su hermosa sonrisa. Parecía derramarse sobre él, como la luz brillante de un faro. Después, nada.

—¡Qué astuto eres! —dijo con admiración—. Consigues tener a esos hombrecillos enfadados a tus pies.

«Supongo que sí, que soy un poco astuto», pensó. No tenía ni idea de por qué no había mencionado el té con Elinor Pringle. Era tan absurdo no hacerlo...; un encuentro fortuito como ése. No decir nada le otorgaba la importancia de un pacto secreto. Ahora ya era demasiado tarde, y si Flora llegaba a enterarse, que sería lo más probable, se le frunciría el ceño, que era la expresión que ponía

cuando le desconcertaban otros modelos de comportamiento que no eran los suyos. «Pero hemos conservado el rostro bastante bien, entre todos —pensó Richard—, por ahora y por los pelos.». El temor no era a las arrugas de la edad, sino a la pérdida de la inocencia. Ahora, él era el responsable de ese rostro, y desde luego sería el culpable si se alteraba. Si se rompía la calma botticelliana o se velaba su atractiva mirada.

Se sentó y cruzó las manos sobre el regazo.

—Bueno, ahora estás aquí —dijo contenta.

Seguía igual que en todas esas fotografías de niña que su madre adoraba. Su mirada podía ser inquisitiva, pero esperaba una respuesta placentera. El engaño del mundo apenas le parecía creíble; el engaño de Richard la dejaría atónita. Se mirara como se mirase, él no creía que se hubiera portado muy mal. Los pensamientos lascivos, desleales e innobles eran sólo de su incumbencia y, pese a ser frecuentes, eran fugaces. Su humor irritable se debía a motivos gástricos.

Estaba junto al fuego, con un pie en el protector de latón (Flora lo miró, pero decidió no decir nada, porque era mejor que se rayara un poco el latón que tener un marido enfadado); su codo descansaba ligeramente sobre un pequeño espacio entre dos pastoras de porcelana, de rostros rosados y sonrientes como los de su esposa.

Ella estaba sentada con la mirada abstraída. A su lado, sobre una mesa, había una labor de punto que no había tocado en los últimos días, y el libro de Henry Miller, que le había prestado Patrick Barlow y que estaba leyendo no sin cierta perplejidad. («¿Qué significa esta palabra, Richard?» «¿En serio? Bueno, supongo que tenía que tener un nombre.») ¿Cómo había vivido tanto tiempo sin saberlo?, se preguntaba él.

Parecía estar más ocupada que nunca, simplemente esperando al niño. Un trabajo a tiempo completo. Él apartó un pensamiento de la cabeza. En ese momento oyó que subía la señora Lodge por las escaleras, la señal para acercarse rápidamente al mueble de las bebidas y llenar el vaso, como si no tuviera ni idea de la hora. Todas las noches se las ingeniaba para tenerlo hasta arriba en el momento de la cena. Más de uno pensaba que acabaría como su padre. Decir que una persona acabará como otra suele ser despectivo para ambas; y, en este caso, lo era.

1. Pinturas de la época victoriana que representaban escenas aparentemente cotidianas, pero que podían interpretarse de diversas formas. Procedían de las *problem plays*, obras de teatro de tesis, que surgieron en el siglo XIX y trataban problemas sociales por medio de debates que tenían lugar en la propia obra. (*N. de la T.*)

2. *Green Belt* es una política de clasificación del suelo para conservar zonas verdes alrededor de las áreas urbanas. (*N. de la T.*)

Capítulo 7

La pequeña casa estaba fría como una cueva cuando Meg regresó de trabajar. Sólo el baño estaba algo caliente y húmedo todavía. Recogió una toalla mojada del suelo y se quedó con ella en la mano, aturdida por el cansancio, sintiendo lástima de sí misma. Había gastado toda el agua, había dejado que se apagara el fuego, había tirado su toalla de baño y se había largado. Meg sabía que se comportaba así porque estaba furioso consigo mismo. Hubo una época en que no lo habría hecho, habría sido un hermano afectuoso y habría tratado de complacerla. «Ni siquiera se ha acordado de mi cumpleaños», pensó, de pie todavía, como si estuviera en trance, paralizada por la autocompasión. Él había tomado el té con Flora y ella se lo había recordado. Apareció en casa con un ramo de flores atadas con una cuerda, no como las atan los floristas, y Meg imaginó que Flora habría estado dando vueltas por el salón, sacando las flores de los jarrones, alternando los ramos, porque las tiendas ya estaban cerradas. Patrick Barlow también había estado allí (Meg a veces tenía la sensación de que ella y Richard eran los únicos que trabajaban), probablemente oyó toda la conversación, tal vez incluso participó de ella, vio a Meg como un objeto de compasión a quien todos, salvo Flora, habían olvidado. Se sintió aliviada de que él no hubiera intentado reparar su olvido enviándole algo con retraso y disculpándose. Meg odió ese manojito de crisantemos de Flora, y, tan pronto como las hojas comenzaron a marchitarse, los tiró.

Se estremeció levemente y suspiró, como un enfermo exhausto por el dolor. Cuando se sobrepuso a aquel momento desafortunado, colgó la toalla. Cogió algunas astillas del pequeño jardín que había en la parte posterior de la casa y, con el abrigo aún puesto, se arrodilló y encendió la chimenea del salón. *No tiene nada que hacer en todo el día, y aun así...* Esta frase siempre le rondaba por la cabeza, aunque sabía que, precisamente porque no tenía nada que hacer, lo dejaba todo en manos de ella. Según Patrick Barlow, había caído en un estado de

apatía. Un desperdicio y una debilidad lamentables, una falta de participación pecaminosa. Era peor que estar ocioso: era la autodestrucción. Patrick dijo todo esto y Meg pensó que exageraba, no sabía si por indignación al pensar en cómo le afectaba a ella, o por sus convicciones religiosas. Ella conocía mejor a su hermano. Era su orgullo lo que le impedía echarle una mano. Qué fácil le hubiera resultado a Kit colaborar, encargarse de la limpieza, hacer la cama y cocinar para los dos. Podía haber ahorrado agua caliente, y haber prescindido del beicon en el desayuno. Y todo eso no habría hecho más que humillarle y poner aún más en evidencia su situación, como si él mismo se hubiera dado cuenta de lo inútil que era todo. Se avergonzaría al adivinar lo que pensaba Meg: *es un fracaso, no tiene dinero: tengo que mantenerle, pero hace lo que puede*. Ella hubiera descubierto sus pretextos: «Me gusta tomar un baño frío de vez en cuando». «No tengo hambre», y hubiera insistido en el baño y el beicon. Él prefería ser un sinvergüenza. Tal vez fuera menos patético.

Estaba de pie removiendo el guiso, con el abrigo puesto, preguntándose adónde habría ido. ¿Liz Corbett? ¿El pub? ¿Al pub con Liz Corbett? Probablemente no demasiado lejos. La casa de Flora era para las visitas diurnas, a menos que le invitaran a una de sus fiestas. Meg supuso que la llegada de Richard, harto de la hora punta y cansado tras un día de trabajo, pondría nervioso a Kit.

Intentó clavar un trozo de zanahoria contra la pared de la cacerola para comprobar si estaba hecha, pero, pese a haber tenido el guiso al fuego, la noche anterior, durante varias horas antes de irse a la cama, las zanahorias parecían seguir bastante duras. Como siempre ocurría lo mismo, no se sorprendió, sólo le gustaría saber por qué. La carne se había deshecho en gruesos filamentos y las patatas habían desaparecido.

Sería una esposa inútil, pensó. Pero no se iba a casar. Su vida acabaría siendo bastante diferente de lo que había soñado de niña: sería como la de la señorita Williams, de la oficina, que cuidaba de una madre inválida y nunca se iba de vacaciones ni vivía una aventura. A medida que pasaban los años, los libros que leía eran cada vez más insustanciales, porque la realidad se había vuelto inquietante, la verdad, abrumadora. Cuando, de niña, Meg se topaba con mujeres similares a la señorita Williams —maestras de escuela, ancianas solteras en

misa—, se preguntaba cómo era posible que sus vidas hubieran descarrilado de ese modo, y estaba convencida de que a la suya nunca podría ocurrirle algo semejante, aunque su rostro era peculiar y su madre no podía permitirse comprarle ropa buena como la que llevaba Flora. Se daba cuenta de que la vida de algunas mujeres presentaba problemas —cosas que escapaban a su control—, eran deformes, o desgarbadas, o tenían unos padres mayores que vivían demasiados años, pero creía que, incluso en tales circunstancias, ella lucharía y lograría salir adelante. Sin embargo, últimamente notaba que la dejadez se estaba apoderando de ella. La nueva moda le parecía absurda. Pensaba demasiado en su niñez. En una ocasión volvió a visitar su vieja escuela y se alarmó y se deprimió por lo que les había sucedido a algunas de sus compañeras en el tiempo transcurrido desde que se fueron. Había muchas señoritas Williams en ciernes. Podía haberlo imaginado, pensó Meg. Pero no de sí misma.

Para Meg la señorita Williams era una advertencia, una voz de alarma, y esto hacía que le repeliera casi prácticamente todo lo que ésta hacía o decía. Apartaba los ojos de esa triste cara inexpresiva, como si fuera la cabeza de un traidor, empalada y colocada a modo de ejemplo para los demás, especialmente para ella. La señorita Williams tenía cincuenta y tantos años. Si se jubilara, Meg probablemente ocuparía su lugar, se convertiría en la indispensable señorita Driscoll durante el resto de sus días en el mundo laboral —y le quedaban tantos—, se sentaría delante de su máquina de escribir, en la oficina, en lo alto de un edificio en Regent Street. Desde las ventanas veía los tejados, docenas de chimeneas de diferentes tipos con su sombrerete, frontones manchados por la lluvia y el hollín, pretilos que nadie podía ver desde la calle. Ésa sería su vista para el resto de su vida.

Soñaba despierta mientras removía el estofado, cuando oyó que alguien llamaba a la puerta principal. No podía ser Kit. Sólo había una llave y estaba colgada de un hilo dentro del buzón para que ambos pudieran usarla. Cuando abrió se encontró allí a Patrick, con un libro en la mano. Estaba mirando por la calle oscura, hacia las luces del río, y, sin volverse hacia Meg, hizo un gesto con la mano para llamar su atención sobre la escena. Ella salió al rellano para mirar. Un gran barco pasaba lentamente en su camino rumbo al mar; los tubos de sus chimeneas se deslizaron por encima de los tejados.

—Sí, es precioso —asintió Meg.

Porque de repente todo era precioso. Se sintió como si el día se hubiera abierto y el sol asomara entre las nubes, pero tenía la vaga aprensión que uno conoce bien en un día de verano en Inglaterra, en el que se tiritita de frío y se disfruta del calor alternativamente, cuando el sol aparece y desaparece tras las nubes. Para impedir que Patrick se diera la vuelta y se marchara, o le lanzara el libro que llevaba en la mano y, acto seguido, se metiera en el destartalado coche que tenía aparcado en la calle, entró rápidamente en la casa y mantuvo la puerta abierta. Se disculpó por el olor a comida y entró en el salón, donde el fuego ardía con fuerza.

—He pensado que podríamos salir a cenar algo, tal vez en ese hotel cerca del río. Podríamos tomar un buen cóctel de gambas congeladas, o un *pâté maison* de lata, y un solomillo de esos que dan en todas partes.

A Meg todo le parecía maravilloso.

—Fui a ver a Liz Corbett para recoger un cuadro —dijo.

—¿Estaba Kit allí?

—No había nadie. Estaba cerrado y a oscuras. Te he traído esto.

Cogió el libro torpemente, tratando de fingir un gran interés mientras pasaba las páginas. Era un ensayo sobre Gwen John que Patrick acababa de publicar, y por nada del mundo quería que él supiera que había ido corriendo a comprarlo el día que salió y que lo había leído ya dos veces. «A Meg, con amor, de Patrick», había escrito él. Luego, buscó apresuradamente la página en la que ponía «Para F» en letras impresas. Ella sabía quién era «F» y se preguntó qué diablos podría opinar él de semejante libro. Volvió a mirar las preciosas ilustraciones: niñas leyendo, monjas en la iglesia, sillas, gatos. Cuando Patrick, de pie junto al fuego, se quedó mirándola y le dijo que tenía el aspecto de uno de los personajes de Gwen John, no entendió a qué se refería, se preguntó si veía algo de tristeza en ella o algo de soledad.

—A Flora se lo he enviado por correo —dijo—. Sé que no lo va a leer. Nunca lo hace. Y utiliza siempre la misma táctica para disimular. Resulta divertido verla. Durante un tiempo sale del apuro, al dar las gracias en el momento en que lo recibe. Se sienta y escribe la carta antes de haber tenido ocasión de empezar a leer el primer capítulo. «Disfrutaré de la lectura y, ay, qué placer tenerlo por fin,

después de tanta expectación.» Etcétera. Luego procura no verme, hasta que aparecen algunas reseñas, así tiene una frase o dos que poder comentar, y si la crítica es desfavorable, con lo que poder indignarse. «¡Qué grosero!», exclamará. «¡Qué terriblemente grosero!» Una vez me la encontré por casualidad antes de lo previsto y me dijo que estaba leyendo el libro a sorbos, en pequeñas dosis, como solía decir Henry James cuando empleaba este mismo truco. Como si fuera el vino máspreciado. Eso quería decir que no lo podía soportar.

—Pobre Flora —dijo Meg distraída.

—De eso nada. Pobres de todos nosotros.

—En una época, imaginaba que Perséfone era como ella. La veía cogiendo flores en un campo soleado. Como era Flora a quien veía, la oscuridad, el inframundo se me antojaba mucho peor. Era como si, por un malentendido aterrador, Flora hubiera acabado en la prisión de Holloway.

—Bueno, la señora Secretan sería una buena Deméter —dijo Patrick—. ¿Nos vamos ya? ¿Estás lista? Si Kit se ha ido a ver a Liz, ya se las arreglará. Déjale una nota. Ese viejo coche que está ahí fuera es de Frankie. Me lo ha prestado.

Frankie era «F». Aunque ni Meg ni Flora lo habían visto nunca, habían oído rumores. Percy estuvo sentado cerca de ellos en un restaurante —Patrick y Frankie almorzaban juntos—, e hizo una descripción de él que Flora escuchó con inquietud. Frankie tendría veintitantos años, según Percy, el pelo crespo de color pajizo, y la cara blanca y pecosa. Se había enfurruñado como un niño, había dejado comida esparcida por el plato y se echaba hacia atrás en la silla para mostrar su aburrimiento mientras bebía vino; había pedido fresas fuera de temporada y miraba con desprecio a todos los que entraban o salían del establecimiento, y muy especialmente, dijo Percy, la propina que dejó Patrick. «¿Y tú? ¿Disfrutaste de tu almuerzo?», le preguntó Flora —según recordó Meg— a su suegro, sin malicia alguna.

Meg fue a apagar el fuego de la cocina y se puso el abrigo. Después de cerrar la puerta de la calle, dejó la llave en el buzón. Y anduvo alegremente por el camino. Veinte minutos antes, había estado al borde de la desesperación.

Patrick era un mal conductor, el pequeño coche avanzaba a trompicones, dando continuos acelerones y frenazos. Se disculpó por la conducción, y aún más por el coche, y probablemente también tendría que hacerlo con Frankie, ya

que Meg estaba convencida de que lo había comprado Patrick. Se imaginó la cara de desilusión del joven al descubrir que aquella chatarra era lo máximo que Patrick se podía permitir. Todos tenemos un lado vulnerable, pensó, y deseó que la compasión que sentía por él no fuera a arruinarle la noche. Casi todos tenemos algún ángulo ciego e incondicional en la mente, preservado y defendido a ultranza, y el horrible Frankie estaba en el de Patrick. No se dejaba ver con él, pero no podía resistirse a mencionarlo. Frankie le había instalado unas estanterías. Frankie le había acompañado a Glyndebourne, pese a que le horrorizaba el sitio, y cuando Patrick tuvo la gripe, se quedó con él en el apartamento y le hizo té, «tan negros como la noche», dijo con indulgencia.

«Ese joven lo maneja a su antojo, más que cualquier chica», pensó Meg. No había tregua: rabietas y sufrimiento, inseguridad, este amor completamente ciego en el que Frankie se aprovechaba de él como hace un niño travieso con un padre entregado. Los intentos patéticos por cultivar la mente de Frankie formaban parte del autoengaño: Glyndebourne, el ballet, llevarlo a ver los castillos del Loira. Esto casi pone fin a la aventura. A su regreso, Patrick había ido a menudo a visitar a Meg, parecía tener tiempo, le había dicho que no podía trabajar ni dormir. Quince días mano a mano con Frankie habían bastado para darse cuenta de muchas verdades. Frankie se aburrió enseguida, no sólo de la historia y la arquitectura, sino de Patrick. Se negó a ver otro gran edificio o iglesia, se quedó en el coche todo el día, enfurruñado, no salía más que para comer, y luego se quejaba de la maravillosa comida. Le describió a Meg esas encantadoras debilidades como si fueran parte de la naturaleza de un genio, fácilmente perdonadas, e incluso bastante divertidas. En esas conversaciones con Meg, Patrick recolocaba la verdad para otorgarle una forma menos dolorosa, se consolaba a sí mismo, con el fin de ocultar el sombrío estado de ánimo en el que había estado sumido. Es posible que se autoengañara, pero no engañaba a Meg. Ella lo escuchó, pero luego decidió pensar en otra cosa. No quería saber nada de Frankie, y confiaba que esa noche no mencionara su nombre. Su sola existencia era un tormento para ella.

En uno de sus paseos junto al río, mientras se recuperaba de una discusión con Liz, Kit vio a su hermana y a Patrick sentados tras la ventana iluminada del

restaurante del hotel. El camino del muelle se extendía a lo largo del hotel y sus jardines, que descendían hasta el dique del río.

Cuando Patrick subió las escaleras resoplando y llamó a la puerta, Kit estaba en la cama con Liz, tumbados los dos en la oscuridad, poco después de hacer el amor. Desde allí, contemplaban las luces que surcaban el río, y, en medio de aquella penumbra, Kit se olvidaba de la sordidez de la habitación. El rato que Patrick estuvo en el rellano susurraron sobre la almohada arrugada, y Liz sujetó a Kit con fuerza entre sus piernas cortas y robustas. La risa silenciosa hizo temblar sus cuerpos, pegados uno al otro. Cuando oyeron los pasos de Patrick arrastrarse escaleras abajo, Liz saltó de la cama y se asomó por una esquina de la ventana.

—Sí, era él —dijo—. Era Patrick Barlow. —Lo vio cruzar la acera y meterse en su coche. Se rió del ruido que hacía mientras intentaba ponerlo en marcha—. Triste y viejo sarasa —dijo.

Tan pronto como Liz saltó de la cama, él se sintió totalmente ajeno a ella; no le gustaba demasiado quedarse solo entre las sábanas arrugadas, y pensó en la silueta tan extraordinaria de ella, acurrucada junto a la ventana, riéndose por nada. La luz de la farola, que le permitía observar el empeño de Patrick con el coche, caía sobre sus hombros y sus pechos, recortando las formas de su pelo alborotado y en punta contra la ventana. Era oblonga. Así dibujaba a las personas cuando era niño: los brazos y las piernas unidas al rectángulo; el pelo, un garabato en la parte superior de la cabeza. A veces les añadía un bastón o un sombrero con una pluma; otras, en secreto, se atrevía con lo que su madre llamaba una «pequeña borla» entre las piernas o imaginaba un par de pechos redondos y altos exactamente como los de Liz.

—Se ha ido —dijo. Sintió un escalofrío y se cubrió los hombros con la cortina—. Está precioso ahí fuera. —Observó que desde los muelles se acercaba un barco enorme, con sus chimeneas, que se dirigía lentamente hacia el mar. Los remolcadores tocaban la sirena. Su paso creó una conmoción en el río.

Mientras se vestían surgió la discusión sobre Flora. Liz no la conocía, pero había oído hablar de las apacibles reuniones a la hora del té, de su tierna influencia. Poco a poco había empezado a sentir animadversión hacia ella; no eran celos, porque no estaba enamorada de Kit. Ni en sueños renunciaría a media

hora de trabajo siquiera, con la preciosa luz del día, para acostarse con él. Su antipatía se debía simplemente a que el tipo de mujer que imaginaba que era Flora era el que ella siempre había despreciado. La relacionaba con el romanticismo, el encanto, la moda, la elegancia, los buenos sentimientos; todas cosas espurias, le parecía. Era por curiosidad, por completar el cuadro, por lo que hacía tantas preguntas sobre Flora y las visitas de Kit a St. John's Wood. ¿Cómo iba vestida? Él nunca lo recordaba; sólo a veces podía mencionar un color sin estar demasiado seguro. ¿De qué habían hablado? No le gustaba responder a eso, porque sabía que sobre todo era de sí mismo. Incluso quería saber qué tipo de pequeños y delicados emparedados habían tomado con el té. ¿Pan sin corteza? Y resoplaba con desprecio.

Esta noche, con los brazos doblados como alas para abrocharse el sujetador en la espalda, había ido demasiado lejos.

—Esto hace ya muchos años que dura —señaló—. ¿Nunca te has acostado con ella?

Kit tenía puesta una sola pernera del pantalón, de lo contrario se habría abalanzado sobre ella y la habría sacudido hasta dejarla sin aliento. Ambos estaban de pie, y se gritaban de un lado a otro de la habitación, con un aspecto absurdo mientras se vestían.

—¿Ni un beso siquiera? ¿No te abraza la cabeza contra su pecho? —preguntó Liz—. Lástima que te haya mantenido a raya todo este tiempo. Quizá piensas en ella cuando estás en la cama conmigo. Pero eso no funciona, o eso me han hecho creer. Hay una palabra condenadamente apropiada para mujeres como ella.

Y la dijo.

—¿No creerás que voy a volver a este sucio estercolero? —preguntó Kit, poniéndose la ropa lo más rápido que pudo.

—Apuesto a que lo harás, de todos modos. La próxima vez que vayas a verla.

—No sabes nada de ella. No la conoces y yo me ocuparé de que nunca lo hagas.

—Lo sé todo. Interpreto lo que me cuentas. Y, Dios mío, cómo te gusta hablar. Meg no te escucha, así que tengo que hacerlo yo. Te encanta decir su nombre. Resulta gratificante, como darte placer a ti mismo. Después, cuando ya todo está dicho, te metes en la cama conmigo, con la luz apagada; muy

significativo.

Había dado un portazo y bajado las escaleras desvencijadas mientras se anudaba la corbata, y ahora caminaba a un ritmo frenético a lo largo del muelle, demasiado enojado para volver a casa.

—La verdad es lo que más duele —le había dicho Liz—. Ése es el gran atractivo de Flora para ti. Con ella estás a salvo. Ella no te va a hacer daño.

Estaba confuso y le dolía la cabeza. Había discutido con Liz otras veces; cuando ella le salpicó de pintura la chaqueta, o se enfadó con él por querer interrumpirla mientras trabajaba, o cuando le dijo —como hacía a menudo— que buscara un trabajo. Pero no sabía que era malvada. No regresaría a su casa nunca más. Ella le repugnaba. Era grosera y horrible, y no se lavaba el pelo. En cuanto tomó la decisión, se le hizo evidente la terrible soledad de sus días; hacía esfuerzos para no visitar a Flora demasiado a menudo, para que no pensara que le reclamaba más tiempo del que ella le podía dedicar. Holgazaneaba por la casa, daba largos paseos con la mente en blanco, sin ideas, sin pensar en nada, dejando pasar el tiempo, entreteniéndose de manera obsesiva en contar los picos de las barandillas o los pasos que podía dar antes de que pasara un coche, tocar todos los buzones e incluso, avergonzado, cruzar la calle si era preciso, y sumar la puntuación. «Me estoy volviendo loco, loco», le decía la otra parte de su mente. Esa noche, con una gran fuerza de voluntad, se empeñó en no contar sus pasos y en no abstraerse, sino pensar, pensar detenidamente, en su situación, enfrentarse a todo aquello de lo que fuera capaz. Amar a Flora, por ejemplo, quizá no era más que amarse a sí mismo, porque ella era la única que le decía lo que él quería escuchar. Era su protección y su máscara.

Estaba claro que la necesitaba desesperadamente porque sus ambiciones eran absurdas. Nunca sería actor. Con valentía, dejó que el pensamiento emergiera desde el fondo de su mente, donde había estado oculto durante largo tiempo, como un animal al acecho. No podía mirar atrás y decidir si lo que le había mantenido en el engaño era el deseo de esa vida en concreto o el de escapar de otro tipo de vida: la de acudir a una oficina todos los días, como Richard, por ejemplo. Iba a tener que buscar un trabajo como pensaban todos, salvo Flora y él, desde hacía mucho tiempo. Tenía que haber algo que él pudiera hacer, y debía encontrarlo sin demora. No quería más días solitarios, con sus pensamientos

como única compañía. Decidió ir rápidamente a casa y contarle a Meg su decisión: luego tendría que ponerla en práctica. Se había terminado el periodo de hibernación.

Había caminado hasta los jardines del hotel, a orillas del río, y dio la vuelta para dirigirse rápidamente hacia casa. Junto a la puerta cerrada de los jardines había un buzón, y, esta vez, cruzó la calle para evitarlo. Fue entonces cuando se sorprendió al ver a Meg sentada tras la ventana del hotel, sonriendo a Patrick Barlow frente a ella, al otro lado de la mesa. Tenía un aspecto alegre y vivaz que no le había visto en mucho tiempo. Tan reforzado se sentía por su reciente resolución, que podía dedicarle un pensamiento a Meg —algo que hacía muy de vez en cuando—, para lamentar el giro que había dado su vida.

Pasó por la ventana, sin ser visto, y se dirigió a casa. Esa alegría efímera, esa mirada ligeramente radiante, le dolió. No podía dejar de pensar: ¡pobre hermanita!

Capítulo 8

Los días de invierno se le hacían muy cuesta arriba a la señora Secretan, se alegraba de que pronto llegara la Navidad y que Flora y Richard fueran a pasar unos días. Además, el año próximo, habría una niña. Se imaginó a sí misma con ella en brazos, cerca del árbol iluminado, y en su carita, la misma mirada de asombro que había visto en Flora. «Si es que estoy viva para entonces», pensaba siempre que se entregaba a estos sueños futuros. No deseaba tentar a la providencia y, últimamente, no estaba demasiado contenta con su salud. Había pospuesto la visita al médico por temor a que le diera un diagnóstico aterrador que le arruinara la Navidad. Imaginó el ambiente festivo cargado de horrores secretos, una mascarada, intentar ocultar la verdad, colocar las decoraciones con una sensación de fatalidad, sin atreverse siquiera a pensar en su nieta. «Está claro que no soy lo suficientemente valiente para correr ese riesgo», decidió. De modo que, en el día a día, tenía una preocupación moderada, casi lograba dejar a un lado la ansiedad cuando estaba ocupada; pero en la oscuridad de la noche tenía momentos de pánico, repentinos y desorbitados.

El comportamiento de su asistente se sumó a las perplejidades de sus días. Desde que la señorita Folley le reveló que había encontrado una pila de viejas cartas de amor, las noches de la señora Secretan se habían vuelto reales y dolorosamente embarazosas. Tuvo que soportar una detallada descripción de los caballeros que antaño habían escrito a la señorita Folley, y también la lectura en voz alta de las cartas —a menudo dos veces—, una distinta cada noche. La señora Secretan estaba avergonzada no sólo por el contenido, sino porque reconoció la letra y el papel moteado de color azul pálido. Al principio escuchó con compasión; pero ahora sentía aversión, allí sentada, sin poder abrir la boca, mirando al suelo. Intentó escapar de esta victimización de muchas maneras: se encerraba en su habitación fingiendo un dolor de cabeza (pero con un dolor real en el pecho), iba a visitar a sus amigos o se sentaba a su escritorio,

concentrándose a fondo en sus cuentas, sumando con los dedos, moviendo los labios al repasar las columnas, mientras la señorita Folley rondaba por allí con la carta en la mano hasta que, finalmente, suspiraba y se marchaba.

No resultaba fácil evitarla. Para empezar, cada vez había menos lugares a los que la señora Secretan pudiera escapar. Todo era distinto. Paseó por el pueblo observando las casas que había visitado durante años y que ahora pertenecían a extraños. No la conocían. No recordaban a Flora de niña. Y ya nadie dejaba tarjetas de visita. La señora Secretan siempre sorprendía a la gente con esta costumbre y, por supuesto, nunca se las devolvían. Pero ¿de qué otra manera podía uno conocer gente?, se preguntaba. Era lo peor de envejecer: se mueren los amigos. Algunos de ellos bastante jóvenes. Después de la madurez, había tantos sobresaltos que uno apenas se atrevía a mirar la página de los obituarios; aunque siempre terminaba haciéndolo. No era sencillo hacer nuevos amigos y, por lo tanto, no había demasiadas personas a las que recurrir. Cada año habría menos.

La Navidad, la llegada de Flora y Richard sería un claro entre las nubes, una dicha enorme. Iban a pasar juntos la Nochebuena. «La vieja historia de siempre —pensó la señora Secretan—. Richard no podía escaparse antes.» Con bastante buena disposición, sabiendo que su salvación estaba próxima, la noche antes de Nochebuena se resignó a oír las fantasías de la señorita Folley; además, no le quedaba otro remedio que sentarse a coser, una ocupación que la hacía más vulnerable, para terminar de bordar un pequeño monedero, una sorpresa navideña para Flora. Trató de centrar sus pensamientos en las puntadas.

—Esta tarde me he encontrado esta carta por casualidad —dijo la señorita Folley, sentándose en el otro extremo de la habitación, desde donde supuso que la señora Secretan no podría reconocer la letra, aunque teniendo en cuenta la facilidad con que la señora Secretan enhebraba su aguja con hilo de seda, debería haberse dado cuenta de que sí lo haría—. Había unas violetas prensadas entre las páginas, pero se han convertido en polvo en cuanto las he tocado. Desde luego no tengo ni idea de por qué guardé la carta. Por la poesía, me temo. Ese hombre no significó nada para mí. La verdad es que lo que dice es excesivo. Creo que le va a hacer gracia.

«Es su recompensa, pobrecilla, por haber hecho tanto relleno de castaña», se

dijo la señora Secretan. Esta tarde estaba decidida a tener paciencia.

—Era un exagerado, este Clive —continuó la señorita Folley—. Todos tenemos nuestras debilidades.

«Ya lo creo», pensó la señora Secretan mientras observaba cómo se disponía a leer la carta. Era tan rápida e inquieta como un pájaro, incluso lanzó una mirada penetrante al techo, como si temiera que hubiera un halcón al acecho.

—«Mi hechicera» —comenzó.

La señora Secretan, que seguía cosiendo, estaba convencida de que iba a ser una de las peores. Las cartas se iban haciendo más y más extrañas. Cada noche, sin una muestra evidente de irritación o incredulidad en el rostro inexpresivo de la señora Secretan, la señorita Folley daba rienda suelta a su imaginación. «La situación acabará volviéndose imposible —decidió la señora Secretan—, hasta que pierda la cabeza. O hasta que la pierda yo.»

—«Mientras pasas por las eternas esferas de mi firmamento» —leyó la señorita Folley.

«Si ni siquiera tiene sentido», pensó la señora Secretan. Cogió un par de tijeras con forma de cigüeña y cortó un pedazo de seda.

Esa noche no pasaba nada, la señora Secretan podría soportarlo pensando en la ilusión de la llegada de Flora y Richard al día siguiente, pero después, en ese momento terrible del Año Nuevo, sola de nuevo, sintiéndose enferma y asustada...; apartó esta imagen con la firmeza que le proporcionaba su larga experiencia. Dijo para sus adentros, como si fuera una niña: «No es bueno para ti pensar en esas cosas», y sus labios se cerraron herméticamente.

—«¡Mi emperatriz! —“¡Emperatriz! ¡Señorita Folley! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué indescriptiblemente gracioso, qué tremendamente triste!”—. No puedo escribir más, porque las lágrimas llenan mis ojos. Sin embargo, soy feliz por conocerte y adorarte.» —La señorita Folley dobló por fin la carta, pero la señora Secretan no levantó la vista, por temor a descubrir alguna lágrima en sus ojos—. Nunca le volví a ver —dijo la señorita Folley—. A veces me pregunto qué habrá sido de él.

Él revoloteó entre ellas como un fantasma, brevemente, luego desapareció para siempre. Clive. Ni siquiera había tenido un apellido.

La señora Secretan murmuró «Muy bonita», en un tono cortés pero nada

alentador. En un momento dado, al comienzo de la lectura, la señorita Folley había albergado la esperanza de que su señora se interesara por los hombres que escribían aquellas cartas. Estaba preparada para ello, con breves datos y recuerdos lejanos. Ahora, sin embargo, ni se molestó, porque la señora Secretan no parecía haber comprendido las reglas del juego.

Se instaló el silencio. La señorita Folley estaba cansada, se echó hacia atrás y cerró los ojos. Las dos se sentían cansadas. La casa estaba limpia y reluciente, la despensa «hasta los topes», como decía la señorita Folley. Era el resultado de días de trabajo, el trabajo del amor y la emoción. En el jardín, la lluvia susurraba entre las hojas. Las dos la oyeron decepcionadas, después de haberse imaginado la nieve y las campanas de la iglesia sonando en el aire helado.

A primera hora del día de Navidad, Richard se despertó con indigestión, le rugían las tripas de una forma exagerada. Al otro lado de la habitación, la luz de la luna caía sobre Flora, que estaba durmiendo en su antigua cama. Se le había caído el edredón al suelo, y él salió de su cama para acercarse a la de ella. Tenía los dedos de las manos entrelazados, entre su mejilla y la almohada, en la postura que tradicionalmente evoca el sueño, y de sus labios, ligeramente abiertos, surgían sonidos suaves y jadeos. Atada a la cabecera de la cama —de manera discreta—, estaba su calcetín navideño. La señora Secretan lo había puesto allí antes de que ella y Flora fueran a la misa del gallo. Y cuando regresaron, Flora fingió no darse cuenta. Aunque siguieran conservando la costumbre del calcetín con regalos, a estas alturas ella no podía estar dormida cuando se lo dejaban. Richard también tenía uno, lleno de cosméticos para hombre, que había podido vislumbrar a través del tejido del calcetín. Todo el mundo le regalaba cosas insustanciales como ésas. Él era difícil, lo sabía, no tenía ningún pasatiempo ni entusiasmo por nada; todo lo contrario que Elinor Pringle. Durante las últimas semanas, Richard había visto multitud de regalos que seguro que le hubiesen encantado. Vio un alfilerero del jubileo de la reina Victoria, por ejemplo, con una imagen impresa de los jardines de invierno de Blackpool, sobre el cual alfileres con cabeza de porcelana formaban las palabras «La que yo quiero». Tenía un pequeño roto, pero en cualquier caso no lo habría comprado.

Las nubes pasaron rápidamente por la ventana de la habitación mientras él estaba junto a la cama de Flora. El rostro de ella se oscureció para iluminarse de nuevo, gracias a la luz plateada que caía sobre su pelo y su frente. Arrojar a alguien que está dormido provoca siempre una profunda ternura. Se quedó allí un momento, después de haber tapado a Flora, henchido de esa frágil emoción: satisfecho de sentirla, qué importaba el dolor de estómago, qué importaba la irritación de la noche anterior. Después, volvió a la cama.

Cuando se tumbó, volvió a sentirse enojado. La señora Secretan le había hecho sus confidencias cuando Flora estaba en el piso de arriba preparándose para ir a misa. Le habló de las rarezas de la señorita Folley, por las que Flora no tenía que preocuparse. Habría que prescindir de ella, dijo Richard. «No se puede vivir con un lunático», añadió. De inmediato, la señora Secretan encontró media docena de razones por las que sí debería hacerlo. La señorita Folley era muy buena cocinera; resultaría imposible reemplazarla; adoraba a Flora; no tenía adónde ir. Y la razón principal —que se podía confiar en ella para cuidar a la señora Secretan en el caso de que padeciera una larga enfermedad— no se mencionó. No se llegó a ninguna conclusión antes de que Flora bajara las escaleras, con el paso equilibrado y medido propio de las mujeres embarazadas, avanzando con determinación. Era algo a lo que Richard no conseguía acostumbrarse. No parecía ella.

Él no fue a misa; consideraba que, sin contar los funerales, era un asunto de mujeres. Flora parecía ir a la iglesia sólo en las ocasiones alegres y luminosas — el domingo de Pascua (jamás el triste Viernes Santo, que la inquietaba), el día de Acción de Gracias, en las bodas, le encantaban las campanas y los villancicos, decía; y Richard podía imaginarse la idea que tenía de Cristo—, como las ilustraciones de colores en un libro de historia sagrada para niños, una cara ovalada e insípida, cabello largo y rubio ligeramente rizado al llegar a los hombros, túnica blanca, un corderito precioso en los brazos. Una figura inglesa, nada bizantina.

Flora y su madre habían ido andando a la iglesia. Era una parte importante de la noche más mágica del año, eso decía Flora. Él se había quedado en casa, y se había colocado el maletín sobre las rodillas, dispuesto a terminar el trabajo que se había traído. Se le iba la mano hacia la botella de Oporto que la señora

Secretan había colocado a su lado; tal vez ésa era la razón por la que ahora estaba despierto chupando una pastilla mentolada, deseando, abatido, que terminara la Navidad.

Al día siguiente, había otra misa por la mañana, una misa social, con sombreros. A Richard lo dejaron con la señorita Folley, a quien intentaba evitar y miraba con recelo. Ella no dejaba de agasajarlo: un pastel de carne picada, un zumo de ciruelas hecho por ella, un plato de fresas de mazapán.

No le gustaba la idea de sacar el maletín y ponerse a trabajar otra vez el día de Navidad por la mañana, así que buscó un libro para leer. No había periódicos, ni cotizaciones de Bolsa. La señora Secretan estaba leyendo *Elizabeth y su jardín alemán*, «por enésima vez», había dicho. «Qué libro tan hermoso. Cuánto me hubiera gustado conocerla.»

Richard pensó que él hubiera salido corriendo en dirección contraria si se hubiera dado semejante posibilidad. Le había «echado un vistazo» al libro en una ocasión, como a él le gustaba decir, y le había despertado cierta aversión; pero, como nunca podía justificar sus reacciones ante el arte y la literatura, no dijo nada. «Soy un hombre de negocios», pensó. Esta reflexión para reforzar la autoestima también se la guardó para sí, mientras se enderezaba y erguía la espalda, convencido de que le correspondía un lugar en el mundo.

Los estantes estaban llenos de libros para señoras maduras. *My Life as This or That* —se saltó un título—, *The English Rock Garden*, *Rosemary for Remembrance*, *Down the Garden Path*, *The Herbaceous Border Under Three Reigns*.

—Si está buscando un buen libro para leer ahora... —comenzó a decir la señorita Folley, que entró para intimidarle con unas ciruelas de Elvas.

—No, no —respondió, enderezándose rápidamente y alejándose de la estantería—. Nunca leo.

Ésta será su pequeña broma, pensó ella, y le rió la gracia.

—Es cierto, no leo jamás —insistió.

Ella se rió tanto que se quedó allí con el plato de ciruelas en una mano y se llevó un pañuelo a los ojos con la otra.

—¡Ay, madre! ¡Ay, madre! —dijo mientras tomaba aire, sin dejar de reírse—.

Hace años tuve un amigo caballero, cuyo sentido del humor era parecido al suyo. Me pasaba el día muerta de risa. Malcolm —añadió con aire pensativo, con la mirada nublada de repente, como si estuviera recordando o inventando—. Era en Warwickshire —continuó como si esto lo explicara todo. Bajó la mirada hacia el plato de ciruelas y avanzó hacia él. Para esquivarla, él cogió una y se la metió entera en la boca—. Sí, Malcolm —repitió la señorita Folley mientras miraba cómo masticaba.

Tan pronto como pudo hablar, dijo que debía ponerse el abrigo para ir a encontrarse con los demás a la salida de misa.

—Pero si acaban de dejar de sonar las campanas —dijo ella—. Les queda una hora.

—Bueno, así tengo tiempo de dar un paseo.

Escapó hasta la entrada, agarró su abrigo y abrió la puerta principal. Salía un delicioso olor a pavo asado de la cocina. La señorita Folley se quedó en la puerta y le dijo adiós con la mano mientras él bajaba por el camino de grava mojado, después regresó a la cocina con una sonrisa en los labios.

Detestaba caminar solo por los pueblos ingleses, sentía que lo observaban. Este pueblo en particular, con su hilera de tiendas, su espantoso monumento a los caídos y sus casas victorianas de color rosa intenso manchadas de lluvia, era extremadamente aburrido. En verano, estaba lleno de coches, bicicletas y personas con prendas de baño enrolladas bajo los brazos, lamiendo helados, esperando autobuses. Esa mañana, el lugar estaba casi desierto; los escaparates con las persianas echadas; los pubs cerrados. Los árboles navideños iluminados en las casitas, las coronas de acebo colgadas en las puertas de entrada ya parecían viejas. La Navidad se estaba agotando. Uno o dos padres habían sacado a sus niños a pasear, para despertar el apetito, para quitárselos de encima a la madre, para exhibir sus regalos, como unos guantes de piel o unas orejeras. Las niñas empujaban nuevos y relucientes carritos de muñecas.

Era una pena que los pubs abrieran a la misma hora en que las puertas de la iglesia se abrían de par en par para dejar salir a los fieles.

—Ay, se han debido de cruzar —dijo la señorita Folley cuando regresaron Flora y su madre—. ¿Cómo es posible que no se hayan encontrado?

La señora Secretan, con una forzada calma, subió las escaleras y se quitó los

guantes.

Cuando Richard volvió —corriendo, casi jadeando, con sólo tres cuartos de hora de retraso, como se había estado diciendo a sí mismo—, estaban en el salón, esperándolo para tomar un jerez. «Esperándolo. ¿Por qué?», se preguntó. La señorita Folley se había quitado el delantal de flores y se había unido a ellos. El tono de la señora Secretan era monótono. Flora estaba inquieta. Para ella resultaba espantoso que las dos personas que más quería en el mundo se llevasen mal. No sabía que hubiese sido mucho peor que se unieran para ir en su contra; esta posibilidad no se le había ocurrido y era muy poco probable.

Todos se desearon feliz Navidad y bebieron jerez. Richard, fortificado tras haber estado en compañía de otros hombres, decidió dar lo mejor de sí en el almuerzo y comportarse como la señorita Folley desearía que se comportara un invitado. La inquietud de Flora desapareció; y la señora Secretan, que solía reconocer el mérito cuando lo había, se percató del esfuerzo que estaba haciendo su yerno y se relajó. La señorita Folley se sentía tan abrumada por la satisfacción que parecía ebria. Prescindió repentinamente de todos los Clives y los Malcolms imaginarios del pasado para disfrutar del presente.

En casa de la señora Secretan, los regalos se abrían después del almuerzo. Se sentaban junto al fuego del salón y celebraban el momento. Richard y su padre siempre se habían tomado el asunto de los regalos con tranquilidad, sin hacer grandes aspavientos. En años anteriores, Richard había preferido desenvolver sus regalos, a solas, antes del amanecer. Le gustaba más así. Era menos considerado, pero también había menos tensión.

Desenvolvió sus regalos: jabones y lociones de afeitar; admiró los hermosos gemelos que le había regalado Flora y el bastón con asiento plegable de la señora Secretan, quien parecía no haberse dado cuenta todavía de que tenía un yerno londinense que nunca iba a las carreras de caballos ni a otros eventos de ese tipo. Observó cómo los demás abrían sus paquetes con la misma emoción que un niño. Sin embargo, él no conseguía ser un niño y fijarse en los bonitos envoltorios, con exclamaciones de sorpresa y deleite. Tantas cosas de esa casa le hacían sentirse viejo. Viejo y aburrido: dos sensaciones horribles. Le pareció que ya había hecho un esfuerzo suficiente a la hora de comer.

Le habían dejado de lado en cuanto llegaron, cuando Flora y su madre, nada

más terminar de deshacer las maletas, se habían sentado a hablar de otras personas. Él casi nunca hablaba de los demás, y lamentaba la constante preocupación de Flora por lo ajeno. Ya lo había oído todo antes, le traía sin cuidado, entonces y ahora, que Kit Driscoll se sintiera completamente desdichado en el trabajo que por fin había encontrado; y que el pequeño libro sobre arte de Patrick Barlow tuviera pocas y malas críticas. Esta vez, el verdadero titular de las noticias —tan bueno que hubo de contarlo antes de que las maletas estuvieran deshechas— era el triunfo personal de Flora. Gracias a sus incansables pero sutiles maquinaciones, había convencido a Ba para que se comprometiera con Percy y a Percy para que se creyera que era lo que él realmente quería. «Ya era hora», pensó de inmediato la señora Secretan; pero como estaba Richard delante se limitó a decir:

—¡Qué bien!

Flora tenía más regalos que nadie y continuó abriéndolos mientras la señora Secretan recogía a su alrededor, con cara de satisfacción, y Richard se recostaba para observarlas.

—¡Qué detalle! —dijo Flora, mostrando un camisón negro de gasa, de una vulgaridad espantosa, pensó la señora Secretan—. Es de Percy —explicó Flora.

«Obviamente lo ha elegido esa mujer», pensó su madre al instante. Pero Richard entendía mejor a su padre, sabía que estaría de lo más feliz y a gusto entre dependientas de un departamento de lencería. Habría hecho las compras como si de una gran aventura se tratara, ya que poseía una vitalidad que la señora Secretan no sabía apreciar y, si lo hiciera, no podría perdonarlo en un hombre de su categoría. Era una característica que sólo perdonaba en lo que ella llamaba «gente de buena cuna». Incluso entonces hubiera preferido que no la tuvieran.

—Encantador —dijo la señora Secretan, mirando el camisón y asintiendo con la cabeza.

Sus buenos modales, pensó Richard. Tenía que reconocer que él había tenido momentos embarazosos a causa de su padre, sobre todo cuando era un adolescente. Y se estremecía sólo de pensar que la señora Secretan pudiera conocer a varios de sus tíos y tías algún día. Hasta ahora, él se había encargado de que eso no ocurriera; pero había sido una tarea extenuante y difícil, no hay

nada más agotador que ser esnob cuando se está en una posición desfavorable. Envidiaba a los que eran como su suegra. Estaban tan cómodos con ellos mismos que no era justo...Era maravilloso estar tan sereno, no tener secretos de familia, dar los privilegios por sentado: educación, ocio (las señoritas Folley, las señoras Lodge que lo hacían posible). La seguridad de la «cuna» le pareció una cuestión algo dudosa.

—¡Es tan bonito! —murmuró Flora a propósito del camisón, mientras lo volvía a dejar sobre el envoltorio.

Aunque Percy había ganado dinero de sobra al principio de su carrera —a tiempo para enviar a Richard a un colegio privado, algo que la señora Secretan daba por sentado, aunque en este caso hubiera preferido que hubiera sido uno mejor—, Richard recordaba una infancia en la que vivían en una casa adosada sin garaje. Incluso se acordaba del nerviosismo de su madre cuando, por primera vez, contrató ayuda para el trabajo doméstico. La seguridad que tenía Flora a él le estaba vedada. La próxima generación lo haría mejor, igual que él lo había hecho mejor que su padre. Si todo iba bien, como debería ser. Si trabajaba lo suficiente.

—¡Ya está! —dijo Flora. Había abierto su último regalo, dejó ir la última exclamación de agradecimiento. Se echó hacia atrás y se enrolló una cinta alrededor del dedo; estaba hasta los tobillos de papel arrugado—. Me pregunto cómo lo estarán pasando los demás. ¿No sería estupendo que todos estuvieran disfrutando de una bonita Navidad como nosotros? Espero que el pobre Patrick no se sienta solo. Debe de ser horrible sentirse así el día de Navidad.

—¿Patrick? —preguntó su madre—. Ah, sí. Es un poco inepto, ¿no, cariño?

Patrick se sentía solo. Por la mañana fue a misa y después intentó olvidar el significado del día. Tenía que ser posible, pensó, ignorar la triste escena navideña del exterior, grupos de personas volviendo rápidamente a casa, a mamá y papá, para recluirse en sus familias, dejando las calles desiertas. Las tareas que había que realizar, el aburrimiento y la servidumbre que eso suponía; la sola idea le parecía asfixiante. Sus discos en el gramófono probablemente podrían acallar el silencio sepulcral mientras pasaban las horas del día; las cortinas de seda color pergamino cubrían ya la monotonía del cielo y el tejado de pizarra de la iglesia

congregacional de enfrente, que él no frecuentaba. No había razón alguna —ni siquiera que todos los demás estuvieran de vacaciones— para que él no trabajara o se metiera en la cama y pasara el día entero leyendo.

Al pensar en el trabajo, en el libro que estaba escribiendo, se le encogió el estómago, como si hubiera visto algo repulsivo de pronto. Además, tenía miedo. Últimamente le asustaba tanto sentarse a trabajar que se vio obligado a lidiar con ello.

Preparó una comida lo menos navideña posible: dos huevos pasados por agua y pan con mantequilla. Lo lavó todo antes de ponerse a trabajar. Era muy metódico, sobre su escritorio había pilas perfectamente ordenadas de papeles, notas grapadas y los cuadernos encuadernados en tela en los que pasaba a limpio las notas con su hermosa letra. El propio hecho de escribir lo calmó y apaciguó; pero últimamente, poner orden a su imaginación le inquietaba. Como si estuviera en el centro de un laberinto, no sabía qué camino tomar.

Había recibido excesivas alabanzas demasiado pronto. «Un escritor al que seguir los pasos», habían dicho las críticas. Los iniciados habían estado pendientes de él, como si fuera un potro de dos años que pronto fuera a ganar en las carreras; pero no había ganado ninguna. Más tarde, los críticos, al comparar cualquier texto que escribiera con su libro inicial, provocaron que odiara esa primera obra. Hacía una mueca cuando se hablaba de ella, decía que únicamente amaba sus pobres fracasos. Lo decía todo el tiempo, a cualquiera que le preguntara, pero sobre todo se lo decía a sí mismo. En Nochebuena, soñó que a medida que avanzaba con su nuevo libro empezaba a notar que había algo familiar en él. Incluso sabía los nombres de los personajes, conocía las situaciones, luego las frases completas se convirtieron en ecos de algo que había sucedido antes. Por fin, justo antes de despertarse, se dio cuenta, con profunda desesperación, de que había vuelto a escribir su primera novela; no era un parecido remoto, sino que resultaba imposible fingir que era algo nuevo.

Frente a él, en el escritorio, había una fotografía de su madre. Llevaba el cabello peinado al estilo liso y pulcro de los años veinte, tenía cejas finas y una cuerda con cuentas colgando en el pecho; no podía decirse que fuera propiamente un collar. Sus grandes ojos eran muy atractivos y su boca se torcía en una curiosa mueca, como si estuviera tratando de no sonreír ante un

comentario subido de tono que le parecía gracioso. Había sido una mujer hermosa, y él la había querido muchísimo. Cuando quiso recordar cómo era antes de la guerra, descubrió que también eso era un difícil ejercicio de la imaginación. Con frecuencia, los recuerdos posteriores borraban a aquellos felices. Veía con mucha más claridad su rostro ceniciento, sus ojos hundidos volviéndose hacia él cuando entraba en el dormitorio; su cabeza inmóvil sobre las almohadas; la delgada mano que se levantaba unos centímetros de la colcha a modo de saludo.

Dejó de mirar la fotografía y abrió un cuaderno. Tenía todo tipo de pequeños trucos que le ayudaban a ponerse a escribir: por ejemplo, dejar una frase a medias el día anterior, o un borrador que pasar a limpio para adentrarse de manera gradual en la atmósfera del libro.

Habría resultado agradable que hubiera podido venir Frankie, pensó. Incluso se imaginó una escena de ambos —refugiados ahí huyendo de la Navidad—, encerrados, haciendo tostadas de anchoas, en amigable compañía. Le hubiera dejado a Frankie que pusiera todos los discos que había comprado para él, a pesar del martirio que suponía oírlos. Para él, eran ruidos enredados: Gerry Mulligan, Dave Brubeck. Había intentado, con poco interés, entenderlo.

Apartó a Frankie de su mente y retomó el hilo de su trabajo. Escribió un rato, bastante uniformemente, el codo sobre el escritorio, la mano protegiendo sus débiles ojos de la luz de la lámpara, echado hacia delante, como un inconformista rezando en la capilla.

Le invadió una sensación de satisfacción, la satisfacción de ir avanzando, y en el día de Navidad, además. Esto era algo extraordinario, que no se esperaba de él: una bonificación por su esfuerzo.

Era bastante comprensible, pensó en ese momento, que Frankie no pudiera ir. Su madre se habría quedado sola y ella era muy sentimental con la Navidad. Admiraba a Frankie por pensar primero en su madre, por quedarse con ella. «Es lo que debería haber hecho yo», se dijo, para consolarse, para a continuación añadir: «No, no debería». Dejó la pluma y dio unos pasos por la habitación. Quería que llegara la noche.

Era culpa suya, se dijo. No había ninguna necesidad de que se sintiera solo. Tenía amigos que habrían estado encantados de contar con él. Podía haber

preguntado a Meg. O haber ido a verla. Eso pensaba mientras se movía por la habitación, deteniéndose para colocar bien un cuadro o enderezar la pantalla de una lámpara. Lo malo era que había esperado hasta el último momento por si al final Frankie se decidía a venir. Esto pasaba mucho últimamente. Su vida se estaba convirtiendo en una espera constante, bastante desagradable. Pero a veces se producía el milagro; por eso se quedaba en casa, rechazaba invitaciones, consultaba el reloj, miraba a través de las cortinas a la calle y estaba atento por si oía pasos. También desperdiciaba comida, encargaba exquisiteces por si Frankie se dejaba caer por allí, pero Frankie no aparecía.

A las cinco en punto, inesperadamente oyó pasos en el rellano. Se quedó quieto, dispuesto a recibir una nueva decepción, sabiendo que debería sobrellevarla lo mejor que pudiera, que duraría toda la noche, y sabiendo, también, cómo se sentiría.

Pero ocurrió lo increíble. Sonó el timbre, y se levantó, con piernas temblorosas, a abrir la puerta. Allí estaba Frankie; la horrible luz fluorescente brillaba sobre su cabello color jengibre, haciendo que pareciera ligeramente verde.

Llevaba la camisa de seda que Patrick le había enviado por Navidad y le traía una corbata que le había regalado su tío, una corbata demasiado vieja y sosa para él.

Patrick se sintió inmensamente halagado. Frankie sonrió mientras aquél la admiraba; se levantó de inmediato, se quitó la que llevaba puesta y se puso la nueva ante el espejo, extasiado.

«La veremos a menudo —pensó Frankie—, cada vez que nos veamos; hasta que esté raída.»

Patrick se la pondría para complacerle y a Frankie le traía sin cuidado.

—No te esperaba —dijo Patrick con entusiasmo—. No quería que se enfadara tu madre.

—Ha llegado mi tío, así que se me ha ocurrido venir un rato.

Había venido desde Clapham Common, todo un viaje.

—Me encanta verte, querido. Es estupendo.

Era escrupuloso en cuestión de horarios cuando se trataba de tomar una copa, y pensó que poco después de las cinco era demasiado temprano, pero como era

Navidad, y Frankie había venido, fue a buscar una botella de vino para celebrar el milagro. Al pasar por detrás de la silla de Frankie, le tocó el hombro con la mano, que aún le temblaba de la emoción.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó desde la habitación contigua. Frankie se alegró de escuchar el tintineo de las botellas.

—Comer, nada más —gritó.

Su madre respetaba las tradiciones. Aunque estaban solos, había hecho un pavo, pudín de ciruela y pastel de fruta. Había sido bastante conmovedor, triste, le parecía. Habían tirado de una sorpresa con petardo incluido, y él se había puesto un gorro de papel. Era la primera Navidad que pasaban solos.

Su padre simplemente había salido de sus vidas. Después de una de las discusiones con su esposa sobre Frankie, se fue de casa y no regresó. El motivo de las peleas siempre era —y lo había sido durante años— que Frankie era un desvergonzado, que se creía muy listo, como decía su padre. Acusaba a su mujer de haberle consentido demasiado, y Frankie, naturalmente, no se ponía de su parte en esto. Siempre eran dos contra uno, y el señor Parsons, incapaz de aguantarlo más, se había ido a vivir a una pensión.

—Desde luego, era prescindible —le dijo Frankie a su madre, pero ella se había quedado muy abatida.

Frankie era un chico brillante. Lo entendía todo a la primera. Hacía imitaciones de todo el mundo. Había cambiado su acento, eliminando un gangoso tono londinense de su voz. Era ambicioso. Y también era valiente. Para disgusto de su padre, había renunciado a su trabajo como comercial y había empezado a trabajar en una empresa de publicidad. Ganaba menos, pero para él no era más que el principio. Estaba atento a todo lo que ocurría. Tenía veintitantos años y aprendía rápido.

A Frankie le resultaba extraño pasar una noche de Navidad como aquélla, sentado junto al fuego en esa habitación protegida y aislada. Las navidades que recordaba, más o menos a esa misma hora, estaban reunidos alrededor de la mesa del comedor, su madre, su padre y sus parientes por parte paterna, incluida una prima de su edad que trabajaba en Selfridges. (Ninguno de ellos había sido invitado este año.) Una luz brillante iluminaría el mantel blanco, los petardos rojos, la gelatina con su forma habitual, una tarta de chocolate en forma de

tronco, en el centro el pastel blanco sobre papel de blonda y el Papá Noel de yeso, el petirrojo y los esquimales, que luego se lavaban y se guardaban para el siguiente año.

Frankie notaba que se hacía mayor para estas cenas navideñas, y durante años las había soportado a regañadientes. Era un verdadero sacrificio, sobre todo por el espíritu que su madre fomentaba, cuando, año tras año, le ofrecía una parte del petardo a su prima. Ella cogía un extremo, volvía la cabeza y cerraba los ojos, lista para lanzar un pequeño grito de alarma ante el estampido. Y para representar también su papel, suponía él. Frankie, hartado, pero con su sonrisa navideña, leía la frase y se ponía el sombrero de papel. Se sentía fuera de lugar.

Tampoco en el piso de Patrick se sentía como en casa, pero estaba dispuesto a conseguirlo. Por ejemplo, no había leído ninguno de los libros de las estanterías; pero creía que escuchar a Patrick y a otras personas hablar de ellos sería suficiente. Incluso cuando estaban solos —como solían estar—, Patrick hablaba mucho de literatura, como si Frankie realmente hubiera leído alguno; pero si, por casualidad, estaba allí alguno de sus amigos, protegía a Frankie en una conversación, interrumpía con destreza y respondía a las preguntas, pero con tanta naturalidad que parecía que no lo estuviese haciendo. A veces se las ingeniaba para dar opiniones como si fueran suyas. «Lo hace con gran destreza», se decía Frankie. «Probablemente soy el único que se da cuenta de lo que hace. Me demuestra que él sabe que no sé nada. Y que, cuando estamos solos, intenta enseñarme.» A Frankie le gustaba lo considerado que era con él. La delicadeza era algo peligroso para poner en práctica. Hay que ser bueno, de lo contrario puede ser desastroso.

Patrick no se estaba dando ninguna prisa en traer el vino y las copas.

Más bien se estaba demorando, farfullando alegremente, tarareando, pensando: en la habitación de al lado está la persona que amo. Cuanto más se demorara, más tarde se iría Frankie.

Había comprado una caja de *marrons glacés* por si sucedía el milagro, y había sucedido. Incluso mientras estaba en la tienda, esperando a que le dieran el cambio, no había caído en la cuenta de que la compra tenía algo que ver con la Navidad.

—Hay unos puros en la mesa —dijo, mientras sostenía la bandeja con

cuidado. Él no fumaba, y detestaba especialmente el olor de los cigarros que le gustaban a Frankie. Por las mañanas, el aire y el olor impregnado en las cortinas le hacían sentirse mal. Eso le obligaba a abrir todas las ventanas y dejar que entrara el ruido del tráfico.

—No te has puesto demasiado navideño —dijo Frankie con admiración, echando una ojeada alrededor del cuarto. En casa, su madre había colgado guirnaldas de papel y había puesto ramas de acebo sobre los cuadros.

—No me apetece decorar un árbol para mí solo, aunque pretendiera tener espíritu navideño; así que no lo he hecho.

—Siento que estuvieras solo.

Patrick le dio la espalda mientras descorchaba una botella. Odiaba que hirieran su orgullo, pese a conocer y desdeñar esa debilidad suya. Temía ruborizarse y exageró sus esfuerzos con el sacacorchos para disimular.

—Bueno, no tenía por qué haber estado solo —dijo, ofreciendo un vaso a Frankie y deseando que no le temblara la mano—. Estaban Meg Driscoll y su hermano. La verdad es que debería haber hecho algo con ellos. Me siento culpable.

—Ah, qué bien —dijo Frankie, reclinándose en la silla y dando un sorbo del Pouilly Fumé que, esperanzado, Patrick había puesto en hielo antes del almuerzo, y que luego había retirado, desesperado.

Patrick estaba sentado frente a él, en el extremo de un sofá. Entre pequeños sorbos, observó a Frankie con una mirada reveladora en los ojos, y luego, dejando que la lengua completase su intención, dijo:

—Son todo mentiras, sabes. No me siento nada culpable con Meg. Si no podías venir, yo quería estar solo, por si había la más mínima posibilidad de que aparecieras. Imagina lo enfadado que estaría si hubiera ido a casa de Meg y hubieras venido. O si ella hubiera estado aquí.

Frankie, que no quería ser adorado —había descubierto que no había nada más agotador—, se terminó la copa de vino en un par de tragos.

—No puedo quedarme mucho rato —dijo.

Patrick ya se había levantado para ir a buscar la botella. Después de llenar el vaso de Frankie, le empezó a preocupar si estaría en condiciones de conducir de vuelta a casa y fue a buscar unas galletas.

—Por supuesto. Ya lo sé, lo entiendo —dijo.

Si la visita no duraba más que diez minutos más, se iría contento a la cama. Porque Frankie había venido, contra todo pronóstico, y probablemente era porque quería venir. Era natural que regresara con su madre en una noche como aquélla. A Patrick le conmovió que pensara tanto en ella. Adoraba esos rasgos agradables de su personalidad.

Capítulo 9

Percy y Ba pasaron unos días en Brighton después de la boda. Ya habían estado allí, en los primeros años de su relación. Flora había querido persuadirle para que fueran más a la aventura, pero sus sugerencias habían llevado a Percy a hacer uno de sus discursos.

—No soporto a la gente que va al extranjero —sentenció—. Vuelven y hablan más que un loro sobre la experiencia de montar en camello. Ese tal Geoffrey Pringle, la otra noche en tu casa, Flora, se jactaba de los hoteles baratos a los que va en España. Lo más destacado de sus vacaciones es alojarse en un antro asqueroso para comer pescado pasado con un lugareño. Si no puedes organizarte mejor cuando sales fuera, creo que es mejor quedarse en casa.

Así que fueron a Brighton, como de costumbre, y al hotel de siempre. ¿Ba incluso llevaba el mismo anillo de bodas?

—Este lugar empieza a hacerme sentir culpable —dijo, echando una mirada a la habitación antes de deshacer la maleta. Y por primera vez se sintió avergonzada de estar a solas con él. Su relación había ido afianzándose sobre una base distinta, más íntima. Sí, pensó, ahora somos parte de la sociedad. Antes se veían en secreto (más o menos), eran anónimos, egoístas. Confiaba en que Percy no creyera que sólo por el hecho de estar casado ella pretendiera que le hiciera el amor. En ese aspecto, al menos, consideraba que debería estar permitido que hicieran lo que les viniera en gana. Al fin y al cabo, nadie iba a saberlo.

Percy protestó mucho al principio. En la cena, su lenguado no estaba como había imaginado, un error causado por el hecho de que la carta estuviera en francés. Hizo su alegato habitual sobre eso y a Ba le resultó tan divertido como siempre.

Aún seguía murmurando sobre el pescado mientras se disponía a meterse en la cama.

—Si hay algo que no soporto, es el queso; el queso cocinado. Me pesa en el estómago toda la noche.

—Es lo que pediste, cielo.

—No deberías haberme dejado. Sabes que no hablo gabacho. ¿Cómo iba a saber que Mornay era una salsa con queso? Me gustan las cosas sencillas. Muy sencillas.

—Aunque estemos de luna de miel, lo sé todo acerca de cómo te gusta la comida.

—Nada de salsas. Sólo pescado. Como lo haces tú.

—Gracias, mi amor.

Ella se había limpiado la cara con crema; la tenía tan pálida como un icono.

—Prefiero la cama que está más cerca de la ventana —dijo él.

—Sí, cariño, lo sé.

Se ató el cordón del pantalón del pijama, que era de rayas azules y blancas, como el de un colegial.

—Pero si la quieres tú... —dijo vacilando.

Ella negó con la cabeza y él se metió en la cama rápidamente, y se cubrió con las mantas. A Ba le gustaba leer un poco antes de dormir, así que se acercó la lámpara y abrió su libro. Su cara, pálida, brillaba, y bajo sus ojos había unas oscuras ojeras. Se había recogido el pelo en una fina trenza.

—Perdóname por todo el alboroto, nena —dijo Percy con voz somnolienta a su almohada.

—¿Qué alboroto?

—Por ese maldito pescado.

—¡Ah, el pescado! Yo no me preocuparía.

—Me temo que ser tranquilo y afable no es mi fuerte.

—No, cielo.

Ella pasó una página tranquilamente. Al rato, él comenzó a roncar.

Dieron una pequeña fiesta cuando volvieron de Brighton. Las cosas habían mejorado allí después del primer día. Salió un sol pálido e inercial; el cielo era hermoso y las casas del siglo XIX lucían su mejor aspecto. Percy descubrió un salón de té donde podían tomar un menú barato: sopa de tomate, pastel de

requesón y bizcocho con mermelada; y, por la noche, un pub con un mostrador con rosbif frío, huevos rebozados, jamón de York y otras delicias británicas. Ambos menús escritos en inglés. Percy le compró a Ba un collar de ámbar en las callejuelas de tiendas, y, mientras paseaban por la calle principal, se llevó una alegría al encontrarse con uno de sus viejos amigos, un compañero masón, miembro de su club de bolos. Ba no se ofendió lo más mínimo por que él quisiera buscar alternativas a su compañía. Le gustaba verlo tan animado. Fueron unos días más placenteros de lo que había esperado, aunque ahora estaba contenta de haber vuelto a casa.

Había que hacer algo —de hecho, había que hacer mucho— con el feo apartamento de Percy. Ahora, en el suyo vivía una encargada de tienda. Ella y Percy echaban de menos sus tranquilas noches allí.

El piso de Percy era grande y oscuro. Los suelos estaban cubiertos de linóleo de color gris pizarra, que parecía estar siempre lleno de polvo; las paredes estaban pintadas de gris. Era un ambiente recargado, pero frío; y olía a puros. Desde la ventana de su dormitorio, tenían una vista de un muro de ladrillos rojo oscuro y una escalera de incendios. Durante años, Ba había hecho esfuerzos para hacerlo más alegre, poniendo cortinas nuevas y tapizando las sillas con diferentes telas. Percy no estaba dispuesto a ir mucho más allá de estos ligeros arreglos. Le gustaban sus sillas de cuero negro y el sofá estilo Knole tapizado con brocado granate. Aborrecía los muebles modernos, tanto como los viajes al extranjero. («Esas pequeñas patas que sobresalen en todas direcciones, hacen que el suelo parezca un matorral.») Había pocos adornos, aparte de unos jarrones chinos grandes, de color sangre, llenos de juncos: ni una foto, salvo una versión sentimental de *Leda y el cisne* y una fotografía desvaída del propio Percy, más joven, con una condecoración alrededor del cuello. Su primera esposa la había enmarcado y la había colgado.

Era necesario hacer algo con tacto, decidió Ba, pero no sabía muy bien por dónde empezar sin provocar disgustos y enfados. «Sólo para la fiesta», le explicó. Sacó los juncos de los jarrones chinos y puso crisantemos color crema, pero nada más tocarlos, los juncos casi explotaron, se desintegraron y la habitación se llenó de semillas. Percy estuvo a punto de explotar también. En ese momento estaba tocando el piano, uno de los «Cuatro estudios más avanzados

para dos manos». Las semillas suaves volaron a su alrededor, le hicieron toser, cayeron en el interior del piano, que estaba abierto. Además, le gustaban los juncos. No eran fáciles de encontrar en Londres, dijo. Los había traído desde Dorset, con gran esfuerzo. ¡Y Ba no paraba de reírse! Pensó que era infantil por su parte reírse.

—¡Infantil! —gritó ella, limpiándose los ojos y soplando para quitarse la pelusa del pecho.

—Y no muy amable —añadió.

Tenía los dedos rígidos. A su edad, no podía permitirse dejar de practicar, ni siquiera durante esos dos o tres días en Brighton; así que, si se equivocaba, era culpa de ella. Le gustaba tener público para la pieza perfeccionada, pero no mientras ensayaba. No estaba acostumbrado. Siguió cometiendo errores y murmurando «¡Lo siento!», «¡Maldición!», y una palabra más corta y menos fina, que era una de sus favoritas (para consternación de Ba y Richard).

La fiesta era por el cumpleaños de Ba y para celebrar su boda, ninguna de ellas razones de peso, pensó Percy, que estaba decidido a quedarse en un rincón y beber whisky con sus compinches, como él los llamaba. Sus esposas podían permanecer junto al fuego y hablar de sus nietos, como siempre.

Ba puso la mesa en el comedor: un gran pescado relleno con guarnición, una pierna de cordero con gelatina, ternera en salmuera, costillas de cerdo, bizcochos borrachos, tartas y babás. Las esposas de los compinches se quedaron admiradas. Flora, con un plato en la mano, fue a buscar a su suegro.

—¿No te sientes afortunado —le preguntó— de tener como esposa a una cocinera como Ba?

—Bueno, siempre me ha preparado buenas cenas —respondió Percy algo malhumorado. No tenía ninguna intención de mostrar gratitud a Flora ni a nadie—. Y entonces no invitábamos a nadie —agregó—. Odio tener invitados.

—Qué malo eres —dijo Flora, sonriendo y moviendo la cabeza.

Las chanzas sí que le gustaban y le devolvió la sonrisa.

—Un traje muy bonito, si me permites decirlo —añadió, mirando su vestido tableado de embarazada, que parecía la pantalla de una lámpara.

—Gracias.

—Ah, yo siempre digo lo correcto, querida.

Percy la perdonó por haber llamado para preguntar si podían ir con Patrick. Había aparecido sin avisar y parecía estar un poco solo.

—Pero ¡por supuesto! —había dicho Ba, realmente encantada.

Percy, al oírlo, había alzado la mirada hacia el techo y chasqueado la lengua. Ella lo miró y se puso el dedo sobre los labios, a modo de advertencia, mientras seguía asintiendo al teléfono, con una sonrisa.

Las habitaciones de su casa tenían techos altos y el parloteo no molestaba demasiado. Las ancianas señoras charlaban, bebían champán y miraban con disimulo las tarjetas de cumpleaños de Ba que había sobre la chimenea. Eran tarjetas decorosas, adornadas con jacintos y gatitos. No había chistes de mal gusto, porque a su edad ya no se podían hacer bromas sobre los cumpleaños, ni sobre cuántos años había cumplido Ba. Ahora era preciso mimarla, con bellos paisajes y bonitos versos en letras góticas.

Era una anfitriona enérgica, que compensaba la indiferencia de Percy. Con reprimendas y exhortaciones, se inclinó para llenar los vasos, ofreciendo una amplia panorámica de su pecho, y gritó al otro lado de la habitación:

—Cielo, no fumes de los tuyos, por el amor de Dios.

Patrick estaba bastante incómodo entre tanto desconocido, todos pertenecientes a un mundo tan ajeno al suyo. «Éste es Patrick Barlow, el escritor», había dicho Ba al presentárselo a las mujeres, con toda su buena intención. Los maridos, como de costumbre, se habían ido al otro lado de la habitación.

—¡Ay, cuenta, cuenta! ¿Qué tipo de cosas escribes? —le preguntaron. Nadie había oído hablar de él.

—Novelas, libros sobre pintura —comenzó a decir, sintiéndose muy desdichado.

—¿Libros románticos?

—No. Románticos, no.

—¿Historias basadas en hechos reales?

—No sé si..., quizá... Espero...

—Pero ¡qué maravilla! ¡Ser capaz de expresarse!

—Bueno, no es más que un trabajo como cualquier otro...

—Dime títulos de algunos de tus libros.

«¡Ay, Dios mío!», pensó, horrorizado ante la idea de tener que recitar la lista. Además, detestaba enumerar los títulos de cualquiera de sus libros en voz alta. Tenía un miedo casi supersticioso a oírse pronunciando aquellos títulos.

—Patrick —dijo Flora, acercándose a él y entregándole una bandeja—, ¿te importaría hacerla circular para echar una mano a Ba?

Una vez que se hubo marchado, agradecido, Flora les contó todo sobre sus libros —que ella nunca había leído enteros—, y los elogió profusamente.

—Los buscaremos en la biblioteca —prometieron los asistentes.

—Gracias, Flora —dijo Patrick más tarde—. ¡Y qué fiesta más agradable! —añadió en respuesta a su amabilidad. De hecho, estaba bastante cansado.

—¿No te parece que Ba está feliz? —preguntó Flora—. A los dos se los ve felices, ¿verdad? Siempre he sabido que tenían que casarse, pero parecían no saber lo que era mejor para ellos.

—No puedo imaginar cómo alguien puede saber que el matrimonio será eso: la sola idea de querer estar con la misma persona, día tras día, incluso en la misma cama, encerrados juntos para toda la vida; bueno, o incluso media vida. Imagínate que, de pequeña, te dicen que algún día tendrás que pertenecer a otra persona, y que sólo la muerte podrá separaros. Nadie podría reprocharte que rompieras a llorar por eso. Estar bajo el mismo techo hasta el día del juicio final.

Le sorprendió un poco su propia vehemencia, y había un eco que resonaba en el fondo de su mente: *bajo un mismo techo, bajo un mismo techo*. Estaba dolido y emocionado por sus propias palabras. Se preguntó si había bebido demasiado champán.

—Pero yo quiero a Richard, eso es todo lo que necesito. Estar bajo el mismo techo que él —dijo simplemente Flora.

Flora se sentó en el brazo de una de las butacas de cuero negro de Percy. Se la veía bastante desgarbada ahora, tan voluminosa. «Sin embargo, me gustaría tener un hijo», pensó Patrick. Se imaginó que sería maravilloso tener a alguien joven que le admirara y le quisiera.

—También quiero a la señora Lodge —prosiguió Flora—. Me gustaría que ella pudiera estar bajo mi mismo techo por los siglos de los siglos. Querría tener esa certeza.

Después de la cena, Ba puso unos discos en el gramófono. Ella y Richard los

seleccionaron. Eran todos muy antiguos.

—«Miro al SOL, por encima un TRÉBOL» —cantó Ba, dando unos pasos de los años treinta.

—¿No eran maravillosas, las viejas canciones? —le dijo una anciana señora nostálgica a otra.

—Si alguien quiere bailar... —dijo Ba apartando la alfombra de la chimenea hacia un lado. Pero nadie quería, y al cabo de un rato la volvió a poner como estaba.

—¿Has visto a Meg? —preguntó Flora a Patrick, que sabía lo que se traía entre manos.

—Hemos ido juntos al ballet.

—Ah, sí. Me lo contó. Me alegro. No sale demasiado, mi querida Meg. ¿No te parece una persona maravillosa?

—Una chica muy agradable.

—Ay, es mucho más que eso. Si no la conozco yo, ¿quién la va a conocer? ¡Es una chica fantástica!

—Me cae bien. Me gusta estar con ella. La admiro. ¿Qué más puedo decir, querida Flora?

«¿Qué más?», pensó Flora, indignada.

—Tú significas mucho para ella, no sé si lo sabes —dijo.

—Y ella significa mucho para mí —dijo Patrick a la ligera. En cierto modo, era verdad. Miró con dureza a Flora, pensando: «Me has salvado una vez esta noche, pero sólo para someterme a algo peor».

—Mi mayor deseo —continuó Flora— es que Meg siente la cabeza y sea feliz. Mi mayor deseo. ¡Ah!, y Kit también. Ese horrible trabajo que tiene...

—Meg dice que parece no importarle.

—Pero ¡es un desperdicio!; Richard, querido —exclamó, cogiendo la mano de su marido cuando él se acercó y se puso a su lado—. Estaba diciendo que es un desperdicio que Kit tenga ese ridículo trabajo. Si hubiera algo que pudiéramos hacer para ayudarlo.

—Deberíamos dejarle hacer —dijo Patrick—. Y a decir verdad, creo que Meg estaría de acuerdo.

De camino a casa, después de dejar a Patrick en su casa, Flora le dijo a

Richard:

—No entiendo por qué Patrick no le pide a Meg que se case con él. Son tal para cual. Sería ideal.

—Cariño, por favor, utiliza tu inteligencia.

—¡Ay!, no me creo nada de todo eso. Nunca lo he creído. Me parece que la gente es muy chismosa y tiene mucha imaginación.

—Entonces, ¿qué diablos está pasando con el horrible Frankie?

—No lo conozco, así que no te sabría decir.

—Ba, me parece raro no ir a tu casa por las noches —dijo Percy más tarde, tumbado en la cama.

Capítulo 10

La hija de Flora nació, un poco antes de lo esperado, bajo el signo de Acuario. Richard tuvo que llevar a Flora al hospital de repente. Esa noche, daban una cena para Geoffrey y Elinor Pringle, Meg y Kit. Después de cenar, Flora subió al piso de arriba con Meg y Elinor, y allí se quedó. Meg bajó corriendo a hablar con Richard.

Flora creyó que podría montar esa pequeña fiesta y casi lo había conseguido, pero servir el café fue demasiado para ella, y Elinor se encargó de hacerlo mientras Meg preparaba una pequeña maleta.

Flora bajó las escaleras con su abrigo de piel, intentando fingir que no pasaba nada.

—Por favor, quedaos —dijo—. Richard volverá enseguida. Lo siento mucho. Kit, cariño, ¿te ocupas tú del coñac?

Kit, incapaz de mirarla, se dirigió hacia la mesa donde estaba la bandeja, presa de los celos y el nerviosismo. Ella iba a vivir una experiencia completamente ajena a él, nada sería lo mismo después; se respiraba la separación. Deseó que se marchara ya, antes de que tuviera que comenzar a servir las bebidas con sus manos temblorosas.

Elinor —que no era madre— se recostó después de hacer los honores con el café, como si esta interrupción no le interesara. Su marido se puso de pie muy erguido, las manos abiertas sobre el pecho, los ojos profundos muy alerta. Tenía aspecto de haber pasado la infancia y la vida adulta al aire libre, escalando montañas, caminando por los páramos. Llevaba un traje holgado de tweed, el camuflaje apropiado para el campo, pero en absoluto para St. John's Wood o para la Cámara de los Comunes. Era ese tipo de inglés que llama tanto la atención en el extranjero.

—Si podemos ayudar en algo —dijo—. ¿Tienes lectura suficiente?

A Flora no se le había ocurrido y cogió el *Vogue*.

—Adiós —dijo, y su cara se puso blanquecina de pronto; luego adquirió de nuevo un color rosado—. Espero que me perdonéis.

—Te deseo lo mejor —dijo Geoffrey, ofreciendo una sonrisa para levantarle el ánimo.

—Gracias por esta deliciosa cena —intervino Elinor, para que no perdieran de vista por qué estaban allí.

En el pasillo, la señora Lodge abrazó a Flora, pero no fue capaz de decir nada. Se quedó mirando cómo se alejaban y después cerró la puerta de la entrada silenciosamente.

—Vaya, vaya —dijo Elinor mirando la habitación. Su voz era a la vez divertida y reprobadora.

—Por los pelos —dijo Geoffrey.

«Lo ha hecho por mí», pensó Kit, intentando servirle una copa de coñac a Elinor sin derramarlo.

Sólo unos días antes, Flora se había acercado a Richard en un estado de gran emoción.

—Cariño, ¡algo maravilloso! Me he encontrado con Elinor Pringle en la cafetería y me ha contado que Geoffrey ha escrito una obra de teatro y que la van a estrenar en Londres.

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabes?

—Yo también he visto a Elinor.

—No me lo habías dicho.

—La veo a menudo, subiendo y bajando la colina.

—¿Por qué no me lo dijiste? Queda tan poco tiempo... Tenemos que invitarlos a cenar inmediatamente, en cuanto puedan. Es muy posible que haya algún papel en la obra para Kit. Estoy segura de que Geoffrey le echará una mano.

De camino a la clínica, los espasmos de dolor y su aprensión no le impidieron preguntarse si la cena había servido para algo. Kit (para ser el joven y prometedor actor que le había descrito a Geoffrey) había estado torpe y no había abierto la boca. Y, lo que era peor, Elinor había comentado como de pasada,

cuando hablaron a propósito de la obra de Geoffrey, que una vez que había terminado de escribir, la daba por terminada; después, otras personas tomaban el relevo. Parecía, pues, que a estas alturas no estaba en sus manos.

Pese a las prisas por llegar al hospital, el bebé no nació hasta el día siguiente, bastante tarde, un día horrible para la señora Secretan, que se sentó junto al teléfono y no pudo ni comer.

—Es mucho, mucho peor que tener uno —le dijo a la señorita Folley.

Para cuando Richard llamó con la noticia, estaba agotada, aunque se recuperó rápidamente, y pasó el resto de la tarde telefoneando a sus vecinos. Resultó ser una de las veladas más agradables que había tenido jamás.

El nacimiento del bebé trajo consigo una gran actividad de llamadas telefónicas. Elinor llamó a Richard para invitarlo a cenar la noche que quisiera.

—Ven cuando quieras —dijo—. Siempre estoy aquí, incluso si Geoffrey no está.

Meg llamó a Patrick para contarle la nueva.

—Espléndido —respondió él—. ¿Y qué tal ha ido todo para Flora?

—Estaba anestesiada.

—Siempre lo ha estado.

—Se llamará Alice. Sí, es por mí —la señora Secretan siguió diciendo felizmente por teléfono.

Era el día más feliz de su vida, Flora estaba maravillada. Este día en particular, entre diez mil o más días, casi todos felices, que ya había tenido. Intentó hacer la multiplicación en la cabeza y se hizo un lío.

Le parecía un poco extraño que el día más feliz lo pasara acostada en la cama, la mayor parte del tiempo, sola. Las enfermeras iban y venían; la comadrona hizo una visita; a ratos sacaban al bebé de la cuna y se lo ponían en los brazos a Flora. La niña era increíblemente ligera, el chal que la envolvía parecía pesar más que ella. Mientras la amamantaba, Flora examinó con gran atención lo que podía ver de ella en aquella criatura: el cráneo frágil y venoso, cubierto de pelo oscuro, una mano estrecha y moteada que consiguió escapar de la pañoleta y dio

manotazos inseguros en el aire, extendió sus dedos delicados y enganchó una uña fina en el chal.

A Flora le encantaba darle de mamar; sin embargo, había algo inesperadamente hermoso en el hecho de estar echada en la cama, en la habitación silenciosa, con su bebé al lado, en la cuna, durmiendo casi todo el tiempo, sólo moviéndose de vez en cuando, emitiendo tenues gemidos de cachorro o chupándose súbitamente el puño.

Casi todo su día más feliz, Flora lo pasó dolorida. Se le contraía el útero con calambres espasmódicos, tenía la sensación de estar llena de aire y molestias, y le dolía el pecho, malestares que no había previsto, que correspondían a un anticlímax; pero no le afectaban. Se sentía varada, abandonada, en paz; como si fuera un barco maltrecho que había encallado tras la tormenta.

Richard sólo formó parte de una pequeña porción de su día. Pensaba en él de vez en cuando, se preguntaba qué estaría haciendo, lo imaginaba sintiéndose importante, haciendo muchas llamadas, invitando a tomar algo a los colegas. No podía dejar de pensar que había sido más hábil de lo que se esperaba de ella y que se sentiría orgulloso.

«¡La felicidad!», se dijo. Tenía la deliciosa palabra continuamente en la punta de la lengua.

Recostada sobre varias almohadas, se pasaba las horas mirando plácidamente sus flores. Siguieron llegando a lo largo del día. «Como una actriz de cine», le dijo la enfermera irlandesa. Siempre decía eso. Tenía la cabeza llena de frases estandarizadas para dirigirse a las madres y a los bebés. También pensó que era una experta en hacer ramos de flores, y siempre se agradecían unas gisófilas y unos helechos.

Fuera, por encima de las rosas amarillas de Richard, en un lugar de honor en la ventana, el cielo empezó a oscurecer, adoptando su habitual tono bronceado, sobre Londres. Vino Richard. Era su segunda visita. Flora apenas recordaba la de la noche anterior; entre el cansancio, recordó haberle cogido la mano y luego, cansada de sostenerla, que ya no tenía fuerzas para soltarla.

Esa tarde, la enfermera irlandesa la acicaló, como si fuera una muñeca. Le ató el lazo de la mañanita y le sujetó el espejo para que Flora se peinara.

—Ahí están las dos chicas guapas para papá —dijo, metiendo la mano de

Alice de nuevo bajo la manta.

Se animó todavía más cuando llegó Richard, lo llamó «papá» y entró repetidas veces para hacer pequeñas tareas que a él le pareció que podrían haber esperado hasta después.

—No podemos tener a los papás aquí sentados en las camas —dijo ella echándole.

—Dios, ¿no te vuelve loca? —preguntó Richard.

—Qué va, es muy cariñosa —respondió Flora.

Richard parecía incómodo, sentado en una silla dura entre todas aquellas flores, y sin dejar de bostezar. Había estado poco concentrado durante todo el día y había bebido demasiado en el almuerzo. Se había sentido comunicativo y con pocas ganas de trabajar. Para empeorar las cosas, su padre había ido a la fábrica para compadecerse de él por haber tenido una hija y no un hijo.

—La próxima vez —repitió varias veces—. La próxima vez tendrás suerte.

Pero Richard estaba pensando en esta vez, en ahora; en tener una hija. Se la imaginó con dieciocho años, alta y hermosa como Flora, caminando con el brazo cogido de su brazo. ¿Adónde iban?, se preguntó. ¿Por el pasillo de una iglesia? Señor, no, eso no. En algún lugar al aire libre, con el cabello ondeando al viento. Ella se reía. O podría llevarla a cenar. Se imaginó a varios de sus amigos en el restaurante, como público. Alice prefería estar con su padre que con cualquiera de esos jóvenes sinvergüenzas que la rodeaban. La gente se dio cuenta de que siempre iban juntos. Flora no estaba en ninguna de estas imágenes. Quizá estaba en casa con sus hijos. No había soñado despierto desde el día antes de su boda, y el placer que le proporcionó hacerlo fue una sorpresa muy agradable.

Flora lo miró y sonrió. Estaba diferente, pensó; aquél no era su aspecto habitual y ordenado; parecía algo bruto y descuidado, como les ocurre a algunos viudos. «Sólo dos días alejado de mí», pensó plácidamente.

—¿En qué piensas, cariño? —preguntó ella. Ésta era una de sus preguntas favoritas, porque no le gustaba que sus pensamientos los separaran.

—En... —señaló la cuna con un gesto de la cabeza. Iba a decir «Alice», pero parecía demasiado pronto para llamarla por su nombre. Sólo en su cabeza tenía dieciocho años... la niña —dijo—. Espero que de mayor sea tan guapa como tú.

Por primera vez, que él supiera, Flora soltó un balbuceo de desaprobación al recibir un cumplido. Su elegante compostura, su admisión complacida, se habían evaporado. De repente se vio a sí misma no lo suficientemente hermosa, desde luego, sin ninguno de los atributos que le corresponderían a su hija, cuya nariz debería ser más recta, para empezar; y sus manos más pequeñas.

Pensó en el asunto un momento, repasó sus fallos y esperó que todo fuera lo mejor posible. Entonces dijo:

—¿Sabes qué? En un solo día, de repente entiendo todo tipo de cosas sobre mamá que antes no concebía. —(cosas que debían de haberla complacido en la intimidad, pensó; y otras que sin duda la habían preocupado sin que Flora fuera consciente en ese momento de esa posibilidad.)

Arrancó unos cuantos granos de uvas del racimo que había en la mesita de noche y le arrojó una.

—Uvas en el lecho de la muerte; así las llamamos Meg y yo. Estas negras. Ah, muy bien hecho, cariño.

Él había cogido una con la boca.

Ya está alborotando, pensó la enfermera Murphy al oír sus risas; pero por el momento no se le ocurría un buen pretexto para entrar.

Richard estaba encantado del buen humor de Flora. Recordó la noche anterior, sus murmullos somnolientos, mientras movía la cabeza sobre la almohada, con el pelo alborotado. Su cara pálida resplandecía; olía a anestesia. Pero aun así su belleza era conmovedora e inquietante.

—¿Qué hizo la señora Lodge con el resto del pollo? —preguntó Flora. La cena parecía que hubiese sido hace un año, una ocasión fallida, una verdadera chapuza. Decidió pensar en otra cosa.

—Algo muy bueno. No recuerdo bien qué —dijo Richard.

—¿Y esta noche?

—Estaba pensando en ir a casa de los Pringle.

—Ah, sí —dijo Flora—. Ella envió esas gencianas. Qué extraño.

Al día siguiente vino su madre. La señora Secretan se sintió intimidada y cohibida cuando la enfermera Murphy la condujo hasta la habitación. Traía un pequeño paquete de pastelillos de la señorita Folley, y Flora empezó a comerlos

de inmediato. Le ofreció uno a la enfermera Murphy, que lo metió en el bolsillo almidonado de su delantal.

Después de besar a su hija, la señora Secretan se acercó a la cuna. Se inclinó, hizo suaves chasquidos con la lengua y levantó las cejas como si esperara una respuesta. Con mucho cuidado, levantó la manta y acarició una de las pequeñas manos de color malva con el dedo. Se vio superada por la decepción, incluso el espanto. Sonrió a pesar de todo, por el bien de Flora, y susurró, felizmente, a su nieta.

—¿A que sí? ¿A que sí? ¿A que eres una niña preciosa?

La criatura no se parecía en nada a Flora de recién nacida. Las cejas finas, la forma de la cabeza, eran completamente distintas. El pelo oscuro y suave seguiría siendo oscuro, la señora Secretan no tenía duda. La niña se parecería a su padre; el largo labio superior de Richard y las orejas puntiagudas. ¡Cielo santo!

La señora Secretan se alejó de la cuna y se sentó en una silla. «Pues sí que la hemos hecho buena —pensó. Esta posibilidad no se le había pasado por la imaginación—. Pero tengo que estar agradecida, agradecida —se dijo con firmeza—. La niña podía haber nacido con alguna deformación.»

—¿A que es una monada? —preguntó Flora.

—Adorable. Ay, me encantaría que tu abuela no hubiera muerto. Se perdió esta hermosa experiencia de tener nietos. La eché mucho de menos cuando naciste. Quería que ella te viera. «No ha visto a Flora», le decía yo a tu padre. «No ha visto a nuestra querida Flora.» Y no te digo lo que le hubiera gustado a él ver a la pequeña Alice.

Los ojos de Flora se llenaron de lágrimas de emoción. Cuando la enfermera Murphy regresó de comerse su pastel en el baño, ambas parecían estar a punto de llorar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para animarlas.

—¿No le parece un bebé sensacional? —preguntó a la señora Secretan—. ¿No es clavada a papá? —continuó, sin saber lo que decía.

La niña comenzó a chupetear pacíficamente. Giró sus ojos sin pestañas hacia la ventana para contemplar la luz que entraba de fuera, a la que no estaba acostumbrada.

Los días siguientes tuvo otras visitas. Ba fue una tarde, sin Percy, que se

negaba a pisar un hospital. Un amigo suyo acababa de morir en uno, de cirrosis hepática. Y eso le había perturbado mucho. Se había propuesto reducir su consumo de alcohol y pensar en algo que no fuera la mortalidad. Se sentía muy deprimido; sus pensamientos estaban desbocados, eran tan monstruosos, tan alarmantes que tuvo que tomar otro vaso de whisky para tranquilizarse.

—¿Eso son diamantes, cariño? —preguntó Ba, inclinándose para admirar el brazalete que Richard le había regalado a Flora.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Bueno, es un regalo de Richard. No era cuestión de preguntar. Ni siquiera lo había pensado. No sé mucho de joyas.

—Pues son diamantes, seguro —dijo Ba mientras se echaba hacia atrás.

—Serás una de las madrinas de Alice, ¿verdad, querida? —preguntó Flora.

—Es muy amable por tu parte, pero ¿hace falta que te recuerde que soy judía?

—Ay, eso no importa. Por supuesto que no importa —respondió Flora.

Cuando vino Meg, Flora le hizo la misma pregunta. Meg parecía bastante asombrada.

—No puedo —dijo—. No creo en Dios.

—Claro que puedes, querida —dijo Flora tranquilamente.

Esa noche le dijo a Richard:

—A todos les supone un problema. Pensé que les gustaría que se lo pidiera. A mí me encantaría. Y si estuviera en su lugar, haría lo que fuera con tal de no arruinar mi felicidad.

Por primera vez, desde que había nacido Alice, se sintió un poco deprimida y con falta de ánimo. Richard la dejó para ir a cenar con los Pringle. Estaban siendo muy amables, pensó ella.

Le había traído el *Evening Standard* y Flora le echó una ojeada, pero estaba lleno de noticias aburridas y horripilantes. Preferiría no haberlo leído.

Se alegró cuando le trajeron la cena.

—Ahora a comer —dijo la enfermera Murphy. Levantó la cubierta del plato con entusiasmo, como si fuera la última prenda en un estriptis. De él emanó un olor a coliflor con queso.

Flora animó a la enfermera Murphy a quedarse, y, antes de sacar las flores de la habitación para la noche, quitó algunos pétalos muertos y permaneció, con ellos en la mano, hablando del amor.

—Hay una espina de pescado en la coliflor —dijo Flora, con sorpresa más que como un reproche.

—Quién lo iba a decir, ¿verdad? —respondió la enfermera Murphy sin inmutarse.

El postre eran natillas frías y gelatina roja. Flora lo comió despacio. Nunca se dejaba nada en el plato.

—Bueno, pues este joven y yo quedamos con la hermana Blackie y su amigo del Club Rugger para ir al baile de la policía. Era como un baile de salón, las señoras iban en traje de noche y todo.

Flora dejó la cuchara sobre el plato vacío sin hacer ruido y siguió escuchando, como una niña pequeña. Se percató de que, cuando la historia empezó a ponerse más interesante, la enfermera Murphy se sentó en el borde de la cama.

Capítulo 11

—Sé que sería más fácil para todos si cediera —dijo Elinor—. Le ahorraría a Geoffrey pasar una gran vergüenza; me salvaría a mí misma... —Se encogió de hombros y luego continuó—: Significaría que a veces podría viajar con él y conocer gente. Supongo que podría haber ido con él ahora, a Praga. Eso me gustaría. No necesito tener momentos de inactividad, ¿sabes?

Richard la había sorprendido con un mapa de Inglaterra y el horario de los trenes. No se deprimía ante la soledad: hacía planes.

—Pero sería una capitulación sin sentido —siguió diciendo Elinor—. No creo que sea capaz de hacerlo. Tengo demasiado amor propio para adoptar actitudes falsas. O no tengo suficiente humildad. ¿Qué voy a hacer ahora?

Cerró los ojos, dibujó unos círculos sobrevolando el mapa con la mano y señaló un punto.

—Casi en el mar —dijo, acercándose para mirar atentamente—. Yo diría que eso es Cromer.

—Mi querida Elinor, te congelarías en esta época del año.

—No debería hacer trampas. Tengo que ir a algún lado, para variar. Estoy harta de ciudades con catedral, aunque están bien en invierno. Hay librerías, tiendas de antigüedades, acogedores salones de té y bares bastante agradables.

Temía deprimirse, abandonada en una casa vacía. Richard lo entendía. Así que hacía excursiones; era una turista incansable, aunque estuviera sola, sin hablar apenas una palabra durante días, pero ocupada. Incluso iba sola a las carreras.

—¿Cómo estaba Flora esta tarde? —preguntó, cayendo de pronto en la cuenta de que hasta ahora no habían hablado de nada más que de ella.

—Contenta de volver a casa mañana. Estaba un poco quejica, creo; lloró cuando me fui. La niña había estado vomitando.

—No creo que sea nada serio—dijo Elinor vagamente—. Supongo que está

baja de ánimos.

—Sí.

Elinor no dejaba de recordarse a sí misma que era la última noche. Mañana volvería a estar sola de nuevo. Se levantó y fue a la cocina a dar una vuelta a las patatas asadas. Richard le había sugerido que salieran a cenar, pero ella se negó. No podía explicar sus reglas: podía almorzar con un hombre, pero no cenar. «Cenar» daba que hablar. Había avergonzado demasiado a Geoffrey simplemente por no estar con él: no quería, además, provocar chismes y conjeturas.

Casi todas las noches, durante los quince días que Flora estuvo en el hospital, Richard había ido a verla; parecía escapar hacia Elinor, porque la acogedora atmósfera de la clínica era opresiva y la enfermera Murphy le ponía furioso. Le contó a Elinor todos sus terribles comentarios, y ella se rió.

—«¿Sí o no?», le pregunta a la pobre Flora todos los días.

—Sí o no ¿qué?

—Hacer de vientre —dijo Richard—. Eso parece. Flora se dio cuenta enseguida de lo que quería decir. ¿No es maravillosamente inteligente? Pero no sé cómo aguanta estar allí.

Él trinchó el lomo de cordero y ella se sentó frente a él, más allá de las velas, a mirar cómo lo hacía. Se dio cuenta de que se trataba de un entorno mucho más íntimo que el de cualquier restaurante, pero al menos no podría dañar a Geoffrey ni a su causa.

—Para Flora había bacalao hervido y salsa de perejil —dijo Richard. Se metió un trocito de carne en la boca, como si estuviera en casa—. Se lo trajeron cuando estaba a punto de marcharme. Olía horrible. Quizá fue eso lo que la hizo llorar. Pobrecilla. La señora Lodge tiene faisanes para mañana. Eso la animará.

«La adora», pensó Elinor. Siempre está preguntándose qué puede hacer para complacerla, y justo cuando se le ocurrió pensar en Geoffrey, se sobresaltó al oír a Richard decir su nombre.

—¿Has tenido noticias de Geoffrey?

—No. No es de los que manda postales, y nunca tendría tiempo para escribir una carta. Bueno, francamente, está tan ocupado que dudo que piense en mí en algún momento.

Richard iba a decir algo convencional en contra o a hacer un sonido en señal de protesta, en cuanto tuviera la boca vacía, pero antes de que le diera tiempo ella le miró fijamente por encima de la luz de las velas, y dijo:

—Nosotros no somos como tú y Flora.

Él mantuvo la mirada baja. Que mencionara algo tan personal como eso cambiaba mucho la idea que tenía de ella. La paz que le producía su compañía se había alterado. Las noches anteriores habían hablado de cosas, no de personas; marcas de porcelana y figuras esculpidas en tumbas, cuyas vidas, por turbulentas que fueran, no podían estar relacionadas, tediosamente, con la suya. A él le había gustado eso de ella: una conversación prudente, pero interesante.

—Nos peleamos —dijo en un tono desafiante—. Entre nosotros hay cierta amargura sin diagnosticar. Tal vez porque no fui tan lista como Flora y no tuve un hijo.

Sabía que estaba cometiendo un error, lo veía en su mirada abatida. «Nunca volverá a venir a verme —se dijo, tratando de advertirse a sí misma—. Pero no iba a venir nunca, en cualquier caso», pensó.

—Hay tantas trampas —continuó—. Y es tan fácil caer en la tentación de pelearse, porque en el momento te sientes vivo, al menos sientes que está pasando algo. —El silencio sombrío de él la obligó a lanzar una sarta de palabras—. Hay tanto que aprender y tantas cosas que uno no quiere saber... Por ejemplo, cómo no seguir discutiendo demasiado rato. Hasta que de repente sea fatal e irreversible. En frío, lo sé todo. Cómo ser concreto y no generalizar al hacer recriminaciones, para que con el tiempo puedan olvidarse y no sean recordadas para siempre. Deseo ser justa. Soy justa cuando ensayo. Practico cuando estoy sola, esperando. «Creo que has sido un poco injusto conmigo esta tarde, cariño.» Puedo tenerlo todo pensado para decirlo en un tono de voz razonable y luego, en cambio, me sorprende diciendo: «Ah, siempre eres injusto con todo», y mi voz se rompe horriblemente con desprecio y autocompasión. Es tan horrible...

—Eso no me lo puedo creer —dijo Richard con firmeza—. ¿Puedo servirme otra loncha?

—¿Nunca te has peleado con nadie?

—He tenido algunos rifirrafes con mi padre.

Ella hizo una pausa.

—Bueno, es posible que haya exagerado un poco —dijo—. Pero, sin duda, es una suerte que Geoffrey esté fuera tan a menudo. Cuando estamos solos durante mucho tiempo empiezan los problemas... Las vacaciones, Dios mío, las vacaciones que hemos tenido. Él ya no quiere tomárselas, lleva tres años sin querer hacerlas, y no le culpo.

—Antes de irse a Praga me dijo que le gustaría que le acompañaras —improvisó Richard—. Dijo que te echa mucho de menos cuando está fuera. ¿Estás segura de que no quieres más carne?

—Sírvete, por favor —dijo negando con la cabeza—. No, nunca piensa en mí. Lo sé. Podría dejarme tirada en el suelo, muerta, por la mañana, y si alguien a lo largo del día le preguntara qué tal estaba yo, diría: «Bien. Bien. Gracias»; y luego quizá se acordaría de pronto y diría: «Bueno, no, de hecho, está muerta».

Richard cortó otro pedazo de carne para él y se rió a carcajadas. Estaba profundamente aliviado de que la conversación hubiera tomado un derrotero más animado.

La señora Secretan tenía toda clase de dolores y molestias: un día le dolía aquí, al día siguiente le dolía allá. No había tenido el coraje de ir a su médico y procuraba evitar encontrarse con él en algún acto social; lo esquivaba en los encuentros que había en el pueblo, y si lo veía algunas mañanas, después de misa, salía corriendo por el lado del cementerio. Una vez, en una boda la acorraló, le cerró el paso con un plato de canapés y le preguntó (con una mirada penetrante, le pareció a ella) cómo estaba. Era evidente a primera vista, pensó. *El cáncer se había apoderado de su cuerpo*. Su ojo clínico la observó de arriba abajo mientras cogía un canapé; él recogió un trozo de salmón ahumado que se le había caído al suelo.

—Muy bien —respondió la señora Secretan con convicción—. ¿Y tú y Gertrude?

No había sido más que una pregunta cordial, se dijo después. Él esperaba una respuesta alegre, que no fuera más allá, similar a la que le había dado, aunque la señora Secretan sabía perfectamente que Gertrude estaba sufriendo con su reuma. Después de todo, habían estado en una boda, donde no se esperaba que

nadie se lanzara a enumerar una ristra de dolencias.

Recientemente, a esas molestias se había añadido un dolor continuo en la parte baja de la espalda. Era una contrariedad deprimente, pero no mencionó sus molestias a la señorita Folley por temor a que éstas se convirtieran en algo aún más real para ella. Su pensamiento favorito era que todas sus dolencias resultaban ser psicósomáticas; pero sólo podía permitirse esta encantadora fantasía cuando tenía un día bueno.

Ahora, cualquier cosa que hacía le producía fatiga y se quedaba sin fuerzas; incluso caminar hasta el buzón más cercano o cortar un ramo de forsythia; si cosía, enseguida le daban calambres. El clima tampoco ayudaba: todos los días, a lo largo de casi toda la jornada, caía un chirimiri sobre los abetos oscuros del jardín.

Le parecía que en la vida todo iba al revés. Se quedaba a medias. Era como una fiesta que había empezado bien pero que se había prolongado de forma interminable y aburrida. No, era mucho peor que cualquier fiesta; se trataba de un agotamiento de una envergadura mayor de la que nadie podría aguantar en una noche, una acumulación de ansiedad, a veces de pánico.

Sólo se sentía algo más a gusto en el baño. Había dejado de bañarse por las mañanas con el fin de reservar este rito relajante para más avanzado el día, cuando estaba cansada, nerviosa y baja de ánimos. Al principio, a las seis en punto; y después fue adelantándolo cada vez más. Arrullada, relajada, a salvo de la señorita Folley, se quedaba allí recostada, dormitaba un poco, las molestias y los dolores cada vez más tenues, se sentía liviana, limpia, algo débil, y, por fin, se secaba, se vestía y bajaba confiando —contra todo pronóstico— en que la señorita Folley no tuviera una de sus noches creativas. La reserva de cartas de amor no se había agotado. A estas alturas, debía de pesar una tonelada.

«La verdad es que no debo bañarme antes de las cinco», determinó la señora Secretan, del mismo modo que ni se le ocurría tomar un jerez antes de las siete. El cuarto de baño comenzaba a estar asociado a la culpa. Y es que las tardes eran muy largas y oscuras. Lo mejor de toda la semana era cuando se sentaba en el sofá junto a la ventana de su habitación y escribía a Flora. Con el bolígrafo en la mano, miraba de vez en cuando el río del color del lodo que se asomaba entre los árboles, el húmedo y verde jardín, y las palomas blancas de Flora, que parecían

ateridas mientras caminaban sobre la grava, con sus garras y patas rosáceas. Al ver un estornino picoteando una planta de azafrán, abrió la ventana y dio una palmada. «Vaya, con lo amable que soy con ellos —pensó—, que los alimento con tocino durante el crudo invierno.»

—Qué ingratos —le dijo a la señorita Folley, que había llamado a la puerta y se había asomado. Cruzó la habitación con una carta en la mano.

—Es una invitación del doctor Wilson —explicó—. Una gran fiesta en su casa, según dice el cartero.

La señora Secretan temía oír el nombre del doctor Wilson casi tanto como oír los nombres de las enfermedades.

La señorita Folley revoloteaba, fingía que miraba por la ventana. La señora Secretan abrió la invitación y, cuidadosamente, dejó caer el sobre encima de la carta que había estado escribiendo. Sabía que a la señorita Folley se le iban los ojos, se sentía tan identificada con su señora que le parecía natural compartir la correspondencia.

«No pienso ir —decidió la señora Secretan—. Ni hablar. Encontraré alguna excusa. Diré que estoy enferma. No, no puedo decir eso. Diré otra cosa.»

Metió de nuevo la tarjeta en el sobre y se quedó allí, agarrando la carta para Flora con las dos manos, esperando a que se marchara la señorita Folley.

—¡La lluvia! —dijo la señorita Folley, y suspiró.

Parecía que el tiempo había empeorado desde que se había marchado Flora.

—Horrible —asintió la señora Secretan—. Y empieza a subir el caudal del río. —Veía caer las gotas de lluvia sobre la superficie del agua y ramitas flotando con porquerías enganchadas—. El agua era tan transparente cuando yo era niña: de un hermoso verde claro y olía tan bien...

A su alrededor todo estaba cambiando para peor, no sólo el Támesis contaminado, también las feas farolas de cemento que habían reemplazado a las lámparas victorianas en la calle del pueblo, el nuevo y llamativo supermercado, las casas de protección oficial más allá de la iglesia y el bloque de pisos donde una vez su vieja amiga, lady Brotherhood, tuvo su casa de campo. Ya no era un pueblo; era un barrio ruidoso y superpoblado. La gente tenía que vivir en algún lado. Cada vez que se quejaba por el estado de las cosas, siempre terminaba por decir eso de mala gana. Pero ¿por qué aquí? ¿Por qué no se iban a Escocia,

donde le parecía haber oído que había pequeñas casas vacías y abandonadas? Las islas Orcadas, por ejemplo, se estaban despoblando. Además, la gente tenía demasiados niños. El mundo estaba desbordándose de una forma peligrosa. Debería haber una ley para limitar la progenie: que cada persona pueda reproducirse una sola vez. Las parejas sin hijos o los solteros podrían traspasar su cuota a las familias que ansiasen más hijos. Venderla, tal vez. Habría alguna dificultad, reflexionó, mirando por la ventana; pero ninguna —de eso estaba segura— que no se pudiera resolver.

La señorita Folley no se iba. Ahora estaba concentrada en un pequeño cuadro que había sobre la cómoda, lo observaba como si lo estuviera viendo por primera vez.

—Me gusta mirarlo —dijo—. Aunque es ciertamente moderno, futurista.

Era un paisaje puntillista pintado antes del cambio de siglo. El señor Secretan lo había comprado hacía muchos años como una inversión, según dijo entonces.

—Esa tierra roja me recuerda a Devon —dijo la señorita Folley, de pie con las manos entrelazadas, la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos entornados. (El cuadro se titulaba: *El campo de amapolas*)—. Es uno de mis condados favoritos. Aunque el valle del Támesis está cerca, claro.

(«Ay, váyase de una vez», pensó la señora Secretan, cerrando los ojos por un momento, pero dejando las manos donde estaban.)

—¿De qué está hecho?

—¿Hecho? —repitió la señora Secretan, algo desconcertada.

—Sí... —La señorita Folley movió la mano sin señalar claramente el cuadro, sin saber qué palabra utilizar.

—Óleo —dijo la señora Secretan—. Es una pintura al óleo. —Aprovechó que la señorita Folley le estaba dando la espalda para presionar ambos puños contra la parte baja de la suya.

—Es tan bueno, siempre pensé que era punto de cruz.

La señora Secretan aguantó en silencio durante un rato largo, como si sus pensamientos estuvieran muy, muy lejos, y finalmente la señorita Folley, tras otra mirada a las manos que descansaban sobre el escritorio, se fue.

De inmediato, la señora Secretan volvió a tomar la pluma. Escribió, con una sonrisa: «Sé que no está bien burlarse de la gente sencilla, pero a veces me

pregunto cuál será la siguiente ocurrencia de la señorita F». Ahora mismo le estaba muy agradecida, porque no siempre resultaba fácil tener algo que contar a Flora.

Terminó la carta y luego, en un impulso, añadió una posdata: «Estaré en Londres el 27 para ir al dentista. ¡Ay!) ¿Puedo aparecer por ahí a última hora de la tarde?».

Selló el sobre y se dirigió al teléfono que estaba junto a la cama para llamar al dentista. El 27 era el día de la fiesta del doctor Wilson.

Cuando bajó al salón, la señorita Folley estaba dando vueltas por el pasillo, fingiendo que regaba una planta.

—Yo tengo que ir a Correos de todas formas —dijo—. En cuanto amaine.

Extendió la mano que tenía libre para coger la carta.

—No hay ninguna prisa —dijo la señora Secretan—. Además, no tengo sellos.

—Yo tengo.

No le quedaba más remedio que entregarle la carta e ir a buscar el bolso para coger tres peniques.

—No debería haberse molestado —protestó la señorita Folley cuando regresó.

La lluvia no paró hasta un rato después del té. La señora Secretan tomó un baño, y, cuando volvió a bajar, la señorita Folley se había ido ya. Ahora sólo caía una llovizna y algo de agua cuando el viento sacudía los árboles.

En la cocina, las ventanas estaban empañadas. Había una tetera con agua muy caliente en el fuego.

«Empiezo a tener sospechas», pensó la señora Secretan. Abrió una ventana y se sentó en una silla, sintiéndose bastante confusa e incomodada. Le invadió una desconcertante sensación de vergüenza, aunque seguía diciéndose a sí misma que en realidad la que debería avergonzarse era la señorita Folley, si es que había motivo alguno.

«Pero ¡Dios mío! —pensó, y siguió recordando palabras, frases—. No está bien burlarse de personas sencillas. ¿No había escrito eso? Bueno, pues no está bien y lo he hecho. Yo, que gozo de todos los privilegios», se dijo severamente.

Cerró la ventana de la cocina y fue al salón, sin saber cómo iba a enfrentarse a la señorita Folley cuando regresara. Obviamente, no podrían seguir viviendo en

la misma casa, se dijo, con este asunto vergonzoso e innombrable entre ellas, o, en el mejor de los casos, la señora Secretan tendría que conceder el beneficio de la duda a la señorita Folley; no le resultaba fácil, siempre preguntándose si...

Eran las nueve menos veinte y la señora Secretan se saltó una de sus normas personales al servirse un vaso tranquilizador de Bristol Milk.³

La señorita Folley tardó mucho tiempo en volver. Tal vez estaba intentando calmar su ira, pensó la señora Secretan; o tratando de adoptar un aire inocente o de indiferencia.

«Bueno, los chismosos nunca oirán nada bueno de sí mismos, no importa», se dijo la señora Secretan, casi en voz alta, moviendo los labios. Medio vaso de jerez la había puesto de un humor combativo. Levantó la barbilla y miró hacia abajo. Sus suaves mejillas iban adquiriendo un tono rosado.

El ánimo combativo la abandonó en cuanto vio a la señorita Folley subir lentamente por el sendero, con la cabeza gacha y una bufanda enrollada alrededor de la cabeza para resguardarse de la llovizna.

«Como haya estado llorando, no podré soportarlo —pensó la señora Secretan—. ¿Qué he hecho?» Procuró razonar: lo que había hecho era lo que hacía todo el mundo en una época. Era la señorita Folley la que había hecho algo que no hace nadie, o que no debería hacer.

Elinor se sentía sola en Anglia Oriental. A estas alturas, ya se había sentido sola por toda Inglaterra. Aquí, las imponentes nubes y sus oscuros reflejos en el agua, el paisaje austero y los sombríos nudos de los árboles se asemejaban tanto a los que pintaban John Sell Cotman y John Crome que, sin duda, había comenzado a amarlos por sí mismos.

Estar aquí, hiciera el tiempo que hiciera, fue un cambio más positivo que quedarse en casa. Se convencía a sí misma una y otra vez en las cortas excursiones que hacía pese al viento y la lluvia, mientras intentaba mirar por las ventanas empañadas de los autobuses en los que recorría carreteras secundarias. La mayoría de los días, hacia el final de la tarde, el cielo se despejaba y, durante un rato, brillaba un pálido sol. Entonces le gustaba caminar por la explanada y mirar hacia abajo, hacia la arena más lejana —los marrones, grises y amarillentos de la orilla, mojados, rugosos como la piel de una raya—, y la

oscuridad cobriza del Mar del Norte. Los hoteles, en un altozano, eran de ladrillo rojo, erguidos en la sombra.

«¿Y ahora qué?», se preguntaba, metiéndose en uno de esos hoteles tan pronto como se ponía el sol.

En la sala, las mujeres mayores, todas con gafas, se abrigaban con estolas. Leían *The Illustrated London News*, o hacían punto. Todas ambicionaban el asiento frente al escritorio, lo vigilaban.

En el comedor, tenían sus propios paquetes de cereales y alimentos saludables en sus mesas: Bemax, All-Bran y panecillos Energen. Sin hacer aspavientos, ocupaban sus jornadas, parecían completamente ajenas a la desesperación que bullía en el interior de Elinor, mientras paseaba por el lugar, iba sola a los bares, se sentaba en la habitación, preguntándose a cada momento: «¿Y ahora qué?».

Decidió que era mucho mejor volver a casa. Richard tenía razón. No era la época del año adecuada para viajar por Inglaterra. No era lo que había imaginado. Hubo días en que sólo hablaba con camareros o revisores de autobús. Para las mujeres mayores del hotel, Elinor era un misterio por descubrir: cuando salía del comedor, la miraban absortas por encima de las gafas. Siempre era una de las primeras en irse después de haber comido apresuradamente, con un libro abierto sobre la mesa, del que apenas había levantado la vista.

Después de unos días no podía soportarlo más; pero, antes de volver a casa, envió una postal. «Teníais razón; toda la razón. Es demasiado triste», escribió; pero se la escribió a Richard y Flora.

Cuando Flora —que parecía contenta de haber recibido la postal— se la mostró a Ba, ésta se quedó pensativa, tal como se había quedado antes cuando Richard visitaba a Elinor. En todo el tiempo que Flora estuvo en el hospital, sólo había reservado una tarde para visitar a su padre. Iba a ver a los Pringle, decía Richard cada vez que lo invitaban: «los Pringle» no era una mentira deliberada, pensó Ba. Con esto, tal vez quería decir la casa de los Pringle, aunque Ba sabía que Geoffrey estaba en el extranjero.

Ba le devolvió la postal, pensando que no hay nada tan amenazante y peligroso como una esposa desatendida. Flora estaba dando de mamar a la niña. Era la anfitriona más amable. Siempre sacaba a Alice de su cochecito o de su

cuna cuando Ba y Meg venían de visita, se comportaba con abierta generosidad, como un niño bien educado que tiene un juguete especial para compartir.

La señorita Folley se había traicionado a sí misma al enfurruñarse. Era incapaz de comportarse de otra manera. Las palabras que había leído hirieron su orgullo como un ácido. Le venían constantemente a la mente algunas frases. «Locura innata, no sólo por el nombre.»⁴ La señora Secretan podía ser muy ácida al hablar y al escribir, algo que, en ocasiones, desconcertaba a su hija, quien solía resolver el asunto culpándose a sí misma por haber malinterpretado lo que quería decir su madre.

Entre la señora Secretan y la señorita Folley se instauró una vergüenza profunda y un recelo mutuo. Evitaban mirarse a los ojos, jugaban a las evasivas y siempre se alegraban cuando había una tercera persona. No se podía verbalizar lo que se cocía en sus mentes. La señora Secretan se devanó los sesos para recordar todo lo que había escrito en la carta, y siguió recordando, con creciente confusión, una cosa tras otra. La señorita Folley no conseguía fingir amabilidad. Se quedó atónita, preocupada, y lo mostraba. Tuvo que cuestionarse todas sus viejas opiniones sobre su señora y su relación con ella. No se culpaba a sí misma en absoluto.

A veces, su optimismo inquietaba ligeramente a la señora Secretan. No podía haberlo leído y quedarse tan ancha, se decía a sí misma. Pero ¿cómo explicar el repentino aturdimiento, los sombríos silencios, la mirada esquiva? Además, había cesado la lectura de cartas por las noches. Con toda la incomodidad que habían supuesto, esos días habían sido mejores que el presente. Ahora, la señorita Folley encontraba tareas que la mantenían ocupada en la cocina. Con un aire de mártir, hacía chutney, crema de limón y más mermelada de la que jamás podrían comer en el resto de los desayunos de su vida, pensó la señora Secretan.

Contaba los días que faltaban para su cita con el dentista. Sería un breve y agradable descanso, y después tomar el té con Flora le hacía mucha ilusión. Se puso a coser con entusiasmo. El vestido de lino que estaba haciendo para su nieta iba adornado con encajes auténticos; no le gustaban ningunos otros, y Alice debe tener lo mejor. Puesto que no iba a ser tan guapa como se pensaba, una niñita pintoresca, nada parecida a Flora, era preciso tener especial cuidado con

su ropa.

—Me temo que he usado todo el azafrán —dijo la señorita Folley durante la hora del almuerzo, con el tono de alguien que ya nada teme. Dejó el plato de arroz ante la señora Secretan y retrocedió rápidamente—. Quizá cuando vaya a Londres, al dentista, pueda comprar un poco. En el pueblo nunca hay.

Mientras se servía, la señora Secretan se sonrojó. Eso también estaba en la carta, pensó. No había dicho una palabra de su visita a Londres. «Eso lo resuelve todo —pensó—; es el remate.» Deseaba con todo su corazón que no lo fuera.

La señorita Folley no tenía a nadie más en el mundo, y había destruido, con estúpidas indiscreciones, la imagen que se hacía de sí misma. Nada de lo que se le pudiera ocurrir lo repararía jamás.

«Le dejaré una cantidad importante en mi testamento —decidió—. Una buena suma y ese reloj de bolsillo que tanto le gusta. Entonces sabrá que, aunque me reí de ella, le estaba agradecida.»

Ahora, todos sus bienes le parecían destinados a una vida después de su muerte. En su mente, adjudicó joyas a sus amigos y parientes; los diamantes eran para Flora, por supuesto, pero había piezas menores de perlas y granates que proporcionarían un placer inesperado a otras personas, la pobre Meg Driscoll, por ejemplo.

Prometió resignadamente comprar el azafrán, y la señorita Folley, que había abandonado su vieja costumbre de quedarse merodeando por allí, salió de la habitación, cerrando la puerta muy, muy silenciosamente. Como desconocía lo del reloj de bolsillo, seguía estando enojada.

3. Nombre genérico que recibían diversos vinos (muchos de ellos llegados a Inglaterra desde España, como el jerez) producidos por diversas compañías. La mayoría entraban por la ciudad de Bristol —de ahí el nombre—, y allí a menudo se combinaban con otros licores para obtener mezclas más suaves. (*N. de la T.*)

4. El apellido de la señorita Folley se pronuncia exactamente igual que *folly*, que significa locura, de ahí que la señora Secretan diga que la locura le viene «no sólo por el nombre». (*N. de la T.*)

Capítulo 12

Flora veía muy poco a Kit. Se acabaron las meriendas por la tarde. Su trabajo como comercial de una editorial lo mantenía muy ocupado. Lo hacía con una mezcla de aburrimiento y alivio; apenas había vuelto a pensar en ser actor, ni siquiera cuando se estrenó la obra de Geoffrey Pringle —sin que él tomara parte—, y, poco después, como suele suceder, cayó del cartel.

Llegó la primavera y Flora estaba siempre feliz. La niña crecía; su cara morena y traviesa hacía las delicias de sus padres, aunque casi todos los demás pensaban que era una lástima. «Con la cantidad de guapos que hay en la familia», decían.

Como era habitual, las preocupaciones de Flora eran las preocupaciones de los demás, por los que se interesaba incansablemente. Estaba indignada con Patrick Barlow más de lo que podría indignarse nunca con nadie, porque Meg se estaba haciendo mayor y estaba empezando a adquirir rasgos de solterona. Tenía un aspecto triste y a menudo desaliñado. Gran parte de su antiguo encanto se había visto cortado de cuajo porque Patrick no había sucumbido a él. «El egoísmo le ha nublado el criterio», pensó Flora. Los viernes por la noche, Patrick llevaba a Meg al ballet, o a ver alguna película extranjera, y venía haciéndolo desde Navidad, sin cambiar el día de la semana ni incrementar las salidas con ella. Si por alguna razón no podía ser el viernes —si se daba la mala suerte de que Meg tenía un resfriado—, no se sugería otra opción.

A veces iba a ver a Flora después del té. Tras haber pasado la mayor parte del día sentado a su escritorio, a Patrick le dolían la espalda y los hombros de la tensión: sólo quería pasear por una habitación con una copa en la mano, pero no deseaba hacerlo solo.

Flora siempre parecía contenta de verlo.

—No hace falta que te molestes en llamar antes —le decía—. Siempre estoy sola, Alice está durmiendo y Richard nunca está en casa.

—Lo voy a hacer de todas formas —decía Patrick—. ¿Te importa que me pasee por aquí? Tengo el cuerpo un poco entumecido.

—Por supuesto que no. —Flora retiró una pequeña silla para dejarle más espacio.

—Yo detesto que la gente se deje caer sin llamar —dijo él con amargura—. «Dejarse caer» es la expresión. A veces cuesta evitar que se te caiga la cara también. ¿Para qué sirve el teléfono, si no es para tener la posibilidad de decir «sí» o «no»? Además, las únicas personas que uno podría soportar ver por sorpresa son, precisamente, las que nunca se presentarían sin avisar. En una novela de Robert Liddell alguien dice que no puede ni imaginar a Bernard Shaw o Virginia Woolf tocando el timbre y marchándose de vacío. Es muy sencillo, me niego a contestar al timbre. (Los pasos precipitados de Frankie subiendo las escaleras, su forma de tocar el timbre sin parar, ya los reconocía sin problemas, pero a veces, al querer asegurarse, metía la pata.)

—A mí siempre me gusta ver a todo el mundo —dijo Flora—. Pero seguro que Bernard Shaw ha muerto, ¿no?

Patrick asintió.

—¿Te gustó el ballet el viernes? —preguntó.

—Sí, sí. Era bastante bonito y llamativo.

—¿Y a Meg?

—Me parece que a Meg le gustó más que a mí. Ella sabe lo que se supone que están haciendo, ya me entiendes, conoce los nombres de esas cosas que hacen.

—Íbamos juntas a clase de ballet en el colegio —explicó Flora—. Me temo que yo era lenta y torpe, pero mamá pensó que era mejor que montar a caballo, aunque me gustaba mucho más. Tenía un poni gordo que se llamaba *Silver...*, y cobayas..., ah, y mis palomas preciosas. ¡Volver a verlos a todos en vacaciones, las vacaciones de verano! Meg venía y hacíamos pícnic en el río. El tiempo era esplendoroso en esos días. Supongo que uno se olvida conscientemente de las moscas y los mosquitos.

«Un mundo *toile de Jouy*,⁵ de placeres campestres inocentes», se dijo a sí mismo casi moviendo los labios, mientras paseaba por la habitación. Imaginaba a las chicas vestidas de pastorcillas, una empujando un columpio, la otra volando en él, los lazos al viento. Un mundo bastante diferente al de hoy, con un tiempo

distinto.

—Pobre Meg —dijo Flora con un suspiro.

Patrick no contestó.

—Su mundo dio un vuelco al morir su madre. Con tan poco dinero, y Kit tiene que aceptar trabajos que no son dignos de él.

—Kit está siendo razonable, por fin —dijo Patrick bruscamente.

—Pero es un talento echado a perder; y lo que está haciendo no va a ningún lado.

—Si es perseverante, a lo mejor sí; tampoco conseguía nada antes, además de volverse un poco chiflado de tanto estar solo y no tener nada que hacer.

—No había necesidad de que se sintiera solo. Sabía que siempre podría venir aquí.

—No se puede hacer carrera a base de tomar el té con mujeres casadas.

Flora se quedó perpleja y dolida.

—Que yo esté casada no tiene nada que ver —dijo suavemente.

—No —estuvo de acuerdo Patrick, y luego repitió otra vez, con decisión—: No. Bueno, en cualquier caso, es un alivio para Meg que haya recuperado la cordura.

—No parece que ella sea más feliz por eso —dijo Flora. Le dirigió una mirada tímida, pero llena de reproche, y luego la desvió.

—Flora —dijo Patrick, dejando su vaso vacío y en un tono distinto—: Voy a tener que irme.

Nunca se quedaba mucho tiempo, y Richard, desde luego, se alegraba. No le gustaba encontrar la casa atestada de gente, como él decía, cuando llegaba cansado.

—No me acompañes —dijo Patrick. Se detuvo, le dio un beso en la mejilla, la miró un momento y dijo—: Ser compasivo está bien, pero ser razonable es mejor, ¿entiendes?

La pequeña voz de la razón, pensó, bajando los escalones de fuera.

Como Percy no se dignaba ir al extranjero, Ba se fue sola a Francia durante una semana para visitar a unos parientes. A Percy no le gustaban los parientes de los demás. La llevó al aeropuerto en su gran automóvil oscuro, que, según Richard,

parecía que necesitaba llevar una amapola de Flandes en el capó durante todo el año.⁶

Era muy engorroso decir adiós. Decidió no volver a hacerlo nunca más. Y mientras esperaba para dirigirse a su puerta de embarque, Ba tuvo ganas de llorar y se sintió culpable de repente. Percy se mostraba con tanta dignidad que no podía soportarlo. Se secó los ojos con un pañuelo y lo guardó en el bolso con un rápido y sonoro clic.

—No te quedes, cariño —dijo—. Vete. Cuídate y recuerda que tienes un estofado en la nevera. Pero si Flora te invita, aguantará para otro día.

—No voy a ir a casa de Flora. Me gusta más la mía, gracias. He estado solo allí otras veces —dijo, enfadado—. Además, no me gusta la comida de los demás. —Estaba completamente atónito de que ella lo abandonara de ese modo—. Vuelvo a casa y practico un poco. Hace mucho tiempo que estoy solo.

—Sí, haz eso —dijo ella con dulzura, en absoluto ofendida.

—¿Estás segura de que tienes suficiente dinero?

Viajar ya era un inconveniente, pensó; pero viajar teniendo que contar en monedas extrañas era un horror que no le desearía a nadie, ni siquiera a Ba como castigo.

En el aeropuerto, uno tenía la sensación de que todo el mundo iba a algún lado, las palabras «salida» y «llegada» resonaban de forma amenazante a su alrededor. Parecían sugerir con su sola presencia que quedarse en el propio país era una excentricidad. No le gustaba. Compró unas revistas para Ba; estaba haciendo un esfuerzo por perdonarla, no fuera a ser que no la volviera a ver nunca más. No quería que sus últimos minutos fueran amargos cuando echaran la vista atrás, de modo que decidió marcharse. La besó y murmuró bruscamente una advertencia sobre no dar por hecho que habría cuartos de baño en el extranjero, y se alejó con tristeza, albergando la esperanza de que su paso lento denotara valor mezclado con cierta sensación de agravio.

Ba se quedó mirándolo y se preguntó cuánto tardaría en recuperarse. Su optimismo era del que se inculca uno mismo, como el de unos padres que dejan a sus hijos por primera vez en un internado. (Se integrarán sin problema. Es lo que dice todo el mundo.)

De regreso a Londres, mientras llenaba el interior del coche de humo de su

cigarro, Percy fue recuperando poco a poco el ánimo. Decidió ir a incordiar a Richard en la fábrica. Interrumpió a su hijo todo lo que pudo, dio su opinión sobre cualquier cosa, y después se preguntó qué más podía hacer. En otras ocasiones, volvía con sus quejas y malos augurios a Ba. Esa tarde, sin embargo, no había adónde ir con ello más que a casa de Flora. Se dirigió hacia allí, pensando que lo más probable es que ella le pidiera que se quedara a cenar.

Le abrió la puerta la señora Lodge. Aunque no eran más que las cinco y media, un tenue pero apetitoso olor a carne asada subía por las escaleras. Debe de ser una pieza muy grande para que la hayan puesto al horno tan temprano, razonó. Habría de sobra para él, pero deseó que no hubiera invitados. Sin duda, vivían bien, pensó vagamente, quitándose el abrigo y entregándoselo a la señora Lodge, que casi se tambaleó bajo su peso.

Patrick Barlow se levantó en cuanto se abrió la puerta del salón. «Siempre aquí», pensó Percy. Se preguntó por qué Richard no acababa con esto. Flora estaba sentada en el sofá. Tenía a Alice en el regazo, le estaba cambiando los pañales.

«Dios santo», pensó Percy.

Flora agarró los pequeños pies con una mano y levantó el trasero enrojecido del pañal humeante.

—Qué gusto verte. Siéntate, Percy, querido, donde estés más cómodo.

—Vengo de ver a Richard —dijo Percy, acercando una silla al fuego y apartando la mirada de la niña. «En el salón —pensó—. Y con invitados.»

Flora, mentalmente, dejó escapar un suspiro; no podía hacerlo en otro lugar. Temía esas visitas a la fábrica, sobre todo las consecuencias que traían consigo. Empezó a espolvorear el trasero de Alice con polvos de talco. Luego la envolvió en pañales limpios y se la pasó a su abuelo. Salió de la habitación con los pañales mojados y dejó a Percy con Patrick. La boca de Alice soltó un largo reguero de babas, que se le pegó al hombro. Su cabeza oscilaba insegura sobre el frágil cuello. Temía que saliera rodando. Le cayó un poco de talco en la manga. Necesitaba las dos manos para agarrarla en brazos, no podía protegerse. Mantuvo la cabeza hacia atrás, rígida, todo lo apartada de la niña que le fue posible, pero su cara se acercaba cada vez más y, con un repentino cabeceo, cayó hacia delante; la boca húmeda y abierta babeó sobre su barbilla.

—¿Se la cojo, señor? —preguntó Patrick.

A pesar del alivio que sintió, a Percy le molestó el «señor». «Una docena de años más joven que yo», pensó amargamente y con abrumadora inexactitud, mientras se limpiaba las babas y se secaba. «Él ya tiene bastante menos pelo que yo. A mi edad será prácticamente calvo. Eso es por utilizar demasiado la cabeza. Al mal pintor se le quedan calvos los pinceles. Los hombres de acción generalmente tienen buen pelo», pensó.

Patrick paseaba por la habitación con la niña contra su pecho. Pasaba los labios contra la suave mejilla, olía su suave olor, a leche agria mezclada con talco. La boca de la niña exploró el rostro y el cuello de él en vano. Estaba hambrienta y comenzó a llorar.

—Los días se están haciendo más largos —dijo Percy.

—Sí, por fin —asintió Patrick con cautela, preguntándose si el comentario del viejo pretendía burlarse de su silencio y su preocupación por la niña—. ¿Y qué tal está Richard? —preguntó.

—Richard se agobia por todo. —Percy lo dejó ahí. Otros comentarios sobre su hijo podían esperar a que estuviera Flora delante.

—¿Y su esposa? —siguió indagando Patrick.

—Bien. Muy bien. Se ha ido a Francia. —Esto también podría esperar el regreso de Flora. Estaba tardando demasiado. Debía de estar hablando con la señora Lodge, supuso, cuando, por fin, ella volvió y le propuso que se quedara a cenar.

—Sólo tenemos chuletas —añadió en tono de disculpa.

Incluso Patrick, que había olido la carne asada al llegar, se sorprendió. No estaba tan desilusionado como Percy, porque él no iba a quedarse a cenar. Raramente salía por las noches, salvo los viernes, cuando Frankie llevaba a su madre al cine. «¿Tomarían la carne asada fría al día siguiente?», se preguntó. Percy se quedó perplejo unos minutos, y después no pudo hablar sin que se le notara la tristeza en el rostro.

—Gracias, querida, me quedaré encantado. Llevé a la pobre Ba al aeropuerto. Mi esposa se ha ido y me ha dejado solo —dijo, volviendo su robusto cuerpo hacia Patrick, quien seguía andando de un lado a otro con la niña en brazos.

—Sólo es una semana —dijo Flora.

—Sólo es porque estamos casados —respondió en tono de reproche—. Nunca me había dejado. Antes siempre íbamos de vacaciones juntos. Le parecía bien ir a Brighton o Torquay, donde en cualquier caso se puede tomar un whisky a un precio razonable. Si lo que quería era ir al extranjero, nunca lo había mencionado.

—No tardará en volver —dijo Flora para reconfortarlo.

—¿Qué ha pasado con esa vieja foto mía en la puerta de la fábrica? Veo que ha desaparecido del despacho de Richard.

—No la recuerdo.

—Yo, de pie a la puerta de la fábrica —repitió—. Era más o menos cuando nos acabábamos de mudar allí.

—Me parece que no la he visto nunca.

—Claro que la has visto. Estaba colgada encima de los archivadores.

—Lo siento, no puedo ayudarte. Pregunta a Richard.

Su orgullo le había impedido hacerlo, pero su creciente irritabilidad le había llevado ahora a mencionar el asunto. Estaba ofendido. Su hijo probablemente era un esnob y no quería que el personal supiera lo pequeña que había sido la fábrica una vez, ni que viera a su padre tan orgulloso en la fotografía, con una gorra puesta, bajo el letrero que llevaba su propio nombre.

—Creo que al final no me voy a quedar a cenar —dijo—. Siempre me pongo un poco nervioso por las noches.

—Vaya; lo que tú quieras, por supuesto —dijo Flora con la voz tranquilizadora que Patrick admiraba—. Richard lo sentirá mucho, pero lo entiendo.

—Disfrutaba enormemente de mis noches en los viejos tiempos —dijo Percy—. Parece que no puedo ponerme cómodo, tal y como están las cosas ahora.

Se levantó de la silla.

—Yo también me tengo que marchar —dijo Patrick, colocando a Alice cuidadosamente en los brazos de Flora.

Si hubiera sabido que él no iba a cenar con ellos, pensó Percy, tal vez se hubiera quedado. Ahora era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Puso la mano ligeramente sobre la cabeza de la niña, y ella comenzó a llorar de nuevo. Su boca se frunció, su rostro se oscureció, y dejó escapar un fuerte y

enojado llanto.

—Es toda una personita, ¿no? —dijo Percy.

—Tengo que darle de comer y meterla en la cama —respondió Flora.

Fue a la puerta para despedirlos y luego llevó a Alice a su cuarto, donde la señora Lodge ya había encendido la estufa de gas. Flora se sentó en la vieja mecedora de su madre y comenzó a desabrocharse la blusa. Alice presionó su rostro bañado en lágrimas contra su madre y dejó de llorar; pero, incluso con la boca apretada furiosamente contra su pecho, aún emitía pequeños hipidos, sollozos, como si persistiera el enfado.

La habitación, en el piso de arriba, estaba silenciosa; se oían los suaves sonidos de la niña mamando y el rumor borboteante del fuego de gas. Flora se recostó en la silla, pensando en Percy, con una sonrisa divertida en los labios.

Cuando Percy regresó a su piso, le pareció que tenía un aspecto vacío, como si hubiera estado fuera una larga temporada y no sólo medio día. Se oía el ruido melancólico de un grifo que goteaba en la cocina, y, cuando abrió la puerta de la sala de estar, el repentino movimiento del aire provocó el desmoronamiento de uno de los crisantemos peludos de Ba; sus aterciopelados pétalos se desplomaron suavemente sobre el suelo.

—Un trabajo que no se acaba nunca: flores —dijo Percy en voz alta, sorteando los pétalos en dirección al televisor. Se sentó frente a la pantalla, esperando a que se calentara, con las manos cruzadas sobre la barriga y una expresión paciente en el rostro. El corpulento gato que Flora le había regalado se frotó contra sus piernas, pero lo apartó de un empujón. Dejaba claro lo que opinaba de él. La imagen surgió de repente de la nada, después llegó el sonido. Un programa concurso de preguntas y respuestas. Dos filas de personas enfrentadas. Un hombre pomposo, con aspecto de maestro, hacía las preguntas. Si Percy sabía la respuesta, la decía en voz alta y enseguida; si no tenía ni idea, fingía (como si no estuviera solo) que no había entendido la pregunta, que estaba demasiado ocupado sonándose la nariz para responder o que tenía que servirse un whisky.

También contradijo al conductor del programa y le espetó comentarios groseros porque, como tantas otras cosas últimamente, lo sacaba de quicio.

—Habla más alto, maldito imbécil. Eso no es lo que has dicho en absoluto. Cualquier idiota sabe eso. Adiós y hasta la próxima semana, sólo que no estaré aquí, muchas gracias.

Se levantó, llenó el vaso de nuevo y encendió un cigarro. Empezó a sonar una música espantosa —«una cacofonía horrible», dijo enfurecido, como si hubiera otra persona en la habitación—, y tres hombres jóvenes con pantalones ajustados se colocaron alrededor de un micrófono, posando, cantando basura simplemente para molestar a Percy, que tuvo que levantarse y cambiar el canal, para ver a unos adolescentes hablando de sexo con un cura. Apagó el televisor. Se acabó. Para eso pagaba su licencia de televisión. La adorada juventud dando la lata día y noche. ¿Por qué resultaba tan maravilloso ser joven? Era algo que le pasaba a todo el mundo; sin embargo, envejecer no.

—Delincuentes juveniles. Patanes —dijo. Utilizaban la bomba atómica como excusa. Los desestabilizaba, se decía. Hablaban de eso continuamente. Tenían miedo. Y nosotros, ¿qué? ¿Y yo?, se preguntó. La bomba no va a caer solamente sobre los adolescentes. Estaba harto de la palabra. No merecían ni un minuto de su tiempo, ninguno de ellos.

Levantó la tapa del piano, la apuntaló y se sentó en el taburete. No es que conociera realmente a ningún joven, reflexionó. ¿Quién había por ahí? Ese muchacho Driscoll, el hermano de Meg. Un buen ejemplo, se dijo sombríamente, pasando las páginas de su libro de partituras. Se decidió por «For Smoothness». Era realmente tranquilidad lo que necesitaba. Comenzó a tocar, mirando la partitura a través del humo del cigarro; sus gruesos dedos manchados de nicotina se movían pesadamente de un lado al otro por los arpeggios —el cigarro se consumía en un cenicero al final de las notas agudas—, y de vez en cuando sus labios soltaban una blasfemia.

—¿Qué ha pasado con esa vieja fotografía de tu padre a la puerta de la fábrica? —preguntó Flora esa noche cuando estaba en la cama con Richard. Lo había recordado de repente.

—La metí en un cajón, creo.

—Me parece que a tu padre le ha dolido que la hayas quitado.

Al responder, la voz de Richard adquirió el tono irritado de su padre.

—Mira, cariño, ahora la fábrica la dirijo yo. Él quería retirarse, no puede tener las dos cosas. Bastante guerra da con sus visitas, haciendo perder el tiempo a todo el mundo, poniendo la cabeza como un bombo a los más mayores con historias de los viejos tiempos. Me vuelve loco. Sólo de pensar en los viejos tiempos me asfixio. Mirar atrás no es bueno.

—Sí, supongo que sí... —murmuró Flora con resignación—. Pobrecillo —añadió—. Hoy, estaba hecho una furia.

Richard no quería hablar de su padre. En lugar de eso, se dio la vuelta para tomarla en sus brazos.

—Nosotros somos los afortunados —dijo. Flora estaba tumbada de lado y él enroscó su cuerpo alrededor del de ella, envolviéndola como un caparazón.

5. En francés, tejido de algodón estampado, habitualmente en un solo color, a menudo el burdeos, con escenas pastoriles o campestres. (*N. de la T.*)

6. Desde la Primera Guerra Mundial, en Gran Bretaña las amapolas se han convertido en el símbolo que conmemora a los caídos en esa guerra, y tradicionalmente se llevan como adorno para recordar el Armisticio, el 11 de noviembre de 1918. Sin duda, el comentario de Richard es irónico y deja entrever que el coche de su padre parece un coche fúnebre. (*N. de la T.*)

Capítulo 13

Geoffrey Pringle solía decir que cuanto más tiempo tenía uno, menos cosas hacía. Su propia vida, sin embargo, era algo muy distinto a esa frase. No hacía falta añadir nada, ya que era evidente para todo el mundo.

Se había tomado el fracaso de su obra de teatro con deportividad —incluso con humor, o quería que lo pareciera, a juzgar por las continuas alusiones que hacía al asunto—, aunque su expresión a menudo se entristecía y su tono denotaba verdadera preocupación al mencionar a los actores y demás personas involucradas, que tenían que ganarse la vida.

A pesar de esta desazón, no tardó en arriesgar el sustento de todos ellos una vez más; se puso a escribir otra obra, en esta ocasión sobre la actualidad y los asuntos parlamentarios. No habría personajes femeninos, así que Elinor pensó que sería muy aburrida.

—Aparte de todo lo demás, los hombres tienen un aspecto irremediablemente aburrido —advirtió a su esposo. No estaba de muy buen humor y le irritaba la plácida sonrisa de él mientras seguía tomando notas—. Cualquiera diría que no hay mujeres en el Parlamento —dijo.

—Todo el mundo sabe que sí las hay.

—¿Entonces?

—En el momento en que una mujer sale a escena, la audiencia piensa en el amor. ¿De quién está enamorada? ¿Quién se enamorará de ella? No puedo arriesgarme a que haya una sola parlamentaria en mi obra. Ni siquiera correría el riesgo de que Edith o Bessie salieran a escena, aunque fuera brevemente.

—Pero ¡una sala de reuniones! —exclamó, haciendo hincapié desdeñosamente en esas últimas palabras—. Qué escenario más aburrido.

A ella le gustaba que hubiera mucho ambiente en el escenario: cosas que mirar, tresillos, pantallas pintadas, cortinajes, lámparas de aceite, que alguien llevara un samovar; que hubiera telarañas y una ventana rota.

—Gente sentada alrededor de una mesa —prosiguió—. No va a funcionar, es así de sencillo.

—Se levantarán de vez en cuando —respondió él, como si le estuviera hablando a un niño que conseguiría entenderlo todo cuando fuera mayor.

—Pero la lucha por el poder —protestó Elinor, con voz disgustada—. Cariño, ya lo sabemos todo. Lo hemos visto una y otra vez, las mismas intrigas, las mismas conclusiones. Es todo tan antiguo, Geoffrey...

—También son antiguos el amor, la muerte y todos los demás temas que hemos visto una y otra vez.

Esta vez Geoffrey no levantó la vista y dejó de sonreír. Se puso a escribir con premura, hizo una pausa y luego miró a su alrededor frunciendo el ceño, como si hubiera perdido el hilo de lo que había estado pensando.

Elinor lo dejó en paz, que es lo que él quería, y subió al piso de arriba.

La discusión no había sido sobre el asunto que iba a tratar en la obra, sino sobre algo muy distinto. Ella se dio cuenta y supuso que él también. Lo importante no era el tema de la obra, sino si debía realmente escribirla. Era un domingo por la tarde y estaba sola. Era muy consciente de que los domingos se encontraba en su peor momento, sobre todo cuando terminaba de comer y recogía todo. A partir de ese momento, el día iba desvaneciéndose lentamente hacia un aterrador mar de aburrimiento. Naufragaba en él; a medida que pasaban las horas iba ahogándose, con el sonido de las campanas de la iglesia de fondo.

La gente religiosa era el colmo del egoísmo. Se apropiaban de un día entero de siete —uno de cada siete— y se lo amargaban a los demás. Incluso en el extranjero, incluso en países no cristianos, Elinor siempre sabía cuándo llegaba ese día. Ese tufillo mustio la alcanzaba donde quiera que fuera. Sólo el amor, sólo estando ciegamente enamorado, se podía soportar, eso y mucho más.

Se lavó las manos y le temblaron con impaciencia mientras se las secaba. Se puso una chaqueta, cogió un libro de la mesita de noche, se ató un pañuelo a la cabeza y bajó las escaleras.

—Voy a salir —dijo, abriendo la puerta del estudio.

—De acuerdo —respondió Geoffrey alegremente.

—No sé cuándo volveré. A lo mejor voy al cine.

—De acuerdo. No te preocupes por mí.

—No te preocupes por mí —murmuró entre dientes, dando un portazo.

Las calles estaban casi vacías. Apenas se veían coches subiendo o bajando la colina. Varias personas paseaban al perro. Sus pasos resonaron como un canto sobre la acera, mientras sus pensamientos le resonaban en la cabeza. «Podría decirle que “no”. Podría suplicar. Podría intentar explicarle lo que siento. Incluso podría haber dado un giro diferente hace mucho tiempo. Ahora ya es tarde», pensó.

No había decidido adónde ir. Los cines abrirían en una hora. Se preguntó si haría buen tiempo para sentarse en Regent's Park a leer su libro. Hacía una tarde ventosa. En los jardines de St. John's Wood las lilas agitaban sus ramas, cargadas de flores maltrechas. Era sorprendente lo que aguantaban (o lo que tenían que aguantar), la enorme tensión y el estrés. «¡Ay, sí! Dios —pensó amargamente—. (Pasaré el domingo atormentando a esos arbustos de lilas que yo creé.) Ni siquiera tienen la posibilidad de elegir —se dijo con tristeza—. Así nadie puede argumentar eso para justificar su mísera existencia.»

Para hacer tiempo, entró en el parque, se sentó en un banco junto al lago y abrió su libro, *La princesa Casamassima*. En Henry James sí que aparecían muchas cosas.

Pero no podía leer. En realidad, no estaba el tiempo para leer al aire libre y se sentía incómoda. «Ahí está la pobre señora Pringle —se imaginó que decían los transeúntes al pasar—. Qué raro que esté sentada sola en un banco del parque un domingo por la tarde, cuando el resto del mundo está acompañado.»

Porque todos, todos tenían a alguien. Allí, aquella tarde, no había nadie paseando solo. Los amantes, entrelazados como enredaderas, y sus risas la aburrían, ya que éstos están destinados a aburrir a aquellos para quienes el amor ha terminado; lo han tenido, pero se ha terminado. Las familias la ponían nerviosa: con ese aspecto tan tranquilo, tan dominical que le daba la sensación de que no se había perdido gran cosa. Mamá y papá caminaban pesada y silenciosamente, todo estaba dicho, todo había desaparecido. «¿Es eso lo que quiero de Geoffrey?», se preguntó, ese compañerismo, con su mente llena de burla y sarcasmo.

Ya fuera en voz alta o en silencio, descubrió que no podía evitar hablar consigo misma cuando estaba resentida y disgustada; y con la mirada fija y

enojada en el camino o el agua del lago, mantuvo una conversación que sabía que nunca tendría con Geoffrey. Porque ni siquiera es que fuera un gran dramaturgo; no sería una pérdida para el mundo, pensó. Estaba permitiendo que su matrimonio se desmoronara a causa de algo que no tenía ningún valor.

Miró el reloj, lo hacía muy a menudo últimamente. Podía ir andando tranquilamente; no había necesidad de quedarse allí sentada más tiempo. Hacer cola en el cine era un entretenimiento que podía incluso resultar un aliciente. Si la película era mala, se aburriría; si era buena, lamentaría no haber podido compartirla con nadie.

Bajó por Baker Street, mirando escaparates o, mejor dicho, se vio reflejada en los cristales oscuros; luego cogió un autobús. Numerosos extranjeros paseaban por Piccadilly Circus, o se sentaban agotados en los escalones debajo de la estatua de Eros.

Elinor se incorporó a la cola de un cine y se quedó en ella leyendo su libro. Después, en cuanto la cola comenzó a avanzar, sintió que no podría soportar pasar dos horas solitarias ante la pantalla. Vaciló, se preguntó: «¿Adónde voy? ¿Qué hago, entonces?». Mientras dudaba, la cola siguió avanzando hacia el vestíbulo.

Mientras esperaba, antes de que comenzara la película, no podía leer porque la letra era demasiado pequeña y la luz de la sala demasiado tenue. Cambiaron los colores de las cortinas fruncidas y el ruido envolvente de un órgano eléctrico inundó el teatro.

¡No era la única persona solitaria en Londres! A medida que se iba llenando el cine, vio a una o dos personas solas. Había un hombre joven, sentado de lado en su asiento, tratando de que un poco de luz cayera sobre su periódico del domingo. Elinor leyó *Vice Racket*, en grandes letras negras. Había una chica sola, fumando, con las piernas cruzadas y cabizbaja, tal vez intentando preservarse del ruido del órgano. Era bastante guapa, parecía inteligente y vestía ropa atractiva; «seguro que está sola porque quiere», pensó Elinor; pero en realidad no podía imaginar que la gente lo quisiera, y se preguntó cuántas veces habría sido ella el objeto de las conjeturas de otros.

Cuando, de vez en cuando, la música del órgano se detenía brevemente, oía el murmullo de una conversación inconexa a su alrededor, voces de personas que

mataban el rato. Finalmente, las cortinas se abrieron con un rumor sedoso y empezó una película de dibujos animados. Animales mal dibujados con voces graciosas se perseguían unos a otros llenos de despecho, salían volando por los aires, rebotando, con los ojos como platos por la sorpresa, y sus lenguas se agitaban vulgarmente emitiendo un parloteo folclórico y bobo. Por lo que Elinor había podido observar, no había niños en el cine, y se preguntó para qué proyectaban entonces esas tonterías. Cerró los ojos a la espera de que terminara y deseó poder cerrar los oídos también.

Protegida como si estuviera dentro de una crisálida, aislada por la oscuridad y por las emociones ajenas, se sintió aún más vulnerable cuando llegó el momento de sacar la cabeza, pues en ese estado larval no había sufrido ninguna evolución, no se había producido ningún cambio, era exactamente la misma Elinor que se abría paso entre la multitud, arrastrada fuera del cine, después de haber pasado el tiempo; nada más.

Esta parte de Londres siempre la deprimía, especialmente en domingo y bajo un cielo que amenazaba lluvia. Las sucias palomas se paseaban por la basura que había alrededor de las paradas de fruta; las calles olían a perrito caliente, y de un salón recreativo le llegaba una repetitiva música enlatada, el traqueteo de las máquinas tragaperras y una ráfaga de aire viciado.

Los pubs acababan de abrir y se estaban llenando con rapidez. Entró en uno que había en una bocacalle, pidió una bebida en la barra y se la llevó a la mesa. Sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor del bolso, se sentó, dio un trago al gintonic y abrió su libro.

«Pobre señora Pringle —decía el extraño en su imaginación—. La vi sola en un pub, el domingo pasado por la tarde, fingiendo que leía un libro.»

Encendió un cigarrillo y echó una mirada desafiante a su alrededor. Pero no vio a nadie que pudiera ser el extraño, la persona sin rostro de su mente, a quien se imaginaba diciendo esas cosas.

En la mesa de al lado, había un hombre solo, de mediana edad, vestido elegantemente, con una americana azul marino colmada de emblemas, y zapatos de punta. Se tapaba la boca con una mano y con la otra hurgaba los dientes dorados, o podridos, con un palillo, mientras repasaba a todas las mujeres que entraban.

—Una noche desahagible —dijo, atrapando la mirada de Elinor, que estaba echando una ojeada a su alrededor.

Elinor asintió con frialdad; iba a volver al libro, pero decidió coger su copa.

Él se metió el palillo en el bolsillo, cruzó los brazos sobre el pecho, se echó hacia atrás y dijo:

—Me pregunto qué clase de verano nos espera este año.

Elinor resolvió no decir que ella también se lo estaba preguntando. Se quedó callada, cabizbaja, mientras sacudía la ceniza de su cigarrillo.

—Parece algo bastante general —dijo—. Este clima inmundable, quiero decir. Uno de mis colegas acaba de regresar de la Riviera francesa. Me ha contado que es muy decepcionante. La Costa Brava está igual, por lo que dicen. Si uno no puede estar seguro del clima allí, ¿dónde va a poder estarlo?

Nada de lo que le había dicho hasta ahora le parecía propicio para emprender una conversación. Sus preguntas a medias flotaban en el aire, y ella las ignoró. Cuando él se percató de esto, fue más directo.

—¿Ya tiene planes para las vacaciones? —preguntó.

Elinor levantó los ojos y lo miró con frialdad. «Qué individuo tan miserable», pensó.

—No, ninguno —respondió. Ahora ya no podría volver a su lectura. Lo había demorado demasiado. En lugar de eso, cogió el vaso y dio un buen sorbo. Tenía un aire reflexivo, como si estuviera sentada allí sola, con algunas preocupaciones sobre las que pensar.

—Si me permite... ¿Qué le apetece beber? —Se había levantado rápidamente y estaba de pie frente a ella—. ¿Lo mismo? Ginebra con tónica, por lo que veo.

Durante un momento de gran perplejidad, antes de que ella pudiera responder, él había dado media vuelta y desaparecido por el abarrotado bar. Una vez más, era demasiado tarde. Estaba molesta por ese giro tan incómodo que había tomado la situación. Ahora tendría que hablar con él. Le oyó pedir las copas en la barra con autoridad. Volvió con ellas. Las puso en mesas separadas, pero dio la vuelta a su silla con una mano para acercarla a la de ella y poder hablar con mayor comodidad.

«¡Ay, qué situación más aburrida! —pensó, enfadada—. Aburrida y embarazosa.»

—Debería haberle dicho que no, pero ha sido usted demasiado rápido —dijo—. Estaba a punto de irme a casa.

—No pasa nada. ¿Dónde está esa «casa»?

—En el norte de Londres —dijo vagamente—. Bueno..., gracias —añadió. Vaciló y luego cogió el vaso.

—¡Salud! —dijo él mientras acercaba su copa hacia la de ella—. Por nosotros.

«Seamos quienes seamos», pensó Elinor.

—¿Ésta es una de sus guaridas habituales? —preguntó. Tenía una manera muy pícara de hablar, de hacer preguntas, como si en realidad estuviera refiriéndose a algo que ambos sabían que era divertido y cargado de intención.

—No, nunca había estado aquí. —La única vez, se dijo a sí misma.

—Yo tampoco. Nuestros caminos se han encontrado.

—He entrado un momento después del cine —dijo prosaicamente, temerosa de que la conversación tomara un giro romántico.

—¿En solitario? ¡Qué desperdicio tan vergonzoso!

—¿Desperdicio?

Sus modales, en lugar de amedrentarle, le impresionaron. Era diferente a otras mujeres a las que se había acercado, y la situación le motivaba sólo por el hecho de no progresar como debería, como él esperaba.

—Desperdicio de usted, de su compañía —dijo.

—¿Siempre habla así a las mujeres que no conoce? —A ella le satisfizo observar que se sonrojaba, que parecía abatido; pero le desconcertó cuando siguió hablando.

—No. Espero que me perdone. Desde que murió mi esposa, me siento solo. Me gusta compartir una copa. No es divertido beber solo. No pretendía ofenderla.

Le creyera o no, estaba obligada a decir algo en tono de disculpa. Esas palabras prolongaron la situación, porque estaba a punto de irse. Cuando terminó su bebida, abrió el bolso y guardó los cigarrillos y el mechero. Había algo tan deliberadamente definitivo en ello, que él comenzó a hacer sugerencias apresuradas acerca de ir a otro pub, tomar un tentempié —como dijo él— o acompañarla a casa, aunque fuera sólo un trecho del camino.

Tenía demasiada prisa, se había hecho tarde, le explicó, y se despreció por mencionar a su marido.

—Lo siento —dijo ella, al darse cuenta de que había malgastado una parte valiosa de su noche.

Fue un malentendido del que ella era culpable en parte. Ahora él tendría que comenzar de nuevo con otra persona, otro tipo de mujer, probablemente una que tuviera práctica y pudiera seguirle el juego con facilidad.

—Gracias por la copa —dijo poniéndose en pie. Tiempo y dinero que ella había derrochado.

Él también se puso en pie.

—Entonces no volveremos a vernos.

—Parece poco probable. Me temo que no soy una buena compañía. Espero que encuentre a alguien más interesante con quien hablar.

—La verdad, no sé qué quiere decir con eso. No voy por Londres ligando con cualquier mujer extraña que vea.

—Lo siento —dijo de nuevo, más suavemente. Luego se despidió y se abrió paso por la barra en dirección a la puerta.

Le ardía la cara mientras caminaba hacia la parada del autobús. «La señora Pringle —empezó de nuevo la voz en su cabeza—. Vi cómo intentaba ligar con ella un sinvergüenza de aspecto muy desagradable.»

Durante todo el camino, sentada en el autobús, mirando por la ventana, viendo las multitudes domingueras que se arremolinaban y se dejaban arrastrar por la corriente, se preguntó si con el tiempo se produciría en ella un terrible deterioro causado por la soledad, hasta el punto de que un hombre no se equivocaría —como había ocurrido esta noche—, si esperaba recibir respuesta de ella, y que no fuera algo imposible que ella pasara una tarde en su compañía. Gracias a la lectura y su conocimiento de la vida, sabía que las mujeres solitarias son propensas a rebajarse a cosas así: las viejas viudas ricas se divierten haciendo largos cruceros, las parlanchinas mujeres divorciadas, sentadas en los pubs, se confunden a veces con prostitutas, pero tienen una actitud completamente diferente hacia los hombres, pues están más que dispuestas a no recibir nada, sino a darlo todo.

Se bajó del autobús y tomó el camino más largo, por Beatrice Crescent; a

veces hacía ese recorrido, y, al pasar por casa de Richard y Flora, se los imaginaba en su interior, viviendo su matrimonio feliz: en ocasiones oía llorar a la niña, y en una de ellas vio salir a la señora Lodge con una cesta de la compra.

Richard era una de sus esperanzas abandonadas. Tampoco es que hubiera deseado mucho de él; compañía y conversación. Muy a menudo, las mujeres la irritaban, sus intentos de parlotear con otras esposas no sonaban reales y le parecía que los demás lo sabían. Incómoda, se había reunido con ellas en cafeterías, aprovechando un descanso de una mañana de compras, y procuraba participar, hablar de las enfermedades de los niños, de la cocina y de las obras de caridad en las que todas parecían estar tan seriamente comprometidas. Sus intervenciones eran forzadas, y últimamente se había esforzado poco.

Se acercó a la casa. Un laburno colgaba sobre la barandilla, aún sin flor. Probablemente estarían en el comedor, cenando. Era la tarde libre de la señora Lodge, así que Flora habría sacado la carne fría y Richard la estaría cortando.

Pero no acertó en sus imaginaciones porque Richard estaba aparcando el coche, y, al salir del garaje, la vio, la saludó con la mano y la llamó.

Apenas la había visto desde que nació Alice. No podía culparla, pensó Richard, por pensar que él la había utilizado, por la compañía (en un momento en el que estaba aburrido o por las cenas).

—Entra a tomar una copa —le dijo mientras abría la puerta, tratando de compensar el haberla descuidado con la calidez de su sonrisa.

—Pero ¿no estáis a punto de cenar?

Él abrió la puerta.

—Me he comido un bocadillo en un pub al volver de Berkshire. He dejado a Flora y la niña con su madre, se quedarán allí un par de días.

Encantada, subió los escalones con Richard, que le abrió la puerta, pero el silencio, la oscuridad de la casa hizo que se pusiera nerviosa. «La verdad es que es mi único amigo —pensó—. Sería terrible meter la pata y perderlo.» Era lo único que quería —y había tenido una suerte inmensa—, hablar, poder sentarse y tomar una copa, que él se sintiera cómodo con ella, que no esperase nada. No se había enamorado y no deseaba nada que perteneciera a Flora, pero seguro que a él le sobraba algo de esa relación, algo que pudiera darle a ella; todo el mundo tiene algunas sobras.

Aborrecía los entresijos matrimoniales: esposos y esposas haciendo intercambios de pareja. Líos; azoramientos. Si, por ejemplo, al cruzar la habitación con su bebida, en lugar de dársela en la mano, la dejara en la mesita y la tomara a ella en sus brazos..., sólo de imaginarlo, empezó a sentirse abrumada por la confusión y el desaliento.

Agarró el vaso con firmeza y fue hasta el otro lado de la habitación con la intención de mirar una fotografía de Alice, lo más lejos posible de él.

—Se parece a ti —dijo en un tono de indiferencia.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó él, eufórico y afable.

—He ido al cine y luego a un pub cerca de Piccadilly, donde un hombre absolutamente espantoso intentó ligar conmigo y me pagó una copa.

Ese relato brillante y superficial no iba con su manera de ser. Richard se preguntó qué estaría ocultando o disimulando. Cogió su libro.

—*La princesa Casamassima* —leyó en voz alta—. ¿Se pronuncia así?

—¿Lo has leído?

—Querida, Flora te diría que jamás he leído nada. Ella tampoco se puede decir que lea demasiado. Abre muchos libros, pero ahí se quedan. Los deja sin pasar de la primera página. ¿Siempre lees en el cine? Hubiera dicho que no hay suficiente luz.

—No, primero me fui al parque, pero no hace bueno como para estar fuera.

—¿Geoffrey está de viaje otra vez?

—No. Está en casa.

—Querida, siéntate. ¿Enciendo el fuego eléctrico?

—Por mí no lo hagas.

—Ahora cuéntame lo del hombre del pub —dijo Richard, mientras se acomodaba para escuchar.

Describió al hombre anónimo de una manera engolada y burlona, y una vez más él sintió un ligero rechazo hacia su actitud.

—¿Te apetece tomar algo más? —preguntó, una vez que escuchó y se mostró lo suficientemente divertido.

—No, gracias.

—¿A Geoffrey no le gusta ir al cine? —quiso saber, mientras se levantaba para servirse una copa.

—Está escribiendo otra obra de teatro. Es tremendamente persistente.

—Te sentirás un poco sola.

Afrontó esto con cautela. Deseaba su apoyo; deseaba recibirlo en grandes cantidades, buscarlo, deleitarse en él; pero imaginó que podía ser un error, y quizá un error fatal.

—Estoy bastante acostumbrada, como sabes —explicó con recato. Richard no dijo nada y ella se sintió obligada a continuar—: Es culpa mía, en realidad. Debería conocer a más gente. Parece que ya no soy tan hábil a la hora de hacer amigos, aunque «hábil» sugiere algo más inteligente que cualquier cualidad que yo haya tenido.

«¡Para! ¡Déjalo ahí!», se dijo a sí misma, pero siguió hablando.

—Si tuviera hijos, no importaría.

La autocompasión que no pretendía mostrar al principio de la frase había aflorado en ella antes del final. Su intención era mostrarse muy resolutiva.

Se levantó. Había hablado de sí misma de una manera que iba a apartarla de él; no podía soportarlo, tenía que marcharse. Había estado de un pésimo humor todo el día, y había sido una casualidad cruel la que la había llevado a casa de él con ese humor.

—Tienes que venir a ver a Flora más a menudo —dijo Richard.

Siempre estaba relajado con ella, siempre era amable y constante, pero tras sus educados modales podía estar aburrido, irritado o avergonzado. Mientras bajaba por la colina, se preguntó si estaría realmente así; pero ella sólo podía imaginárselo encogiéndose de hombros, olvidándola, sentándose a su escritorio, porque ella sabía que se traía trabajo a casa.

«Tienes que venir a ver a Flora más a menudo», había dicho. Amable, palabras de buen vecino. Era todo lo que podía ofrecer. Todos hablamos así la mayor parte del tiempo, para que las cosas funcionen.

Estaba oscuro y era tarde. Cuando abrió la puerta de su casa, deseó que Geoffrey la hubiera echado de menos, aunque sólo fuera porque tenía hambre.

Pero no. Se había preparado un sándwich de carne asada y se lo estaba comiendo alegremente mientras escribía. Levantó la mano con el sándwich a modo de saludo y siguió escribiendo y comiendo.

Capítulo 14

—No podría aceptarlo, señora —le dijo la señora Lodge a Flora.

(Geoffrey Pringle detestaba que se dirigiera a ella tan ceremoniosamente. «En esta época en la que estamos», decía. Era una frase que pronunciaba a menudo. Para la señora Lodge, utilizar «señora» era parte de su profesionalidad.)

Flora le acababa de regalar su viejo abrigo de piel.

—La mantendrá caliente cuando vaya de compras en invierno.

«¡De compras con un abrigo de piel!», pensó la señora Lodge.

—No sería adecuado para mí —dijo—. Los abrigos de piel dan que hablar, cuando se trata de alguien como yo; claro, si me permite que lo diga.

Ésta no era la verdadera razón por la que lo rechazó, y se dio cuenta de que acabaría por tener que decirlo. Lo había pospuesto demasiado tiempo; le estallaba la cabeza de tanto ensayarlo. Pero al final, no se extendió. Simplemente dijo:

—No, señora, lo siento mucho, pero he decidido marcharme.

Flora, con el abrigo de piel todavía en los brazos, se dejó caer en un lado de la cama, con los ojos repentinamente abiertos expresando perplejidad.

—¿Marcharse adónde? —preguntó.

—No lo sé. Todavía no he hecho planes. No voy a dejarla en la estacada, puede estar tranquila. Es simplemente que no voy a poder soportar otro verano en Londres. No sé por qué pensé que podría.

Flora apartó el abrigo y miró fijamente a la señora Lodge. Ésta no era capaz de mirarla a la cara y continuó limpiando la ventana.

—Pero ¿por qué? —Empezaron a correr unas lágrimas por las mejillas de Flora; estaba demasiado aturdida para darse cuenta, o para limpiárselas.

—La niña ya ha crecido. No me hubiera ido hasta que ella estuviera encarrilada. Usted lo sabe. Y no me iré hasta que encuentre a alguien que ocupe mi lugar.

—Es que no quiero que alguien ocupe su lugar. Sólo la quiero a usted.

—Me pongo nerviosa y me inquieto, señora. —La señora Lodge se dio la vuelta, con la gamuza en la mano, y miró con tristeza a Flora—. Usted también se crió en el campo. Tiene que entenderlo.

—Estar con la gente a la que quiero es más importante.

—Eso no es justo, señora. Sabe que las quiero a usted, y a la pequeña Alice. Pero necesito el campo, y de verdad no aguanto más. Es como estar en prisión. Extraño tantas cosas... No he oído un solo cuco este año. Cuando me despierto me gustaría poder oírlo una vez al menos; pero nunca se oye en Londres, y aunque se oyera, no sería lo mismo.

No dijo nada más, se quedó callada junto a la ventana. En su imaginación oyó el canto repentino, que rasgaba la bruma matutina, haciendo eco entre los árboles.

—Los pájaros son mejores en el campo —explicó de repente.

¡Había echado tanto de menos a todos esos pájaros jóvenes de verano, especialmente los zorzales pálidos y delgados!...

«Los pájaros son más importantes que yo —pensó Flora, atónita—. Yo dejé mis palomas cuando me casé.»

—No me ha resultado fácil decírselo, señora, he estado muy nerviosa por todo esto.

Alguien infeliz bajo su techo, sin que ella lo supiera; esto inquietó a Flora, que se levantó de la cama, se acercó a la señora Lodge y la abrazó.

—Perdóneme —dijo—. No se lo pondré más difícil, se lo prometo. Intentaré estar agradecida por el tiempo que la he tenido. Trataré de pensar en eso.

A continuación, se fue rápidamente de la habitación, para que ambas pudieran llorar un poco, cada una por su lado.

Ba fue a tomar el té esa misma tarde y supo de las espantosas noticias.

—Sólo pájaros, pájaros —dijo Flora con voz lastimera y perpleja.

—Parloteo sobre el campo verde —dijo Ba.

—No, sólo pájaros —repitió Flora.

—Richard se va a quedar asombrado.

—Ya lo está. Llamé a la fábrica para contárselo y no se lo podía creer. Yo

tampoco. Es tan espantoso. Se va a ir en cuanto yo encuentre a alguien. Y, por supuesto, tendré que intentarlo, intentarlo de veras, aunque es como firmar mi propia sentencia de muerte. Después, supongo que no la volveré a ver. O, en el mejor de los casos, me llamará cuando venga a Londres; si viene alguna vez, que lo dudo. Se pondrá su mejor atuendo y se sentará aquí a tomar el té y yo me romperé la cabeza para encontrar algo interesante que contarle. No será en absoluto como hablar por la casa mientras trabajamos. Y Alice se habrá olvidado de ella.

—No llores, cielo, que a lo mejor entra.

—Es que no puedo parar.

—Estás haciendo que Alice se preocupe.

Flora se secó los ojos y se sonó la nariz.

—Por supuesto, podría ser peor —dijo—. Podría haber muerto. ¿Ves cómo intento ver el lado positivo? Tengo que hacerlo, por su bien. Sería una especie de chantaje si me altero. Lo siento, Ba, siento estar tan abatida. ¿Cómo está Percy?

—Empiezo a pensar que Percy se jubiló demasiado pronto. Está nervioso. No sabe qué hacer por las noches. Anda todo triste por la casa y al final sale. En los viejos tiempos venía a verme, pero ahora estoy allí con él; así que ya no hay diversión para la noche. Ahora todo gira alrededor de los bolos y el billar, ir al club y esas cosas. Bueno, es la vida de casados, supongo... No es lo mismo, pero espero que compense. No nos estamos haciendo más jóvenes.

Flora parecía sorprendida, y dijo:

—Pero seguro que si le cuentas lo aburrido que es que te dejen sola...

—Lo intenté, y me respondió: «¿Y esa vez que te fuiste a Francia y me dejaste solo?».

Entonces entró la señora Lodge con la bandeja del té y recibió una sonrisa deslumbrantemente alegre, aunque empañada por las lágrimas, de Flora.

Patrick solía visitar a Flora después de la hora de acostar a Alice. Pese a que le encantaba ver a la niña, se dio cuenta de que, si iba más pronto, no era tan bienvenido como antes de que naciera Alice. Salir más tarde significaba más tiempo en casa después de terminar el trabajo, casi una hora más de andar por la habitación, bostezar y desperezarse; cansado, tan cansado, con los hombros

rígidos como un perchero. Cualquiera que le viera pensaría que era un loco; porque se encogía de hombros, agitaba los brazos, llenaba sus mofletes de aire y se rascaba la axila. Pobre novelista simiesco y agotado; después, el baño, que no servía para reponer sus energías; luego una copa, pero no solo. Así que iba a menudo a casa de Flora, y de vez en cuando llevaba una botella de ginebra, por lo que ella protestaba suavemente.

Esa noche, cuando llegó, le abrió la puerta la señora Lodge y notó que había estado llorando. Flora también tenía los ojos enrojecidos. Estaba en la sala de estar con Ba. Patrick se preguntó qué diablos podía haber ocurrido. Muy pronto concluyó que al menos la niña no había muerto, Richard no estaba en bancarrota, ni en la cárcel, pero, cada vez que mencionaba algo trivial que podría suceder en el futuro, Flora se retorció las manos, y Ba le dirigía una mirada de advertencia.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —preguntó, en un momento en que Flora, creyendo haber escuchado a Alice llorar, había salido volando escaleras arriba.

—Se va la señora Lodge —susurró Ba.

—Dios mío, ¿por qué?

—Quiere vivir en el campo.

—Tengo que decir que es un alivio, pensé que pasaba algo muy grave.

—Lo es. Siempre tiene que haber alguien que cuide de Flora y le haga creer que es ella quien les cuida. También es una cuestión de amor, un amor fácil, cotidiano, una clase de amor muy agradable. Aunque a ti te debe parecer trivial perder a un ama de llaves, especialmente porque te esperabas algo peor.

—No me parece trivial —logró decir antes de que volviera Flora.

Flora era toda ella un resplandor. A la señora Lodge, el llanto la había dejado con la piel moteada; pero Flora tenía la belleza húmeda de Venus saliendo del mar; los ojos húmedos, las mejillas como perlas nacaradas. No se había sonado ni restregado la nariz hasta convertirla en un bulto rojo como la señora Lodge. Había dejado que el dolor siguiera su curso.

—Lo siento mucho —empezó a decir Patrick, mientras Ba le negaba con la cabeza y fruncía el ceño.

Los ojos de Flora comenzaron a brillar más que antes. Sonrió lo mejor que pudo y dijo que tomarían todos una copa, pero al acercarse a la bandeja de bebidas no había ginebra. La señora Lodge trajo un cuenco con hielo y empezó a

ofrecer mil disculpas.

—Ay, señora, se me va la cabeza. Quería recordárselo cuando saqué la última botella vacía. Se la terminaron la otra noche, cuando vino la señora Pringle, y no encontré otra en el armario.

—¿La señora Pringle?

—Sí, eso es, el domingo por la noche.

—Ah, sí, el domingo —dijo Flora aún perpleja.

«¡Ay, Dios!», dijo Patrick para sus adentros, mirando a la alfombra.

—Sí, me gustaría un poco de whisky —dijo en voz alta. «Bueno, yo estoy aquí a menudo con Flora», razonó. Pero eso no le preocupaba a nadie. Nadie guardaría secretos sobre él.

Mientras bebían sus copas, Flora charlaba a ráfagas; pero él sabía que estaba preocupada.

—¿Estás escribiendo algo? —preguntó Ba. El suyo era otro mundo para ella, pero se sentía obligada, por cortesía, a preguntar—: ¿Hay algo en el horno? —añadió.

—Acabo de terminar un libro, así que supongo que ya está fuera del horno.

—¡Qué emocionante! ¿Y has empezado otro? —insistió.

Para él era casi la peor de las conversaciones.

—Apenas —respondió.

Le dio la sensación de que para Flora fue un alivio. Escribía demasiado para lo que ella podía asimilar. Sus libros eran una carga para ella, como los de H. G. Wells lo eran para Henry James; llegaban con demasiada frecuencia.

—¿Lo tienes todo pensado de antemano? —continuó Ba.

Se refugió tímidamente tras otro escritor.

—No, soy como Lewis Carroll, que dijo que había enviado a su heroína a la madriguera de un conejo sin tener ni idea de lo que le sucedería después.

En su caso, era totalmente falso; pero consideraba que sus ansiedades, sus preocupaciones, eran suyas.

—Pero tus libros no son caóticos en absoluto.

Durante todo el rato, Flora permaneció en silencio; Patrick se dio cuenta de que sus pensamientos estaban en otra parte.

—Gracias —le dijo vagamente a Ba, esperando concluir así la conversación.

Se había producido esa tensión que existe al intentar hablar un idioma del que uno sabe tan poco que busca las palabras a tientas, y pasa por alto equívocos y malentendidos.

—¿Te inspiras en otros escritores? —preguntó Ba, implacable.

—No, que yo sepa —dijo en un tono animado. Según Oscar Wilde, ser original significa ocultar los orígenes. Lo recordó sombríamente para su propia diversión.

—Sé que estoy preguntando demasiado, pero estoy fascinada —dijo Ba. En realidad, estaba intentando sustituir a Flora con la cháchara. Flora, que estaba sentada mirando el fuego, a muchas leguas de ambos—. ¿Cómo pones nombres a tus personajes, por ejemplo? A menudo me lo he preguntado. Dickens se inspiraba en nombres de tiendas, ¿no? Pero los suyos siempre me han parecido muy descabellados.

—Es difícil de decir. Pensé en Armitage Ware para uno de mis personajes —dijo Patrick, intentando ser participativo—. Pero el caso es que me sonaba de algo. Luego descubrí que era el nombre de mi lavabo.² Lo veo todos los días, pero sólo lo había recordado en mi inconsciente.

—Es un buen nombre —dijo Ba, muy seria.

—¿El qué es un buen nombre? —preguntó Flora, volviendo a ellos.

—Armitage Ware —dijo Ba.

Flora negó con la cabeza, desconcertada.

Mientras preparaba la cena, la señora Lodge pensó que se tenía que haber mordido la lengua. ¡Vaya día! Al abrir el horno le llegó un olor fuerte a mantequilla y grosella. Sacó la tarta y la espolvoreó con azúcar. Era una tarta bastante espectacular; en el centro, tenía una rosa realizada con la masa con pequeñas hojas dispuestas a su alrededor.

«¿Cómo se me ha podido ocurrir?», se preguntó.

Pero el ambiente en esta casa siempre había sido tan abierto, tan lleno de luz, que nunca había pensado que pudiera haber secretos.

El domingo por la noche, cuando volvía de visitar a su hijo, al doblar la esquina de Crescent había visto salir a Elinor, y a Richard, que estaba en la puerta, despidiéndola.

Para cuando la señora Lodge llegó a la casa, la puerta principal estaba ya cerrada. Cuando entró se topó con Richard, que venía de la sala de estar con dos copas en la mano. Él le preguntó cómo había pasado el día y ella le contó un poco, pero no tanto como le habría contado a Flora, porque sabía que los hombres sentían poco interés por descripciones detalladas de las cosas cotidianas. Luego ella le cogió los vasos de la mano y se los llevó al sótano. Reconstruyó cómo se habían desarrollado los hechos en su mente, como si la estuvieran interrogando en la comisaría.

La reacción de Flora, arriba, hacía tan sólo un momento, había dejado bastante claro que no sabía nada de la visita de Elinor. «Tal vez él se olvidó — pensó la señora Lodge—. Probablemente sólo estuvo un rato.»

Luego oyó voces en la entrada y cómo la puerta se cerraba; después no hubo más voces. Entonces se habían ido los dos. Puso a calentar las patatas, y rápidamente un olor a menta invadió las escaleras, y recibió a Richard cuando regresó.

—Richard —dijo Flora cuando aquella noche estaban en la cama. Había esperado a que estuvieran en la oscuridad, para que no la viese sonrojarse.

—Sí, cariño —dijo él en tono benévolo, temeroso de que ella quisiera seguir hablando de la marcha de la señora Lodge.

—¿Estuvo aquí Elinor Pringle el domingo, cuando yo estaba en casa de mamá?

—Sí.

No vaciló en su respuesta y se sintió algo más reconfortada.

—Bajaba por la calle cuando yo estaba metiendo el coche en el garaje, y la invité a una copa. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué no me lo contaste?

—No lo sé. No me acordé.

—Pero, cariño, ayer mismo te dije que hacía siglos que no los veíamos. ¿Por qué no me contaste entonces que la habías visto el domingo por la tarde?

Ahora sí vaciló, y, en lugar de responder a su pregunta, pues no podía hacerlo, le preguntó con frialdad:

—¿Adónde quieres llegar, Flora?

Richard perdió un tiempo precioso preguntándose cómo diablos se había enterado, cuando debería haber tenido una respuesta a la pregunta, que, después de uno o dos segundos, ella le hizo de nuevo.

—Sinceramente, no lo sé —dijo—. No debía de estar muy atento a lo que me decías.

Esa respuesta apenas se sostenía y él lo sabía.

—¿La ves mucho? —preguntó ella en voz baja.

—Últimamente no. Ya te conté que había cenado varias veces en su casa, cuando estabas en el hospital.

—Pero entonces estaba Geoffrey.

—¿Qué diferencia hay? Cariño, no sé adónde quieres llegar, pero no hay nada que ocultar, que no pueda contarse, entre Elinor Pringle y yo. Te lo aseguro.

—Espero que así sea.

No parecía estar nada contenta. Sabía que había sido un mal día para ella, y encima sólo faltaba ese pequeño malentendido que él había creado, sin saber muy bien por qué.

—No pensarás que hay algo que yo no quisiera que supieras —insistió.

—No. Lo siento —respondió resignada, con un hilo de voz poco convencida.

Richard la acercó hacia él.

—Mi querida niña —dijo, y su voz recobró confianza al sentir cómo ella se relajaba recostada contra él—. La pobre Elinor es muy agradable, pero no como para enamorarse, si es lo que estás pensando.

Aunque no estaba enamorado de Elinor, eso era cierto, se sintió muy avergonzado de hacer esto, era espantoso: compadecer a una mujer delante de otra. Era para salvarse y para asegurar la tranquilidad de Flora, pensó, buscando excusas. Sabía que hacía falta poco para que Flora se sintiera dolida. Ése debía de ser el motivo que le había llevado a ocultárselo. Realmente, no se le ocurría otro.

La tarde siguiente, Patrick y Meg fueron al zoológico. Eran las vacaciones de verano, y, aunque Meg no podía permitirse el lujo de viajar, el hecho de no tener que ir a trabajar, poder acostarse más tarde, evitar las horas punta, tener tiempo para cocinar otros platos, además de los estofados para Kit, ya eran suficientes

vacaciones para ella. Hacía un día caluroso. El calor irradiaba desde las aceras. Los árboles, el agua, las barandillas de hierro parecían bañados en luz dorada. Los leones bostezaban lánguidamente.

La sorpresa de salir con Patrick una tarde, pasear con él a la luz del día había sido un maravilloso regalo adicional esa semana. No le gustaban demasiado los zoológicos, pero se enfrentaría a los animales que iban de aquí para allá en sus jaulas, con tal de estar con él, e incluso, con un pañuelo en la nariz, lo acompañaría a la Casa de los Pequeños Felinos. Tuvo que apartar la mirada para no ver los ojos trastornados de un hermoso serval negro que se agitaba furiosamente detrás de los barrotes, sin darse por vencido, moviéndose de un lado a otro con rapidez.

—Vamos, voy a tener pesadillas —dijo, y lo cogió del brazo con la intención de conducirlo hacia la puerta.

Se animó cuando se sentaron en un banco para ver cómo las focas entraban y salían tranquilamente del agua, produciendo un fresco chapoteo en aquella tarde abrasadora.

Que Patrick la llevara a un lugar así la hizo sentirse como una niña mimada, e, instintivamente, reaccionó con el entusiasmo adecuado, aunque su niñez, huérfana de padre, había carecido de las diversiones propias de la edad y tenía muy poca práctica en cómo comportarse.

—Pareces feliz —dijo Patrick.

El rostro de Meg, de piel oscura, de aspecto casi oriental, solía reflejar siempre una expresión de ansiedad; pero hoy, en cambio, parecía no tener preocupaciones. El trabajo de Kit suponía una ayuda económica, y él estaba más contento: incluso había una mujer joven y agradable en la recepción de su empresa, a quien su hermano había llevado a Towersey a almorzar uno o dos domingos.

—Si se casa de repente, te vas a sentir sola —dijo Patrick cuando ella se lo contó.

Había utilizado «de repente» para sugerir que la lejana eventualidad de un matrimonio de Kit tal vez se daría cuando la propia Meg ya estuviese casada.

—Nunca creí que estaríamos juntos toda la vida —dijo.

—No, claro que no. Y tú también te casarás.

No quería ensombrecer su tarde, pero había surgido la oportunidad de decir algo que le parecía que hacía tiempo que debía haber dicho, y no podía dejarlo pasar.

—Quizá —dijo ella.

Él pretendía transmitir algo más, lo sabía, y ella deseaba responder algo como: «Me conformaría con la amistad de un querido compañero; en realidad, puede que sea lo único que quiero». Pero en lugar de eso, dijo:

—Sí, tal vez me case algún día.

Todo había terminado, estaba todo dicho y oído. Él sintió un alivio casi físico, como cuando uno tose flema.

—¿Qué clase de persona es Elinor Pringle? —preguntó mientras caminaban.

—No la conozco mucho.

—¿Y crees que Richard la conoce?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Es algo extraño; la otra noche, cuando estuve allí, la señora Lodge le dijo a Flora que ella, Elinor quiero decir, había ido a ver a Richard mientras Flora estaba fuera. Fue bastante evidente que había gato encerrado, porque Richard, al parecer, no había mencionado esa visita.

—Yo diría que se olvidó.

—A Flora no le pareció tan obvio.

—No sé por qué crees que tiene importancia.

—Porque Flora lo cree. Ba y yo pasamos un cuarto de hora embarazoso con ella. Al principio, dijo un montón de tonterías con nerviosismo, y luego se quedó mirando fijamente el fuego, como si no estuviéramos ahí, lo cual procuramos cumplir tan pronto como pudimos escapar.

—Pero están felizmente casados. Es el matrimonio más feliz que conozco.

—Bueno, eso creía yo, y estoy seguro de que Flora también lo creía; lo que no sabemos es lo que piensa Richard.

Meg nunca se había imaginado que tendría que proteger a su amiga de algo así: un marido descarriado, un entramado de secretos y evasivas.

—Estoy segura de que no ha sido nada —dijo.

—Cuando fui a ver a Flora al hospital me contó que Richard estaba cenando con los Pringle. A la mañana siguiente, leí en un periódico que Geoffrey estaba

en el extranjero en una delegación o conferencia. ¿Para qué contar mentiras piadosas?

—Eres un poco cotilla, Patrick.

—Sí, lo soy —reconoció abiertamente.

Se detuvieron para mirar a un mono pequeño y tristón. Estaba balanceándose sobre la rama de un árbol, mirando a la multitud. La risa de la gente, cuando hacía movimientos nerviosos, cuando se movía, como un anciano con reuma, para adoptar una postura más cómoda, realzaba su triste mirada, la convertía en una recriminación. Inclino la cabeza, bajo la mirada hacia su nariz chata y, después, giro los ojos dorados lentamente, sin pestañear, hacia Meg, le sostuvo la mirada y se acercó a ella a través de la rama. Metió la pequeña mano entre la rama. Tenía unas uñas ásperas, rotas, como las de un niño abandonado. Ninguno de los dos se movió durante un rato, sin dejar de mirarse. Meg sintió que había un intento de comunicación; de culpa o de disculpa por su parte; por la de él, no sabría decir. No sabía si sus ojos firmes carecían de expresión o si, simplemente, tenían siempre la misma. ¿Era un vacío o una tristeza aturdida? Parecía como si le molestaran los destellos de inteligencia, tal vez alterado por la idea de que el mar de rostros pálidos que se movían frente a él y sus sonoras risas incomprensibles tenían algún significado. Por fin se dio la vuelta, se puso a golpear el pecho y Meg se alejó sin mirar atrás.

—Debe de ser así cuando visitas a alguien en la cárcel —le dijo a Patrick—. Inútil.

—Pero qué simpática eres —respondió él—. Hasta los monos te quieren y te eligen como amiga.

Era lo máximo que podía ser, pensó ella, la persona simpática de su vida. Se esforzaría para no ser menos.

—La próxima vez que tengamos una tarde libre iremos a un lugar menos triste —dijo Patrick.

Ya no se proyectaban sus sombras en los senderos soleados, y cuando llegaron a la salida, él preguntó:

—¿Tienes tiempo para tomar algo en ese pub de Baker Street?

Era su manera de hacerle saber que su encuentro con él estaba llegando a su fin.

Se adentraron en el brillante remolino del tráfico en hora punta.

Ella tenía todo el tiempo del mundo. Era él quien no lo tenía. No era viernes por la noche.

Z. Compañía inglesa dedicada a la fabricación de productos sanitarios. Se fundó en 1817 y ha existido hasta hoy con diferentes nombres. (*N. de la T.*)

Capítulo 15

Siguió haciendo calor, pero ahora su naturaleza era otra. Los cielos despejados y soleados empezaron a encapotarse, se contrajeron, como ocurre antes de la tormenta.

El pequeño piso de Patrick era sofocante. Al caer la tarde, cuando no venía Frankie, adquirió la costumbre de caminar por las tranquilas calles a la espera de que refrescara para poder meterse en la cama.

La ciudad era un horno: las cortinas colgaban sin movimiento en las ventanas amplias e iluminadas. En un barrio cercano, de gente de color, los antillanos se sentaban en los porches o se apoyaban contra las barandillas en grupos silenciosos, abanicándose con sus sombreros de ala ancha, relajados, por una vez, en esta ciudad extraña.

Había un aire de descuido, casi como en tiempos de la guerra, pensó Patrick. Tranquila, ociosa, la gente deambulaba por las calles, paseando, riendo, mirando los escaparates de las tiendas; pero, a diferencia de lo que sucedía cuando la guerra, todas las puertas de los pubs estaban abiertas, mostrando el brillo vacío de su interior. Nadie quería estar dentro demasiado rato.

—Bochorno —dijeron las camareras, coincidiendo con los clientes que entraban—. Ha sido demasiado repentino, ¿no? Parece que va a haber tormenta.

En Towersey, la gente se sentía atraída por el río. Liz Corbett, que había salido del pub The City of London, se inclinó sobre un pretil y contempló el agua oscura y sucia. Había pasado la mayor parte del día recogiendo desechos. Su cubo de basura estaba hasta arriba.

Había sido un día decisivo. ¡Esta cantidad de trastos!, había pensado de repente esa mañana al ver con repugnancia las naturalezas muertas que se estaban desintegrando, la jarra desportillada y los demás escombros polvorientos. Habían cumplido su propósito. Estaba convencida de que tenía suficientes formas, patrones, colores en la cabeza como para que le duraran la

vida entera. Todo el día había tenido una sensación de cambio: una impresión de haber perdido el control, de haber sido dominada.

No podía seguir en el bar. Hacía demasiado calor. Después de su segunda cerveza se sintió achispada, sin fuerzas. Era como si flotara, y cruzó la calle para apoyarse en el parapeto; allí estaba cuando vio a Kit andando por el muelle.

Desde el punto de inflexión que supuso su enfrentamiento, Kit la había visto un par de veces; en una ocasión, como iba con Meg, se sintió obligado a hablar con ella. Pero mantuvo una gran distancia, y, cuando más tarde su hermana hizo un comentario sobre su frialdad, él intervino:

—Tuvimos una discusión —(por decirlo suavemente, pensó)—. Nada importante.

Esa noche, al verla apoyada contra el muro a la luz de la farola, hubiera querido evitarla, pero no había forma de hacerlo. Ella se volvió, lo miró y, como él vacilaba, preguntó:

—¿Todavía tienes ese trabajo? Espero que sí.

—Sí, todavía estoy allí.

—Lo aceptaste por lo que te dije, ¿verdad? Estabas enfadado.

Se notaba el triunfo y la burla en su voz: el triunfo del misionero exitoso que, a pesar de todo, no puede resistir burlarse del converso.

—No tiene nada que ver contigo —dijo Kit en un tono de indiferencia—. Nada de lo que dijiste podría afectarme.

Pero no era verdad. Sus palabras ciertamente lo habían espoleado, le causaron una enorme sacudida, para bien, al parecer.

—¿Así que todavía estás enfadado?

Quería retenerlo. Por lo general era autosuficiente, pero esa noche Liz quería compañía, un respiro antes de cualquier trabajo que fuera a emprender al día siguiente.

—Estaba indignado en ese momento. Ahora lo he olvidado.

—¿Entonces me ayudarías a bajar el cubo de basura?

—¿El cubo de basura?

—Tengo que sacarlo a la calle y pesa demasiado.

¿Cómo iba a negarse?

Dio media vuelta y cruzó la calle. Él la siguió por la conocida escalera, que

crujía al pisar. El cubo estaba en el pequeño rellano de arriba, atestado de trastos de su vida pasada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al ver el perifollo y la jarra partida en dos.

No podía decírselo a nadie, apenas lo sabía ella misma. Sin responder, agarró un asa del cubo, como si no tuviera tiempo que perder dando explicaciones. Lo bajaron lentamente por la estrecha escalera y cruzaron la acera hasta el bordillo. La tarde era tan bochornosa que incluso este pequeño esfuerzo había hecho que le sudaran las manos y la cara. Él la miró, incapaz ahora de despedirse abruptamente y seguir su camino.

—¿Te apetece una copa? —le preguntó.

Liz asintió.

«Tener dinero le había dado confianza», pensó. Se quedó impresionada cuando le preguntó incluso qué le gustaría tomar. Esto era muy diferente de los viejos tiempos.

—Sólo cerveza —dijo.

Se sentaron, como siempre, en la mesa de la esquina. El propietario y uno de sus clientes habituales se lanzaron unas miradas. Era todo muy parecido a como había sido antes, salvo que nunca volvería a acostarse con Liz, y ella lo sabía.

Meg no podía dormir. La ventana era un cuadrado tan pequeño que entraba muy poco aire. Oyó que el reloj de la iglesia daba las once. Kit se retrasaba más de lo habitual, pero no se preguntó dónde estaba. Era una relación extraña la que tenían últimamente; se iban y volvían a diferentes horas, intercambiaban un par de frases cuando uno entraba y el otro salía, se dejaban notas sobre la mesa, nada de confidencias. Lo quería mucho y siempre lo había querido, pero no sabía nada de él, ni él de ella. Se diría que era casi azaroso que compartieran su existencia en esta pequeña casa.

«Pero el día que se vaya, que se irá, será muy extraño», pensó. Apartó esa idea de su mente. No tenía sentido ir por esos derroteros. Así que dio la vuelta a la almohada para buscar el lado más fresco e intentó retomar el sueño.

Al día siguiente, el tiempo cambió. Richard tenía asuntos que resolver en High Wycombe y luego se acercó a ver a la madre de Flora.

La atmósfera previa a la tormenta había afectado mucho a la señora Secretan,

había tenido dolor de cabeza y un mal presentimiento todo el día. Encontró a la señorita Folley especialmente irritante. A medida que pasaba el tiempo, ésta se había dado cuenta de que podía pensar en otras cosas aparte de en su orgullo herido; pero las cicatrices seguían ahí. Aún no podía quitarse algunas cosas de la cabeza. Si decía algo sin pensar y luego, al reflexionar, se imaginaba a la señora Secretan sonriendo o escribiendo una carta a Flora, era capaz de pasarse el resto del día enfurruñada y a la defensiva.

La señora Secretan sintió que se ahogaba mientras trabajaba en el jardín cortando rosas muertas. Procuró olvidar el dolor en el pecho y cuando vio que no podía, intentó convencerse a sí misma de que era hipocondríaca. «Eres una anciana morbosa», se dijo con firmeza. No sirvió de nada. A medida que transcurría el día, sus pensamientos se fueron centrando más y más en la muerte; era como si esas enfermizas fantasías llegaran a su mente vacía y la ocupasen por entero.

Antes de la hora del té, una brisa repentina alborotó el jardín, y todos los arbustos y ramas comenzaron a agitarse. Vacío su cesta de jardinero en el montón de basura y entró en casa.

¡Muerte!, decía su dolor, mientras paseaba de un lado a otro del salón. A veces, creía que se estaba acostumbrando a la idea. Cuando llegara, había decidido que iba a ser lo más pacífica posible. Era lo último que podía hacer por Flora: eliminar de su vida, quizá, el horrible miedo a la muerte. En otras ocasiones, se apoderaba de ella el pánico, se sentía atrapada, aterrorizada, como aquella tarde. Era incapaz de concentrarse en nada.

De pronto, la lluvia empezó a caer con fuerza. Miró por la ventana. Las espuelas de caballero eran de un azul desvaído comparado con el verde empapado de la hierba y las hojas. Las gotas caían como bayonetas sobre los macizos de flores. Se oyó un trueno y al principio la señora Secretan creyó que era la señorita Folley en el piso de arriba tratando de cerrar con impaciencia un cajón que se había quedado atascado.

¿A quién recurrir?, se preguntó. Se lo preguntaba a menudo. Últimamente, había pensado mucho en su marido ausente. A él sí le podría haber pedido ayuda en la enfermedad; pero a su hija no.

El coche de Richard entró por la verja y subió despacio por el camino; la

lluvia repiqueteaba en el tejado. Increíblemente, vio cómo daba la vuelta en el camino de grava y se detenía; corrió a la entrada para abrirle la puerta.

Por su cara alegre, supo de inmediato que todo iba bien, que no había venido porque le hubiera pasado algo a Flora.

—No, sólo he venido a hacerte una visita —dijo en respuesta a sus preguntas—. Creía que te alegrarías de verme.

—Ay, sí, me alegro, me alegro —respondió. Entraron en el salón, la señora Secretan cerró la puerta, se apoyó en ella agotada y dijo—: Creo que nunca he estado tan contenta de ver a alguien en mi vida.

La miró sorprendido. Estaba muy pálida, más delgada, su cara de angustia era como la de un niño asustado.

—Me encuentras en las últimas —dijo hundiéndose en el sofá—. Si hubiera sabido que venías, habría intentado animarme. ¡Qué día! Estaba deseando tener un poco de tranquilidad, ¡y aquí estás! Como un milagro, una respuesta a mis plegarias.

Richard se sentó a su lado en el sofá y la miró con preocupación.

—¿Te encuentras bien, querida? —preguntó.

No podía ser sólo la tormenta lo que la tenía tan alterada.

—No, me temo que no estoy bien, Richard. He tenido tanto miedo durante tanto tiempo... Pero no quiero que nadie se preocupe. No quiero que Flora se preocupe.

—¿Qué te pasa?

—Achaques. Un dolor en el pecho. —Fue un gran alivio decirlo, casi provocó que desapareciera.

—¿Qué dice el médico?

—No he ido. La verdad es que no me he atrevido.

—Mi querida Alice —dijo Richard. Nunca la había llamado por su nombre. Tomó una de sus manos temblorosas y la sostuvo firmemente—. Antes de irme, te llevaré al médico. Sabremos la verdad y te quedarás más tranquila.

—No servirá de nada. Él nunca me diría la verdad si fuera algo malo. Hemos sido tan buenos amigos y vecinos.

—Bueno, es lo que vamos a hacer de todas formas. Vamos a ir a su consulta en cuanto abra.

—Nunca he estado en su consulta —protestó.

—Vamos a ir esta tarde. Nos sentaremos juntos y leeremos la revista *Punch*. Luego te traeré de vuelta a casa y podrás dormir toda la noche. Tienes aspecto de no haber dormido en siglos.

—Sí. Es verdad —murmuró.

Pero supongamos que es algo serio, supongamos que dormir bien no es una opción, pensaron los dos. «Me tendría que quedar con ella —se dijo Richard—. Llamar a Flora. Inventar alguna historia para que no se pusiera nerviosa.»

La señorita Folley trajo el té y les miró con curiosidad. Cuando se fue, la señora Secretan dijo de repente sin emoción:

—No puedo ir, Richard. No soy capaz de reunir las fuerzas suficientes. —Miró impotente la bandeja de té y luego levantó la tetera—. Me temo que es un té un poco soso —dijo.

—¿Sabes lo que creo? —dijo Richard—. Que necesitas un cambio radical. Algo emocionante. No debe de ser nada divertido estar aquí encerrada siempre con... —Señaló hacia la puerta cerrada con un bollo en la mano.

—Tengo a mis amigos del pueblo. —«Pero no tantos como antes y no tengo ninguno nuevo», pensó.

—Algo completamente diferente —insistió él, pensándolo mucho. Esta conversación era para distraer su atención de la tarde que tenían por delante.

—Si miro hacia atrás —reconoció—, todo parece haber estado centrado en Flora. No creo que ninguna madre supere realmente la pérdida de su hija. Ay, estas cosas no las debería decir, y menos a ti... Quizá la convertí en el centro de mi vida. Es posible que haya exagerado. Desde que se fue, he ido a la deriva. No es que haya estado desperdiciando mi vida, pero últimamente no la he aprovechado como debería, y eso produce una desagradable sensación de culpa. En fin, no sirve de nada lamentarse ahora.

—Sí que sirve. Nunca es tarde para vivir la vida. Piensa en todo lo que podrías hacer —añadió apresuradamente—. Eres muy afortunada. Por ejemplo, tienes dinero de sobra para viajar.

—Querido, no he viajado desde que murió Edward.

—Pero piensa en el ahora, en el ahora, por el amor de Dios.

—Ay, cielo santo, no podría viajar sola. Y, en cualquier caso, quisiera dejar

todo lo que tengo a la pequeña Alice.

—No. No hay que hacer eso. El dinero es para gastarlo, no para dejárselo a otros. Alice se las arreglará. A mí tampoco me va tan mal.

—Por supuesto... No quería decir eso... Es sólo que...

—Los niños tienen su vida por delante. No me gustan los testamentos. Cuando leo sobre testamentos en los periódicos, pienso: «Pobre señor tal. No pudo gastarse los últimos veinte mil». —Lo decía un poco en contra de lo que pensaba realmente, con tal de persuadirla—. Piensa en los lugares a los que podrías ir —prosiguió—. Florencia, Roma, Grecia, Turquía, Bangkok...

—¿Bangkok? —repitió débilmente.

—Sí

Lo miró asombrada, pero cuando fue a buscar el sombrero y los guantes para ir con él, estaba tan llena de planes audaces que su dolor parecía haber mejorado considerablemente.

—No estaré fuera mucho rato —le dijo a la señorita Folley.

—Llegamos justo a la hora —dijo Richard, mirando el reloj y guiñando un ojo a su suegra.

—No le dirás a Flora dónde he estado —suplicó la señora Secretan mientras subía al coche.

—No se lo diré a Flora —prometió. Pero deseó que no tuvieran que estar demasiado rato.

Nadie fue a visitar a Flora esa tarde. La lluvia que recorría las calles, la completa desaparición de los taxis probablemente impidió que lo hicieran. Aislada por el mal tiempo, se sintió un poco alicaída y triste mientras esperaba a que Richard volviera.

El día había estado dominado por su sueño de la noche anterior, en el que ella llegaba a su propia casa como una extraña. Caminaba a lo largo de Beatrice Crescent, iluminada por una extraña penumbra, preguntándose quién era y por qué habían cortado el laburno que había en el jardín. Una vez en casa, todo había cambiado: los grabados de rosas habían desaparecido del salón, las cortinas de flores eran lisas; no había fotografías en las habitaciones, y el espejo sobre la chimenea no reflejó nada cuando se miró en él. El terror se apoderó de ella

mientras recorría la casa. La ropa de alguien colgaba en su armario: abrigos grises, horribles vestidos de lana, como esos que había en los mercadillos en los que ella había ayudado de niña. La señora Lodge estaba todavía en la cocina, pero no levantó la vista y, aunque Flora se esforzó en hablar, no la vio desde la mesa donde estaba pinchando grosellas con un tenedor; la fruta caía, como pequeñas gotas de sangre, en un cuenco; los labios de la señora Lodge eran una línea fina. El esfuerzo vano por hablar provocó que a Flora le entrara el pánico y huyera de la cocina, arriba, arriba, sin rozar las escaleras, a la habitación de Alice: allí estaba la niña, acostada y durmiendo pacíficamente. Quienquiera que fuera el que se había apoderado de su casa y había hecho tantos cambios, había mantenido intactas a la señora Lodge y a Alice. Pero ¿qué pasaba con Richard? No se veía ni rastro de él. ¿Lo habían echado con los cuadros de las rosas y las otras cosas bonitas? No sabía si prefería que lo hubieran conservado o descartado. Se despertó inquieta, contenta de encontrarlo en la cama con ella, roncando suavemente. Una vez había oído que los ronquidos eran una señal de ira reprimida, por lo que lo tocó ligeramente en el hombro, para que parara. Él no tenía ningún motivo para enfadarse.

Como era el día libre de la señora Lodge, Flora había preparado un plato especial para la cena de Richard: su pastel de carne favorito. Hoy tenía la sensación de que debía satisfacerle, cautivarlo con cualquier pretexto que pudiera servirle. Éste en particular, el pastel de carne, lo sacó del horno y lo volvió a meter varias veces. Parecía que la pasta estaba endureciéndose.

Dio vueltas por la casa, fue a ver a Alice en repetidas ocasiones, pero, igual que en el sueño, Alice dormía pacíficamente, con las piernas sobre la colcha ligera y el pelo pegado a la cabeza como plumas húmedas.

Richard se retrasaba más que nunca y Flora comenzaba a sentirse desgraciada. Dondequiera que estuviera —Dios sabía dónde, en algún lugar, en cualquier lugar, en la creciente oscuridad y la lluvia—, no podía llegar hasta él y suplicarle, hacerle saber lo enojada que estaba, explicarle que el pastel se estaba echando a perder, decirle que la imagen de Elinor Pringle le venía a la cabeza constantemente. Él había dicho que Elinor no era digna de ser amada, pero sus palabras habían resultado no ser más que un consuelo temporal. Se las repetía a sí misma y las rechazaba, aunque tenía muchas ganas de aceptarlas.

«¿Son celos?», susurró a través de sus dedos entrelazados nerviosamente. Esa palabra —el nombre de lo que estaba sufriendo— la asustaba. Hasta entonces no había tenido ningún significado para ella.

Cuando por fin llegó Richard, la encontró en el salón en penumbra, llorando. En la cocina, el pastel volvía a estar fuera del horno por cuarta vez. Corrió escaleras abajo, escapando de su abrazo, y lo volvió a meter. Richard bajó tras ella.

—¿Alice está bien? —preguntó, porque no conseguía que Flora dijera algo coherente, no había ninguna explicación a sus lágrimas, sólo más lágrimas. «¡Vaya día!», pensó. La complicada entrevista de negocios de la mañana era ahora la menor de sus preocupaciones, casi se había olvidado. Estaba empezando a enfadarse y tenía hambre, pero se le iba a pasar la hora de comer, las molestias en su estómago se dejaban sentir—. Fui a ver a tu madre —dijo.

—Pero ¿todo ese rato? Ella nunca habría dejado que te quedaras tanto tiempo y que yo me preocupara de esta forma.

Bien, había prometido que no diría nada acerca de la visita al médico, y estaba decidido a cumplir su promesa, se dijo abatido. El riesgo de preocupar a Flora por la salud de su madre —y sin duda las palabras tranquilizadoras del doctor, que había acallado cualquier preocupación, habrían descartado el peligro — le pareció menos relevante que tener a Flora inquieta por su paradero. Por otro lado, ahora su madre se sentiría un poco avergonzada por todas las fantasías enfermizas que había tenido. No quería que Flora las supiera.

—Voy a comer un poco de pastel —dijo—. ¿Y tú?

—No podría comer.

—Bueno, me lo comeré aquí.

Se sentó a la mesa de la cocina.

—Pero he puesto la mesa en el comedor. Y a lo mejor aparece la señora Lodge. Estoy segura de que el pastel todavía no se ha calentado. Ay, Richard, ¿dónde estabas? Si supieras la tarde que he pasado.

—Me tomo la molestia de ir a ver a tu madre y cuando regreso se me acusa de todo tipo de actos sin nombre —empezó a gritar; tenía el estómago revuelto, comenzaban las punzadas—. ¿Qué diablos crees que he estado haciendo? ¿Dónde crees que he estado?

Ella guardó silencio, dejó de llorar y se quedó mirándolo. Luego, muy lentamente, fue al cajón del aparador y sacó un cuchillo y un tenedor.

—¡No te molestes! —dijo—. Ya me has fastidiado. Ahora no quiero nada. Crees que he estado con Elinor Pringle, ¿verdad? —Ella puso el cuchillo y el tenedor sobre la mesa, sin decir nada. Él los apartó a un lado—. Ah, ya veo. Tienes a esa mujer en la cabeza, ¿no? Bueno, pues relájate. Te puedo asegurar que está fuera. Se ha ido a la costa con su marido. Southend, o Margate, o algún sitio parecido. A una conferencia.

—Sé que no le interesa nada la política, Richard.

—Así que me estás llamando mentiroso. Te digo que se ha ido.

—Ay, no me grites. Por favor, no me grites. Lo siento mucho. Estoy avergonzada. Estaba nerviosa y el tiempo pasaba tan despacio que se me llenó la cabeza de ideas horribles. Además, he tenido un sueño muy desagradable, una pesadilla más bien, que me ha perseguido todo el día —balbuceó.

Él no lograba entender de qué estaba hablando, pero al ver que parecía calladamente compungida, su enojo se desvaneció, y cuando Flora le puso el pastel de carne delante, él volvió a colocar el cuchillo y el tenedor en su sitio, y observó cómo cortaba la corteza. Puso unas verduras desabridas sobre la mesa y él empezó a comer.

Después de un rato, ella se acercó y lo besó en la frente, y su ceño fruncido se suavizó.

—Perdóname —suplicó.

—Sólo si no vuelves a pensar en todo eso —dijo, notando que recuperaba su autoridad—. Tienes que prometerme que confiarás en mí.

—Sí, por supuesto.

Se sentó a verle comer.

—Ahora te lo puedo contar —dijo en cuanto terminó—. Voy mandar a tu madre a dar media vuelta al mundo. Por eso he tardado tanto, estaba intentando convencerla de que se fuera.

Flora lo escuchó sorprendida y resignada.

—Necesita desesperadamente unas vacaciones, un cambio. Lleva años sin viajar.

—Fue a ver a mi tío y se quedó allí dos semanas el otoño pasado —señaló

Flora—. De todos modos, está tan contenta en casa. Tiene a todos sus viejos amigos cerca, y la señorita Folley es tan fiel... ¿No se sentirá terriblemente sola si se va?

—Le sentará bien, le permitirá pensar en otras cosas aparte de en sí misma.

Todavía estaban hablando de ello cuando regresó la señora Lodge.

—Lo siento —dijo Richard—. He llegado tan tarde que no valía la pena servir la cena arriba.

—Está bien, señor —respondió ella, lanzándole una mirada de desaprobación.

Llevaban un rato en la cama cuando Flora preguntó en voz baja:

—¡Richard! Richard, ¿cómo sabes que Elinor está fuera?

Pero Richard fingió estar dormido.

A la mañana siguiente, la señora Secretan se despertó preparada, como de costumbre, para analizar su situación con valentía; luego, lentamente, se dio cuenta de que no necesitaba esa valentía.

«¡Mi querido Richard!», pensó, mirando al techo con los ojos llenos de lágrimas de alivio y gratitud. Había hecho más por ella que nadie en toda su vida; ni siquiera Flora.

Se levantó y se acercó a la ventana. La mañana estaba brumosa, el sol se filtraba débilmente a través de las nubes. El cielo parecía papel de arroz.

Por fin podía disfrutar de lo que amaba, en lugar de sentir tristeza: su jardín, el río, el mundo más allá, tan allá como deseara. «Te voy a vigilar de cerca», había dicho el doctor Wilson. Estas palabras le dieron confianza, una sensación de seguridad y de estar en manos de alguien. Aunque ya no habría más dolores: se habían disuelto allí, en la consulta, la tarde anterior. Los temidos nombres de enfermedades habían perdido repentinamente su poder: cáncer, angina de pecho, trombosis coronaria.

Se vistió, fue al piso de abajo y salió al jardín, que estaba reluciente por la lluvia de la noche anterior, lleno de briznas y telarañas. Sin embargo, toda esa fuerte lluvia no había lavado las rosas. Cerca de las paredes, la roya en los brotes era como un bordado de puntadas gruesas de color verde brillante. Tendría que ponerse a trabajar de nuevo: dejar atrás el estado de apatía al que había sucumbido recientemente.

Las palomas de Flora caminaban sobre el tejado, otros pájaros bajaron al césped para meter el pico entre las briznas de hierba, en la tierra ablandada por la lluvia. El paisaje se había limpiado, estaba radiante, renovado, como su corazón.

Salió del jardín hacia el camino de sirga. Solía pasear por allí con Edward y Flora, y ahora se sentía bien andando sola. Esta mañana, el río estaba blanco como la leche, brumoso, flanqueado por brillantes juncos de color esmeralda. Los pequeños lirios amarillos, que olían a almendras, aún estaban firmemente cerrados, se abrirían más tarde cuando el sol se hiciera notar. Vio una garza, luego un martín pescador, aunque ahora ya no eran tan corrientes como cuando ella, siendo joven, llegó a este lugar.

Después de un rato, dio la vuelta y comenzó a caminar de vuelta a casa. «Tengo hambre», pensó, exultante.

Desde la ventana de su habitación, la señorita Folley vio las pisadas sobre el césped mojado. Se levantó y bajó a preparar el desayuno. Cuando la señora Secretan entró por la puerta de atrás, olió el beicon, los tomates fritos y el café hirviendo en la cafetera.

—Tengo un hambre... —dijo dirigiéndose a la cocina.

—Debería cambiarse los zapatos. Están mojados —dijo la señorita Folley.

—No importa. ¿Sabe qué? Hoy nos vamos a dar una pequeña alegría. Vamos a llamar a un taxi y saldremos a almorzar. Al Compleat Angler o algo así. ¿Le gustaría?

El rostro de la señorita Folley se iluminó.

—Había encargado chuletas —dijo—. Pero aguantarán hasta mañana.

La señora Secretan le dio la vuelta a una tostada en la parrilla.

—Nos estamos anclando demasiado en nuestras costumbres —dijo—. No podemos malgastar el verano sin hacer nada.

Tarareó una pequeña melodía mientras miraba la tostada.

—Sería estupendo —dijo la señorita Folley—. La verdad es que sería estupendo.

Capítulo 16

Liz Corbett, criatura de hábitos y costumbres disciplinados, había pasado los días del verano sin salir. Su estudio era caluroso y sofocante, pero, de pie delante del caballete, con los pies descalzos e hinchados sobre el suelo polvoriento, apenas notaba las incomodidades.

—¿Adónde ha ido a parar el encanto? —preguntó Patrick con cierta preocupación, una noche, mientras ella daba la vuelta al último cuadro que había terminado para mostrárselo.

—No quiero encantar a la gente. Quiero conmocionar —dijo—. Si alguien está bajo un hechizo es que está medio muerto.

Todas las plumas, las flores, las conchas estaban rotas y deshechas. Las caras pálidas de las chicas se habían deformado, sus facciones estaban reconstruidas de una forma más potente pero desconocida. No se había desperdiciado nada del pasado, pero parecía haber sido objeto de una escisión: las nuevas pinturas eran una forma de *esquizogénesis*, pensó Patrick, apoyando un lienzo sobre los brazos de una butaca y dando un paso atrás.

—En lo que a mí respecta —dijo—, estás sola. Yo ya no estoy ahí.

Se sentía tristemente privado de la vieja magia que su pintura había significado para él, y le molestaba haber alcanzado los límites de su apreciación.

—Tengo el trabajo de toda una vida en la cabeza —dijo Liz, haciendo caso omiso a lo que había dicho—. Tengo que seguir explorando.

Nunca antes había querido hablar de trabajo, no le parecía necesario; pero ahora una excitación creativa, parecida a un estado embriaguez, la impulsó a hablar.

—No voy a poder estar a la altura a partir de ahora —respondió él—. Pero si te pones los zapatos, te llevo al pub a cenar.

Ella buscó con poco interés y encontró un par de sandalias debajo de la cama, a una le faltaba la hebilla; luego empezó a buscar un peine, pero enseguida se dio

por vencida. Bajó las escaleras con la sandalia rota en la mano. En la calle, se la puso y fue cojeando junto a Patrick hasta el pub.

La visión del tarro de salsa de color rojo brillante sobre la mesa, obturado y pegajoso, hizo que Patrick estuviera a punto de vomitar. Pero Liz, pensó, no iba lo suficientemente aseada como para llevarla al hotel.

Ella estaba feliz, una buena jornada de trabajo había llegado a su fin. Cuando les pusieron delante un pescado rebozado en una masa amarillenta y pastosa, estiró el brazo por encima de la mesa en busca de la salsa, la agitó enérgicamente y vertió un grumo enorme en el plato. Patrick miró hacia otro lado. Luego extrajo un trozo de pescado de aquella masa y se lo comió, no sin reparos.

Liz ejercía un efecto curioso sobre él, lo hacía parecer demasiado exquisito para sí mismo, casi se sentía una vieja solterona. Le dio un sorbo al vino. Había sido un error pedirlo; había causado, además, una pequeña conmoción: el propietario había tenido que coger unas llaves y abandonar el local para ver qué podía encontrar. Lo que había encontrado era bastante infame. Patrick dejó la copa y reanudó la búsqueda de trozos de pescado entre aquella masa harinosa. Realmente no se sentía cómodo en un pub.

—¿No te vas a comer eso? —preguntó Liz—. Si no te lo comes tú, me lo como yo.

No paraba de meter el tenedor en su plato y llevarse pedazos de pescado a la boca. Espantó a una mosca —había muchas revoloteando— y tiró su copa. Miró el mantel húmedo con indiferencia, cogió la botella de vino y se sirvió de nuevo, antes de que Patrick pudiera hacerlo por ella.

«Ojalá estuviera con Meg —pensó—. Mi querida, pacífica y sosegada Meg.» Patrick había ido hasta allí para verla, y no era viernes, tan pronto como se enteró de que estaba enferma. La encontró en la cama, con algo de fiebre por la gripe, y rápidamente advirtió que ella prefería que no hubiera ido. Quería estar sola y no tener que hablar ni escuchar, sólo dormir y despertar, a la espera de que bajara la fiebre. Él le lavó suavemente la cara y las muñecas, le arregló el pelo, le puso unas uvas en un plato a su lado y las dos rebanadas más finas de pan con mantequilla que había cortado en su vida. Después la observó mientras las masticaba con dificultad. Pero estaba tan pendiente de disculparse, de darle las gracias, de temer que él se contagiase, que decidió que la estaba molestando

y se despidió.

—He dejado un poco de salmón ahumado, tapado con un plato, en el armario de la cocina —le dijo a Liz—. Si pudieras darle eso para el almuerzo, Kit puede ocuparse de la cena. La llave está atada con una cuerda dentro del buzón.

—No te preocupes —dijo Liz—. Yo me encargo.

—Puede que quiera que le cambien las sábanas...

—No te preocupes.

No podía imaginarse a Liz como una eficiente enfermera, pero la había obligado a prometer que haría lo que pudiera. Fue una pena que Flora se hubiera ido a pasar unos días con su madre. Se habría desvivido de amabilidad y delicadeza en una situación como ésta.

Cuando Liz terminó de comerse su pescado y el de Patrick, se reclinó en la silla y le miró por primera vez en toda la comida. «Saciada», pensó Patrick, apartando la mirada, temeroso de que fuera a eructar. Puso las yemas de los dedos sobre unas migas que había en el plato y después se las lamió. Los platos estaban limpios. No quedaba nada.

—¿Cómo está esa horrible mujer, Flora? —preguntó de repente, como si los pensamientos ajenos, de otras personas, pudieran entrar en su cabeza ahora que había terminado de comer.

—Flora no es horrible. ¿A qué demonios te refieres? Si no la conoces.

—¿Ah, no?

—Adoro a Flora. No permitiré una palabra...

—Sé lo que sé —dijo Liz misteriosamente.

Él terminó su copa de vino y sacó la cartera del bolsillo, harto de sus misterios.

—Tengo que irme —dijo—. No te olvides de mañana.

Pero Liz no iba a desperdiciar más palabras en promesas. Metió el pie en la sandalia rota y cruzó el local arrastrándola. Se despidieron fuera y él se encaminó a la estación. Patrick miró hacia atrás y la vio en la puerta. Se despidió con la sandalia en la mano y volvió a decir buenas noches.

La visita de Patrick no había hecho más que alterar terriblemente a Meg. Había sido tan amable de visitarla, pensó, ni siquiera era viernes; pero la habitación, y

sobre todo ella, allí tumbada, le parecía algo tan sórdido que había sido un tormento.

Le había faltado el ánimo para ordenar el dormitorio, y le había irritado ver el desorden mientras él estuvo allí: la bata, que se había caído al suelo; un vaso sucio con una cuchara dentro, la ropa amontonada en una silla, un ligero colgando, un sostén con una tira que se había desgarrado al quitárselo a toda prisa para meterse corriendo en la cama la noche anterior.

«Si por lo menos hubiera podido lavarme o cepillarme el pelo», pensó, mientras sudaba sobre las sábanas arrugadas; se sobrecogió, horrorizada, cuando se acercó a ella para secarle la cara con un paño húmedo y le retiró el pelo enmarañado de la frente.

Después de que él se fuera, hizo esfuerzos por no llorar, intentó racionalizar su bochorno. «No soy capaz de aceptar nada de él con elegancia», pensó tristemente.

Fue distinto cuando volvió Kit a casa. Estaba contenta y encantada de verlo, enormemente agradecida de que hubiera desistido de hacer una excursión con la chica que conocía del trabajo. Se había apresurado a regresar a casa para estar con Meg y había subido corriendo las escaleras con una bolsa de uvas.

—Ah, veo que ya tienes uvas —dijo—. Las mías no son tan buenas. ¿Quién ha venido? —Se sentó junto a la ventana y se puso a comer uvas de la bolsa escupiendo las pepitas en el jardín.

—Patrick.

Kit hizo un ruido sarcástico.

—Ahí van los Adalat a dar su paseo nocturno —dijo mirando por la ventana a los vecinos de al lado—. La matriarca lleva un sari rosa y tacones de aguja; papá, chaqueta de doble botonadura y unos *winkle-pickers*;⁸ la niña, un gran lazo azul en la cabeza y un pato Donald de plástico en los brazos.

Los vio andar tranquilamente por la calle. Con la ventana abierta, se oían las sirenas de los barcos en el río y, más lejos, una banda que tocaba Gilbert y Sullivan en los Jardines Públicos. En pocos días dejarían de tocar, pues se estaba acabando el verano.

Cuando desaparecieron los Adalat, Kit se volvió hacia Meg, echó un vistazo a su alrededor y decidió ordenar la habitación lo mejor que podía.

—¿Meto esta pila en un cajón? —preguntó recogiendo la ropa de Meg.

Ella asintió. Perderlo de vista sería un alivio. Iba de aquí para allá, colocando cosas en su sitio, y Meg cerró los ojos con resolución, incapaz de ver su torpeza, avergonzada por la poca paciencia que tenía con él.

—Pobre, pobre Meg —soltó de pronto, y no lo dijo sólo porque tuviera gripe—. ¿Cómo está Patrick? —continuó, tratando de ser amable.

—Ay, espero no haberlo contagiado —dijo Meg con expresión irritada—. Y a ti tampoco.

—Ya sabes que yo no me contagio. Y en el caso de que él sí, tampoco será el fin del mundo: no es más que una gripe.

—¿Quién cuidaría de él?

Se hizo un silencio. Ambos estaban convencidos de que sabían quién no lo haría. Entonces Kit, en un tono distinto, dijo:

—Ninguna mujer se aprovecharía de él de la manera que lo hace ese muchacho.

Nunca había mencionado a Frankie, y en cuanto lo hizo, se inquietó por haber elegido ese momento, esa situación.

Meg se limitó a volver la cabeza débilmente sobre la almohada.

—Sabes que cualquiera puede tomar el pelo a alguien.

—No era mi intención..., ojalá no hubiera dicho eso.

—No, no. No importa. Los dos lo sabemos. Todo el mundo lo sabe. ¿Qué vas a cenar?

—Ya encontraré algo.

Fue al piso de abajo y Meg lo oyó trastear, hacer ruido de cazos y llenar la tetera. Meg se sumió en un sopor y se despertó de nuevo con la sensación de que había pasado mucho tiempo. Kit estaba de pie a su lado. La ayudó a incorporarse, con la intención de que se apoyara en las almohadas, y le trajo una bandeja. Había una taza de té y un huevo duro como una piedra. Él la miró, con orgullo y afecto, mientras ella empezaba a comer.

—Cuando termines, te voy a hacer la cama —dijo.

—Eso estaría muy bien.

—El huevo está demasiado hecho, ¿no?

—No demasiado. ¿Tú te has comido uno?

—Me lo voy a comer ahora. ¿Quieres algo más? He encontrado un pastel de chocolate en una caja metálica.

—Nada más, gracias.

Con alivio, apartó la bandeja y se deslizó bajo las sábanas.

—Gracias, Kit. Has sido muy bueno. Estaré mejor mañana —prometió.

8. Los *winkle-pickers* era un tipo de zapato, o bota, que se puso muy de moda en los años cincuenta, en el Reino Unido, entre los seguidores del Rock and Roll. Se caracterizaban por ser muy puntiagudos. (*N. de la T.*)

Capítulo 17

Elinor escapó del hotel, que dominaba el paseo marítimo con su rojo brillante, para mezclarse con los turistas. Lloviznaba y parecía que todos los habitantes de la ciudad estuviesen en movimiento, sin rumbo, arrastrando los pies y vagando por las calles, con gabardinas y capuchas de plástico, feos, mirando los escaparates, entrando en tropel en Woolworths, lamiendo helados, intentando aprovechar al máximo sus vacaciones tardías.

Había marea alta y llegaba hasta los guijarros de la playa. Desde la lejana feria se oía el estruendo y el ruido ensordecedor de la montaña rusa, y gritos, oleadas sucesivas de gritos agudos.

De lo que huía Elinor era de lo que se llamaba «encuentro» en el bar después de la reunión habitual. Geoffrey y sus colegas llegarían todos juntos, joviales y emocionados, contentos la mayoría de ellos de haber concluido la mañana de trabajo. «¿Y tú qué has estado haciendo?», le preguntarían algunos de los hombres mayores a Elinor. «¿Gastar todo el dinero de tu maridito?» Consideraba que era un enfoque poco realista de la economía del matrimonio, pero era lo suficientemente generosa como para suponer que no lo creían realmente. Había tenido que soportar esas torpes galanterías ayer, antes de ayer y el día anterior. Había una o dos mujeres jóvenes, serias, que no estaban dispuestas a abandonar del todo el trabajo, y que seguían hablándole a Geoffrey desde el otro lado de la mesa, con Elinor de por medio, pero para ellas era como si no existiera.

No tenía ningún sentido haber venido a ese lugar. Cuando estaba sola, estaba sola. Y terminada la jornada, Geoffrey podía tener tiempo para estar con ella, pero se veía obligado a estar con los demás. Incluso bailó, muy mal, con una fornida alcaldesa y con una profesora de economía muy delgada —o con lo que él llamó una de las arpías del partido—, y las arrastró con calma por la sala. Él jamás hubiera bailado si no hubiera habido una razón política detrás. Las conferencias se convocaban con la intención de mantener alta la moral de los

trabajadores del partido, y en estas ocasiones la alegría de Geoffrey era infinita. Elinor había descubierto que él tenía este otro lado; pero ella no era capaz de desarrollar un nuevo lado. Había fracasado tristemente en la alegría y había incurrido en la desgracia adicional de ofender a los demás; había conocido a demasiada gente, no recordaba sus caras, y mucho menos sus nombres, por lo tanto, le había fallado a su marido, cada vez más inquieta e incoherente.

Ésta era su primera escapada, la primera vez que no se sentía capaz de unirse al «encuentro», pero no fue ninguna maravilla. Para ella lo peor de Inglaterra se resumía en esta ciudad llena de gente que pretendía divertirse y no lo conseguía por varias razones, tal vez debido sobre todo al clima, y al aburrimiento profundamente arraigado que eso había generado. Las niñas con sombreros de vaquero iban muy animadas cantando por el paseo, cogidas del brazo: eran chillonas, pero no alegres. Las personas mayores se sentaban en las terrazas de los hoteles, sobre una extensión de hortensias rosas y grupos de aligustres dorados. Esperaban su almuerzo con paciencia, entrarían en fila en los comedores que Elinor vislumbraba tras los visillos, y se sentarían a las mesas con jarrones de flores de plástico. El Albemarle, el Waldorf, el Clarence, eran los grandes nombres de esos pequeños hoteles.

Más cerca del muelle, el refinamiento se diluía en una confusión de ferias, salas de bingo, tiendas de *fish and chips* y pubs anticuados con apartados exclusivamente para señoras. Al parecer, parte del entretenimiento de las vacaciones para los niños consistía en que alguien los empujara más allá de las cabinas de peaje hasta el muelle para ver la Cámara de los Horrores, con su colección de la Inquisición española y la Sala de Torturas Medievales; o que les tomaran una fotografía, sentados a horcajadas sobre un burro de peluche con aspecto de tener la sarna.

La banda de música estaba tocando bajo su templete dorado. El director, un hombre pequeño, encorvado y con un bigote encerado, parecía como si estuviera preparando un pudín con la batuta. Una o dos personas, protegidas por sus impermeables y periódicos húmedos sobre la cabeza, escuchaban la música entre las filas de asientos vacíos; pero cuando la llovizna pasó a ser una lluvia constante, incluso ellos se dieron por vencidos y se marcharon, dejando que la banda terminara con algo muy «pom-pom» de Messenger.

La lluvia caía con fuerza sobre los guijarros brillantes y limpios, y la multitud se apresuró a buscar refugio. Elinor estaba contenta de poder explicar que le había pillado el diluvio, que se había retrasado por eso. Para cuando volviera al hotel, la reunión en el bar se habría acabado; habrían ido al restaurante a almorzar.

Para resguardarse de la lluvia, se metió en unos soportales oscuros y resonantes, donde olía a arena húmeda, pisoteada, y a algodón de azúcar. Allí permaneció un rato mientras elegía una postal para enviar a Richard y Flora.

Aquí estaba la postal que confirmaba que Elinor estaba fuera de la ciudad, tal como había dicho Richard. Flora la miró de nuevo. La imagen, unos jardines de colores vulgares, y el mar, con el muelle como un brazo delgado y un puño cerrado que se extendía hacia dentro. «¡Simplemente espantoso!», había escrito Elinor en el dorso. «Entonces, ¿para qué ir? ¿Para qué quedarse?», se preguntó Flora.

Acababa de llegar a casa de su madre, donde la había encontrado rodeada de folletos de viaje y llena de planes. Para asombro de Flora, estaba considerando seriamente los pros y los contras: las excursiones helénicas («podría ser demasiado erudita»); India («pero podría jurar que está destrozada, ahora que no nos pertenece»); Tierra Santa para Navidad.

—Sí, a lo mejor me decido por Tierra Santa en Navidad —le dijo a Flora, que se había quedado atónita. «¡En Navidad!», pensó desolada. «¿Y qué vamos a hacer nosotros? La Navidad siempre ha sido una época sagrada, con costumbres arraigadas, no para ir a Tierra Santa.»

—Por lo visto se ha convertido en un lugar terriblemente mercantilizado — fue lo único que acertó a decir.

Cuando Richard volvió de trabajar le dijo:

—Me parece que has alterado a mamá.

—¡Estupendo! Fantástico.

Él hizo brincar a Alice sobre su rodilla mientras un hilo de leche se deslizaba por la barbilla de la niña. Le brillaron los ojos, eructó y luego le sonrió, mostrando los dos dientes de arriba. «Bueno, ella puede estar segura de mí — pensó—. Hasta el día en que me muera. Me aseguraré de que todo lo que tenga

sea muchísimo mejor que lo de cualquier otra persona.»

Ser padre coloca espejos alrededor de uno, de modo que otorga una visión sesgada y sorprendente de los demás, incluso de sus vidas anteriores. De repente, Richard vio a su padre como un hombre joven, lleno de planes ambiciosos para su hijo; se preguntó si él, Percy, había hecho brincar alguna vez a su hijo sobre sus rodillas, si se había apresurado a volver a casa para estar con él, si sentía esta feroz protección. Era una de las ideas más extrañas que Richard había tenido en su vida, y le inquietó.

—Ha venido una mujer para hacer la entrevista —dijo Flora.

—¿Era buena?

—No le gustaban las escaleras.

—Lástima.

—Ninguna es buena. Incluso si lo fueran, no me acostumbraría a ellas.

—Sigue intentándolo. Alguna aparecerá.

—Y llamó la pobre Meg. Parecía terriblemente triste. Ahora es Kit quien tiene la gripe y Meg ha tenido que volver a trabajar porque la señorita Comosellame está fuera.

Richard no paraba de clavarle a Alice el dedo en la tripa con el fin de hacerla reír, y Flora se preguntó si debería hacerlo.

—Iré a verla mañana —dijo Flora—. La señora Lodge ha preparado pescado de sobra y se lo puedo recalentar.

—¿Crees que es buena idea? Cogerás la gripe y se la contagiarás a Alice.

—De todos modos, tengo que ir. Ya sabes que yo nunca cojo nada. Tengo que acostarla ya. Se está haciendo tarde.

Richard le tendió a la niña y Alice lo agarró del pelo, en un intento de no separarse de Richard. Realmente, la adoración de un bebé es devastadora, pensó, ajustándose la corbata y atusándose el pelo. Se sirvió una copa y se paseó por la habitación, contento. Cuando Flora regresó, estaba mirando la postal de Elinor.

—Ah, eso ha llegado esta tarde —dijo Flora, como si no fuera importante.

Flora siempre había coleccionado postales, las guardaba en un estante dorado en el cuarto de baño de la planta baja, pero cuando Richard la dejó a un lado, la rompió en dos y arrojó los pedazos a la papelera.

Capítulo 18

Kit estaba tumbado, gimiendo y hablando solo en voz en alta.

—¿Quién vendrá? ¿Quién vendrá? —se quejaba como un niño.

Parecía que habían pasado horas desde que Meg se había ido a trabajar, y su situación había cambiado. Ahora tenía dolores en la base de la columna y en la cuenca de los ojos. «¿Qué me pasa? ¿Qué es lo que va mal?», se preguntó, con el pánico de una persona que rara vez está enferma.

Pensó si podía ser meningitis la causa de que a veces no pudiera mirar hacia arriba y, otras, sólo consiguiera mirar hacia allí. Había oído o leído algo parecido, y ahora deseaba haber prestado más atención. Quiso girar los ojos hacia atrás, hacia la cabecera, y lo logró con gran esfuerzo. ¿O era poliomielitis?, se dijo. ¿No se debería haber ocupado alguien de que le vacunaran? En un instante, se vio metido en un pulmón de acero.

«No podría soportarlo —pensó aterrorizado—. No tengo paciencia. No tendría ese maravilloso espíritu que tienen algunos. Lloraría, gritaría, y me pondría histérico.»

Había leído en un periódico la historia de una mujer que había pasado años en un pulmón de acero. Había que darle de comer, leerle la correspondencia, y, aun así, era la alegría del hospital. «Mi paciente más optimista», decía la enfermera jefe.

«Pero yo no seré así —decidió Kit—. Voy a maldecir todo el día a gritos.» «¡Esa boca!», le regañarían, con una terrible voz de enfermera.

Le invadió la desesperación. «Bueno, ahora no puedo asumir la responsabilidad de mí mismo ni de cualquier otra cosa —pensó—. Estaré enfermo para siempre. No existirá el inconveniente de tener que ir a trabajar ni el aburrimiento de estar allí. No me sentiré culpable por ser un fracasado y nadie más se atreverá a decirme nada. Alguien tendrá que cuidarme.»

Durmió un rato. Cuando despertó, antes de abrir los ojos, oyó que alguien se

movía con cautela; el suelo crujía cuando entraba y salía de la habitación. El ruido de la taza al colocarla con cuidado sobre el platillo. El roce de la puerta en la alfombra al cerrar.

Todo había cambiado sutilmente desde que se había quedado dormido. El haz de luz matinal se había desplazado por encima de la cama, y cuando abrió los ojos vio un jarrón con dalias que no había estado ahí antes. No tardó en oír que alguien subía las escaleras; la puerta se abrió de nuevo, allí estaba Flora con una bandeja.

—Intentarás comer algo, ¿verdad? —preguntó.

El entusiasmo de verla allí hizo que descartara inmediatamente la idea de no intentarlo.

—Queridísima, encantadora Flora —murmuró. Su debilidad le dio alas para dirigirse a ella de una forma que no empleaba cuando estaba sano.

Ella lo agarró con sus fuertes brazos y le ayudó a enderezarse contra las almohadas. Deseaba permanecer entre sus brazos, pero Flora se apartó y fue a buscar la bandeja. Estaba todo perfecto: era el trozo de pescado más pequeño que había visto en su vida, de un color dorado pálido, salpicado de perejil y adornado con rodajas de limón. No había visto nada parecido desde que había muerto su madre.

—Eres tan buena —dijo mirando la bandeja, sin ningún apetito—. Tan terriblemente buena...

—Te dejaré mientras comes. Quiero hacer un par de cosas abajo —dijo enérgicamente.

Cuando se fue, él empezó a comer, mirando fijamente al frente, el pelo encrespado sobre las almohadas, su mente tan vacía como podía estar. Era justo después del mediodía, pensó, porque oyó que llegaba el niño Adalat, haciendo ruido por la ranura del buzón y llamando a su madre a través de ella. Después, la calle, la habitación, volvieron a quedar en silencio: sólo se oía el sonido apacible de sus cubiertos contra el plato. A pesar de lo pequeño que era el trozo de pescado, le había llevado mucho tiempo comérselo, y agradeció que Flora intuyera su falta de apetito. Le estaba agradecido por todo lo que había hecho, porque ella siempre parecía saberlo todo sobre la gente. Deseaba que volviera al piso de arriba y le hiciera compañía.

Terminó de comer, apartó la bandeja, se puso la bata y, con piernas temblorosas, se encaminó por el pasillo hasta el lavabo. Cuando volvió, Flora estaba haciendo la cama; las almohadas estaban confortablemente dispuestas y la sábana inferior, espléndidamente tirante. Se metió en la cama, agotado después de caminar por el pasillo, ella le arropó suavemente con las sábanas y le dio una taza de té.

—Intenta beber —le instó, y se sentó junto a la ventana con una taza para ella.

—¿Has comido algo? —preguntó Kit.

Flora asintió.

—Eres muy buena por haber venido —dijo de repente.

—No seas bobo.

Le cogió la taza vacía, él se recostó y cerró los ojos.

—Imagínate que tengo algo terrible, contagioso —sugirió con una voz patética—. No podría soportar que te pasara algo a ti.

—¿Qué cosa terrible podrías tener? —preguntó ella—. No es más que una gripe, estarás mejor en uno o dos días, y podrás volver a trabajar, igual que Meg.

—Ni lo menciones —le imploró—. Esto no puede ser sólo lo que tenía Meg. Me encuentro terriblemente mal.

—Ella también se encontraba así, mientras duró. Incluso ahora aún se siente débil y deprimida. Creo que nos pasa a todos. Debes estar preparado para eso.

Deseó que ella se acercara y le tomara la mano. Le pareció que así podría morir feliz; sería mejor que tenerla sentada, hora tras hora, día tras día, junto a su pulmón de acero. Al final también ella se cansaría. No tenía fuerzas para considerar otras alternativas, como retomar su vida o tratar de comenzar una nueva, sin fe ni inspiración.

—No te oigo desde ahí —dijo.

Un camión pasó traqueteando por la calle y amortiguó lo que estaba diciendo. Cuando ella acercó su silla a la cama, se lo repitió.

—¿Te gustaría que te leyera algo?

—Háblame. —Buscó a tientas su mano y la sostuvo—. Eres tan hermosa, Flora. Siempre te he adorado.

—¡Qué cosas tan cariñosas y amables me dices! —Sus palabras eran tan frías como la mano que le puso en la frente.

—Desearía poder hacer algo maravilloso para complacerte, hacer que me admiraras un poco —continuó—. Pero soy bastante inútil. No tenía ningún sentido hacer todos esos planes para mí.

—La gripe te hace sentir lástima por ti mismo —dijo Flora.

—Ese trabajo estúpido que tengo, por ejemplo. No veo adónde me puede llevar.

—No hay necesidad de que te lleve a ningún lado. Tómatelo como algo temporal.

—Pero no soy capaz de hacer nada más. —Cerró los ojos y volvió la cabeza hacia un lado.

—Sabes perfectamente que yo no creo eso. —Casi como si estuviera tratando de hipnotizarlo, ella le estrechó la mano firmemente entre las suyas y se inclinó hacia delante, dándole fuerza, por pura voluntad. Ella podía hacerlo: sintió que podía—. Kit, cariño, de verdad que creo en ti.

—Sí, lo sé. Eso es lo que me preocupa cuando fracaso.

—Ya se nos ocurrirá algo entre los dos; pero ahora no tienes que preocuparte.

—Es que ahora tengo tiempo para preocuparme. No puedo evitarlo.

—Bueno, para empezar, me he enterado de que Geoffrey Pringle está escribiendo otra obra. Esta vez quizá podamos hacer algo al respecto. Sí, creo que se me ha ocurrido una manera. Richard puede hablar con Elinor —dijo con voz resuelta.

Él suspiró.

—Sé que tienes talento —añadió Flora.

Esas palabras provocaron que su cabeza estuviera aún más vacía. Era como si levitara y la voz clara de Flora hiciera eco a su alrededor. Ni siquiera esa ocasión tan insólita de estar a solas con ella, de estar cogidos de la mano, podía mantenerlo despierto. Su mente se volvió borrosa y confusa mientras se quedaba dormido.

Cuando despertó, la habitación estaba en penumbra. La luz del sol había desaparecido, y Flora estaba de pie junto a la ventana, con el abrigo puesto.

—Lo siento si te he despertado, pero tengo que irme —dijo.

—Estoy furioso por haberme quedado dormido.

—Era lo mejor que podías hacer.

—No mientras estás tú aquí.

—He dejado algo de comida preparada para cuando vuelva Meg. Me temo que no puedo venir mañana, porque Richard ha invitado a alguien a almorzar. Espero que estés mejor, y, cariño, prométeme que no vas a preocuparte de nada.

Él se lo prometió. Ella le besó o, más bien, apoyó ligeramente su mejilla contra la de él, y bajó las escaleras.

Mientras subía a su coche, llegó una mujer joven, baja y desgarrada, con el pelo despeinado. Miró fijamente a Flora, luego abrió la verja y subió a la casa. Flora vaciló un momento antes de poner el motor en marcha, observó cómo la mujer sacaba la llave del buzón, abría la puerta y entraba.

Conduciendo de camino a casa, Flora se sintió fortalecida, convencida de que había logrado algo con Kit; lo había reconfortado y animado. Ella poseía este don: hacer algo por él, darle algo en lo que pensar y desear.

Cuando llegó a casa, Patrick estaba allí esperándola.

—¿Cómo está Kit? —preguntó.

—Creo que he conseguido reconfortarlo y darle nuevas esperanzas. —Sus palabras eran como el chasquido que preludia el estallido de un petardo.

—Debo intentar ir a verle mañana —dijo Patrick.

Liz estaba de pie, junto a la ventana, comiéndose una manzana.

—Ésa era tu diosa, ¿no? —preguntó a Kit.

Él no respondió; deseó que no hubiera venido, porque quería retener la visita de Flora, hacer repaso una y otra vez de todas las palabras esperanzadoras.

—He venido por si puedo hacer algo por ti —dijo Liz, echando un vistazo a la habitación—. Pero veo que no. La mano sanadora ha pasado por todo. Está bien. Puedo volver a mi trabajo.

—Has sido muy amable al venir —dijo rápidamente.

—Eso creo yo.

Cerró los ojos, como si no pudiera permanecer despierto. Cuando ella terminó de comer la manzana, arrojó el corazón por la ventana, bajó las escaleras y cerró la puerta principal con un portazo, de modo que toda la casa tembló, y luego cerró también la verja con otro portazo. Él apretó los dientes. Incluso el ruido le hacía sudar copiosamente.

«Sé que tienes un don», le había dicho Flora. Lo repitió en su mente, una y otra vez, cambiando el énfasis de una palabra a otra, mientras trataba de recordar su tono firme y verdadero.

A medida que pasaron las horas y él seguía en la cama, la sensación de euforia se desvaneció, y cuando se esfumó por completo, se sintió peor que nunca; tuvo un bajón, igual que cuando se pasa el efecto de una droga. No había salida, no había nada para él. Quería morirse.

Patrick no fue a ver a Kit al día siguiente porque Frankie llegó de forma inesperada. Tenía la tarde libre y habló de una idea que se le había ocurrido: que se fueran de vacaciones en otoño.

Sabía que no disponía de tiempo para viajar y también sabía que se engañaba a sí mismo al sentirse halagado por esa sugerencia. Una parte de él veía y entendía lo que era Frankie, de modo que era víctima, por partida doble, de su propia percepción y de los caprichos y la codicia de su amigo.

Por supuesto que irían de vacaciones, a donde Frankie quisiera; a Cannes o a Montecarlo, no importaba dónde, porque seguramente sería el tipo de lugar turístico donde Patrick se deprimiría enormemente. Antes, además, tendría que trabajar más intensamente de lo que le gustaría. Y habría otros asuntos que requerirían su tiempo. Siempre los había. Por ejemplo, la tarde siguiente, en lugar de sentarse a su mesa, se sentía obligado a ir a Towersey.

Podía adivinar el estado de ánimo en el que encontraría a Kit, deprimido y molesto después de la visita de Flora, y se culpaba a sí mismo por no haber ido el día anterior.

En el jardín de al lado del de Meg, el vecino paquistaní estaba recortando un arbusto. Era un pequeño jardín muy cuidado, con guijarros decorativos, piedras blancas y dalias resplandecientes.

Patrick fue por el camino hasta la puerta de entrada. La llave no estaba colgada en el interior del buzón, como de costumbre, lo que le molestó e indignó. Ya resultaba un fastidio tener que renunciar a su tarde. Metió la mano en el buzón y buscó a tientas, pero no encontró nada. Intentó mirar por la ranura oscura. Entonces se sintió abrumado por la náusea y el pánico. Olía a gas.

Reinaba el silencio en todas partes, salvo por el ruido de las tijeras de podar

del señor Adalat. Patrick se volvió y lo llamó.

—Creo que está pasando algo horrible, pero no puedo entrar.

Inútilmente, golpeó la puerta con el hombro. Mejor romper una ventana, pensó. Nunca había sido un hombre de reacciones rápidas, no podía decidir qué camino tomar.

El señor Adalat dejó caer las tijeras y se dirigió a su casa en un santiamén. Algo rezagado, Patrick lo siguió. «No quiero ser el primero en llegar —pensó—. Y no lo seré.» Siempre estuvo convencido de que fracasaría en una situación límite.

Entró en la casa, y una niña pequeña se arrimó a la pared del pasillo cuando pasó él corriendo. Atravesó la cocina y salió al jardín de atrás, donde la señora Adalat, vestida con una chaqueta de punto sobre su sari, estaba observando el jardín ajeno por encima del murete retorciéndose las manos y haciendo tintinear sus brazaletes.

Temeroso, Patrick miró por encima de la valla: Kit yacía tendido boca abajo sobre los ladrillos, y el señor Adalat estaba arrodillado sobre él. Apretó hacia abajo los omoplatos de Kit, presionó con la rodilla en la parte baja de su espalda y de pronto la boca de Kit arrojó un vómito.

La señora Adalat colocó una caja de naranjas junto al muro; Patrick se subió encima de ella y saltó al otro lado. El olor a gas y a vómito era espantoso.

Ahora el señor Adalat bombeaba los brazos de Kit hacia delante y hacia atrás.

—No está muerto —le dijo a Patrick—. Tenía la cabeza fuera del horno, se la ha debido de golpear con la puerta.

La sangre se deslizaba por un lado de la frente de Kit. Su cara era un horror.

—Llamaré a un médico —dijo Patrick. Eso era algo que sí podía hacer. Pero el señor Adalat lo miró con astucia y negó con la cabeza—. Mejor que no —dijo.

—Mejor que no —repitió su esposa con seguridad por encima de la valla. Era como si estuvieran familiarizados con la situación, como si tuvieran experiencia; y Patrick era igual que un niño para ellos.

—Yo no puedo hacerme responsable —dijo—. Su hermana...

—Se pondrá bien. —El señor Adalat apretó a Kit contra su pecho, le tocó la frente y le tomó el pulso—. Abra la puerta de entrada —le dijo a Patrick—. Cuando se haya ventilado la casa, lo meteremos en la cama y dormiré un buen

rato.

Patrick pasó rápidamente por la cocina, sin respirar. Abrió la puerta principal y todas las ventanas de la casa. Sobre una mesa, en el pasillo, había dos cartas, una dirigida a Meg y otra a Flora. Se las metió en el bolsillo. Luego regresó al jardín y se quedó junto a Kit, que comenzó a gemir y a mover los labios. El señor Adalat sacudió la cabeza, satisfecho.

—Oiga, no creo que estemos haciendo lo correcto —dijo Patrick.

El señor Adalat ni siquiera se tomó la molestia de contestar. Estaba limpiando el vómito de la cara y el cuello de Kit.

—En cualquier caso, voy a tener que telefonar a su hermana y decirle que ha habido un accidente.

—Claro —dijo el señor Adalat—. Ahora lo llevaremos arriba entre los dos, me quedaré con él mientras usted va a la cabina del teléfono.

El viento había invadido la casa. Las cortinas ondeaban y el viento las hacía volar hacia dentro de nuevo.

¡Pobre chico!, pensó Patrick cuando metieron a Kit en la cama. Había creado unos problemas terribles intentando resolver otros.

El señor Adalat se sentó con cuidado en el borde de la cama con las manos cruzadas pacientemente sobre el regazo.

—¿Está seguro? —dijo Patrick.

—Vaya a la cabina de teléfono, pero asegúrese de decirle que no se preocupe.

La señora Adalat estaba en el jardín de delante cuando Patrick salió. La niña estaba de pie a su lado.

—Voy a llamar a su hermana —dijo Patrick; le parecía que debía dar una explicación.

Ella asintió con seriedad.

—En la esquina, junto a la tienda —le indicó.

Al bajar por la calle, rezó.

«Por favor, Dios, dame las palabras que debo decir.»

Pero ¿había alguna palabra? No se le ocurría ninguna.

Capítulo 19

—Puede que lo vuelva a intentar —le dijo Meg a Patrick.

—La gente no suele hacerlo, si ya lo ha intentado una vez —dijo, intentando parecer muy natural.

—No creo que eso sea cierto.

Patrick tampoco lo creía. Estuvo con ella todo el tiempo que pudo, durante lo que podría considerarse la convalecencia de Kit de su fallida muerte. Fueron días de deshonra y vergüenza. Kit se levantaba, vagaba tristemente por la casa, hacía muecas sin que nadie lo viera cada vez que entraba en la cocina, o vislumbraba al señor Adalat de vuelta de su turno de noche. No sabía cómo debía actuar. Seguir disculpándose con todos los que se sentían culpables no hacía más que ahondar en la angustia. Meg y él no se hablaban con franqueza. Patrick había hecho un intento, había preguntado alguna cosa y Kit lo había sobrellevado a duras penas. Cuando ambos se quedaron solos, Patrick le dio las dos cartas para Meg y Flora. A Kit se le subieron inmediatamente los colores, como si le hubieran pegado con un látigo en la cara.

—No sabemos cómo comportarnos el uno con el otro —le dijo Meg a Patrick—. Hay un terrible abismo entre nosotros y mi voz, simplemente, no llega al otro lado. Pero lo peor, aunque fuera capaz de escucharme, es que no tengo nada que decirle. No puedo olvidar la verdad: que él quería librarse de nosotros. Resulta muy difícil de perdonar lo poco que significo para él.

También Flora estaba por perdonar.

—Le vi bastante feliz —insistía—. Antes de todo esto, vi a Kit bastante feliz.

Ponía toda su vehemencia para tratar de convencerse a sí misma.

Era domingo. Patrick había persuadido a Meg para que saliera a caminar cerca del río, por su propio bien, y porque sabía que su constante presencia enervaba a Kit, quien obviamente tenía la sensación de que estaba en libertad condicional.

Se respiraba el otoño, y con ese buen tiempo los árboles tenían un brillo especial.

—Había renunciado a toda esa tontería de ser actor —continuó Meg—. Creí que estaba enamorado de esa chica de la oficina, Caroline. Había dejado de asistir a las pequeñas reuniones de Flora para tomar el té, que es cuando ella le metía en la cabeza esas ideas imposibles.

Patrick escuchaba muy atento. Ya lo había oído todo varias veces a lo largo del fin de semana.

—Ha sido ella quien le ha alterado —dijo Meg—. Le ha arrastrado hacia ella otra vez, le ha hecho sentir de nuevo que es un fracaso.

—Volverá a su trabajo. Será igual que antes. Todo esto pasará —dijo Patrick.

Se sentaron en un banco y observaron una hilera de barcazas remontando el río.

—Estoy muy cansada —dijo—. Hecha una mierda. Ay, disculpa.

Bostezó y se dio unos golpecitos en la boca con el puño. Estaba pálida y delgada. Era ella quien necesitaba unas vacaciones, pensó Patrick. Le hubiera gustado llevársela, al tipo de lugar que les gustaría a los dos. Pero no lo haría: se iría al sur de Francia con Frankie.

—Creo que no quiero ver a Flora nunca más —dijo Meg—. Lo tiene todo, y siempre quiere más.

—Hacer daño a alguien es lo último que querría. Se quedaría asombrada de oírte hablar así.

—Pues alguien debería decírselo, si ella no es capaz de verlo por sí misma.

—No tiene ningún sentido empeorar la situación —dijo con suavidad.

—No. —Su voz flaqueó de repente.

—Vámonos. No hace suficiente calor para estar fuera.

—Liz Corbett piensa de Flora lo mismo que yo —dijo Meg mientras caminaban.

—¿Qué demonios tiene que ver todo esto con Liz Corbett?

—Por lo visto le tiene mucho cariño a Kit.

—Entonces será mejor que Kit tenga cuidado.

—Fue esa tarde, después de que Flora se marchara; y al día siguiente, cuando fue a verlo, dijo que estaba mal. No quería comer nada.

—Si cocinó ella, no puedo culparle.

—Volvió la cara hacia la pared, según me dijo —dijo Meg—. Todavía estaba así cuando regresé a casa. Se negaba a hablar.

Patrick sabía todo eso. Habían repasado ese día una y otra vez. Suponía que era algo natural y no era tan agotador prestar atención, porque se le ocurrían respuestas instintivas.

Cuando entraron en Alpha Terrace, se cruzaron con la familia Adalat, que estaba dando su paseo de los domingos. Habían vuelto a ser tan reservados como antes y se limitaron a inclinar levemente la cabeza.

En casa, Kit estaba preparando el té. La tetera silbaba y él estaba cortando pan y mantequilla torpemente.

El día siguiente era el cumpleaños de Flora. Como regalo, desayunó en la cama y se quedó en ella un rato con la bandeja a un lado, el edredón cubierto de regalos y de papel de envolver. Richard trajo el correo y ella abrió sus cartas. Había una de Patrick, pero ninguna de Meg. Seguro que llegaría más tarde, porque Meg nunca se olvidaba.

Mientras la observaba, a Richard le pareció una niña feliz que estaba emocionada por su cumpleaños.

—Tengo que irme —dijo, poniéndose de pie y mirando su reloj.

Estaba listo, llevaba su traje oscuro. Lunes por la mañana. Siempre era un fenómeno un poco extraño: gente corriendo apresurada por la calle, saliendo de las bocas de metro y bajando en las paradas de los autobuses; se precipitaban para retomar el hilo de la semana, pero de algún modo se habían visto alterados sutilmente por el domingo.

—¡Richard!

Se volvió rápidamente y vio la cara demudada de Flora, los ojos abiertos como platos, las manos temblorosas que le tendían una carta. Él la cogió y la leyó, frunciendo el ceño. Miró el matasellos del sobre. S.E. 12.

Flora tenía los dedos presionados contra los labios, lo miraba fijamente.

—¿Qué significa?! —exclamó Flora.

—No lo sé —dijo lentamente Richard, volviendo a leer.

—¿Qué significa? —repitió Flora—. ¿Que Kit ha intentado suicidarse?

¿Quién puede haberla enviado? ¿Por qué no lo dicen? ¿Por qué no está firmada? ¿Alguien se ha vuelto loco?

—«No tiene sentido poner mi nombre. No me conoces» —leyó Richard—. ¿Quién podría hacer una cosa así?

—¡Déjame leerla otra vez! —Cogió la carta y la miró con repugnancia. Estaba garabateada a lápiz en un pedazo de papel arrancado de cualquier manera de un bloc de dibujo—. ¡¿Que me he entrometido?! —dijo, con asombro y horror—. ¿Por qué me culpan a mí? Intenté, intenté e intenté hacer todo lo que pude por Kit. No hay nadie con quien me haya esforzado más. Le tengo tanto cariño... Le quiero como si fuera también mi hermano, no sólo el de Meg. Además, sé que él no haría nada parecido. ¿Por qué iba a hacerlo? Si le vi el otro día. ¡Y quién demonios me odia tanto como para enviarme esta terrible...! —Dejó caer la carta, ocultó la cara entre las manos y empezó a llorar, con grandes suspiros y largos sollozos. Richard se sentó en el borde de la cama y la abrazó—. ¡Y encima el día de mi cumpleaños! —añadió entre lloros.

—Cariño, lo siento mucho. Probablemente es alguien que está bastante mal de la cabeza.

—Pero ¿cómo saben quién soy?

—No lo sé, pero lo voy a averiguar. Voy a llevar esta asquerosa carta a la policía. —Hizo una pausa y luego añadió—: No, pensándolo mejor, está claro que no puedo.

—¡Esos insultos! Que se me acuse de esas cosas terribles. Que me culpe... Sé que no es verdad. Jamás he hecho nada que pudiera hacer daño a alguien.

—No, por supuesto que no, cariño. No hay nadie más bueno que tú.

—¿Llamarás a Meg y comprobarás que eso no es cierto?

—No puedo llamarla a su oficina para algo como esto.

Flora dejó de llorar y lo miró.

—No me ha mandado ninguna felicitación —dijo.

—Ah, pero ya llegará —respondió él—. Eso no es para preocuparse.

—Todo esto de que Kit está enamorado de mí. Sabes que no son más que mentiras, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

—¡Un chico de esa edad! Ay, me siento mal, horriblemente mal.

Salió de la cama con dificultad; las cartas y el papel de envolver cayeron al suelo. Se metió en el cuarto de baño y Richard oyó sus arcadas. Miró el reloj con nerviosismo. Tenía una reunión en media hora.

Cuando salió, Flora temblaba fuertemente mientras se sujetaba el chal con las manos azuladas. A Richard se le partió el corazón; ver a Flora hundida, y su rostro desfigurado por el dolor. Nunca había imaginado que pudiera tener ese aspecto.

Era como si hubiera despertado de un sueño feliz y se hubiera adentrado en una pesadilla. Si pudiera, hubiera sido y sería tremendamente violento contra quienquiera que hubiera provocado este cambio en ella.

—No me dejes, Richard.

La tomó en sus brazos y miró el reloj otra vez por encima de su hombro.

—Mi amor, no me queda más remedio que marcharme. Regresaré para el almuerzo. Prometo que no estaré fuera mucho tiempo.

—¿Cómo puedo averiguar qué ha pasado?

—Lo descubriré de un modo u otro. Algo se me ocurrirá.

Ella le dejó ir, se alejó.

—¿Le puedes pedir a la señora Lodge que suba?

—Sí, claro. ¿Qué le vas a decir?

—La verdad —dijo Flora—. La verdad.

Se echó sobre la cama y empezó a sollozar de nuevo.

Richard tenía que dejarla. Bajó las escaleras y llamó a la señora Lodge, que subió apresuradamente.

Cuando Richard abrió la puerta principal, un chico subía por el camino con unos claveles rojos y rosados envueltos en celofán.

Patrick había retomado ya el ritmo del trabajo cuando sonó el teléfono. Era Richard, que llamaba desde la oficina.

—Sí, es cierto —dijo Patrick con cautela—. Me temo que sí... Bueno, tal vez no por teléfono, ¿no crees? —Cansado, se frotó la cara mientras miraba los papeles que tenía sobre la mesa, y escuchó—. Pobre Flora —dijo después de un rato—. Qué desagradable. Lo siento muchísimo. No, por supuesto que no sé quién podría ser. —(Lo había sabido al momento.)—. Lo siento muchísimo —

dijo de nuevo—. Sí, iré enseguida.

Colgó el teléfono, ordenó los papeles y se dispuso a salir.

—La señora no está en su mejor momento —dijo la señora Lodge a Patrick cuando le abrió la puerta—. A ver si usted puede hacer algo.

«Así puedo seguir trabajando», pensó la señora Lodge.

Flora estaba en el salón rodeada de claveles. Tenía la cara y los labios hinchados, los ojos inyectados en sangre. Patrick la rodeó con un brazo, pero era mucho más alta que él y parecía que era ella quien le acercaba a su hombro para consolarle.

—Me ha llamado Richard —dijo, y cuando las lágrimas comenzaron a deslizarse por las mejillas de ella añadió—: No es más que una carta anónima. No eres la única en el mundo que ha recibido una.

—¿Tú has recibido alguna?

—Sí.

Levantó la vista y miró, asombrada, a través de sus lágrimas.

—¿De qué se trataba?

—No puedo decírtelo.

Ella dirigió la vista rápidamente hacia otro lado, pensando que ya había tenido suficientes sorpresas aquella mañana. Le dolía la cabeza, tenía los labios secos y salados.

—Entonces, lo de Kit, ¿es todo falso? —preguntó.

—No.

—¿Quieres decir que es cierto que intentó suicidarse? ¿Kit? ¿Por qué no me lo ha dicho nadie?

—He venido a decírtelo ahora.

Flora permaneció sentada, con la mano en la frente, escuchándolo. No se le ocurrió nada que decir hasta que terminó. Luego se levantó, fue a buscar la carta y el sobre, que estaban en su escritorio, y se los dio.

—¡Ahí lo tienes! —dijo—. ¿Quién demonios puede haber escrito esto? ¿Tú lo sabes? Por favor, dímelo.

—Sí, creo que lo sé; pero el nombre no significaría nada para ti, porque no es alguien que conozcas. Lo siento mucho, querida Flora.

—Bueno, no es culpa tuya, ¿no?

—No. No. Por supuesto que no. —«Me culpo demasiado a mí mismo», pensó. Luego dijo—: Es la cosa más despreciable que se puede hacer.

—¿Y por qué alguien haría algo así?

—Quizá esté enamorada de Kit.

—¿Una mujer, entonces?

Él no dijo nada.

—Una joven con un aspecto bastante horripilante apareció allí el otro día, justo cuando yo me iba.

—¡Flora, escucha! No sigas dándole vueltas. Es inútil. Me gustaría ayudar si es posible...

—Pero yo no entiendo nada. Si eso significa que uno no puede ser bueno con sus amigos, y hacer lo mejor para ellos, alentarlos y darles ánimos...

—La gente simplemente no puede soportarlo, ¿sabes?

—Entonces, ¿tú también te vas a poner en mi contra?

—Nunca. No podría.

—Pero Meg sí lo ha hecho, supongo. No ha venido a verme este fin de semana. No se ha acordado de mi cumpleaños. Ay, tú has sido muy amable al recordarlo, Patrick. Muchas gracias —añadió con un tono infantil—. Iré a verla esta tarde, y a Kit.

Sería terrible, pensó. No sabía qué decir a alguien que había estado tan cerca de la muerte, y por iniciativa propia, además.

—No vayas —dijo Patrick—. Deja que ella venga a ti.

—Pero a lo mejor no viene.

—Vendrá, si le das tiempo. No quiere dejar a Kit solo en este momento.

—No veo cómo va a dejarle solo el resto de su vida.

—Lo están superando. Kit está mejor. Te lo dije. Me temo que no he sido de gran ayuda —dijo, y se levantó con la intención de marcharse.

—¿No quieres tomar nada? —preguntó ella con el fin de retenerle.

—No, tengo que volver al trabajo. No llores más, Flora, por el bien de tu hermoso rostro.

Pero en cuanto Patrick se fue, comenzó de nuevo a llorar.

Meg no vino al día siguiente ni al siguiente. El segundo día, Ba fue a ver a Flora

y la encontró muy inquieta. Un conocido suyo había estado muy enfermo, le explicó a Ba. No hay que airear el asunto, le había advertido Patrick.

Mientras Ba estaba fuera, Percy puso la «Obertura Cockaigne» en el gramófono a todo volumen. En el estante superior de la librería guardaba una vara especial que utilizaba como batuta para dirigir orquestas cuando estaba solo. Alguna vez había recibido quejas del apartamento contiguo; pero en su vida jamás había prestado demasiada atención a las quejas.

Dirigir era un pasatiempo que debía mantener cuando Ba no estaba. No le revelaría nunca a nadie el gran placer que le producía dirigir la orquesta a sus anchas tocando «La cabalgata de las valquirias» o el último movimiento de la *Primera sinfonía* de Brahms, dos de sus piezas favoritas.

Se quitó la chaqueta, porque era agotador; entonces, justo cuando habían entrado los instrumentos de viento y los de cuerda, la puerta de entrada se cerró de golpe. Estaba a punto de llevar la música hasta el clímax, y tener que abandonar era como si lo interrumpieran cuando hacía el amor.

Cuando Ba entró en la sala de estar, él ya estaba sentado en su sillón, jugueteando con los pulgares, pero ella advirtió que tenía gotas de sudor en la frente.

—¿Estás bien, cariño?

Abrió los ojos, como si no la hubiera oído entrar.

—Sí, por supuesto que estoy bien —respondió.

—¿Qué haces ahí sentado en mangas de camisa?

—Hace calor aquí.

—No me lo ha parecido. —Ba puso la mano sobre uno de los anticuados radiadores, que apenas emitía calor—. He ido a ver a Flora. Ha habido algún problema.

—Ya se le pasará —dijo Percy, sin interés alguno por escuchar lo que decía. Estaba molesto y enfadado con ella por haber vuelto tan pronto. Siempre deambulaba por la casa durante el día, o lo abandonaba por completo y se marchaba a Francia.

El viejo orden era mucho mejor: estar solo durante el día con su piano y su gramófono, con la perspectiva de visitar a su amante por la noche. Ahora no tenía amante, ni nada que esperar con ilusión.

—Flora tenía muy mal aspecto —dijo Ba mientras desataba un manojo de crisantemos que había traído—. ¡Dios mío!, ¿no son demasiado invernales? Es que no había absolutamente nada más. Me pregunto qué es lo que la ha perturbado de esa manera. Me ha respondido con evasivas.

—Tal vez Richard haya puesto punto final a que ese tipo, Barlow, esté siempre allí.

—No creo que sea eso.

—Los jóvenes deben resolver las cosas por sí mismos.

—Pero parecía muy enferma, como si hubiera estado llorando durante horas o días. Le caían las lágrimas encima de Alice mientras le daba de comer papilla a cucharadas.

—Me alegro de no haber estado allí —dijo Percy, pensando en las lágrimas y la papilla.

—Ponte la chaqueta, mi amor.

Es lo que estaba haciendo. Quizá ella podía leerle el pensamiento.

—Estoy asfixiado. Hace demasiado calor aquí —se quejó.

—No —dijo Meg—. No tengo capacidad para eso. —Se apartó fríamente de Patrick, con la sensación de que le había fallado—. Todos estáis haciendo lo que se espera de vosotros, pero yo no voy a hacerlo. Yo no —repitió, tamborileando con los dedos sobre el respaldo de una silla, porque le temblaban las manos.

—Finalmente lo harás —dijo con apatía. Había venido hasta Towersey para suplicarle que hiciera algo en lo que él apenas creía—. Esa carta ha hecho que se viera a sí misma como alguien con quien nunca soportaría vivir.

—Los demás tienen que vivir con la verdad sobre sí mismos.

—Pero este llanto incontrolado...

—Ese genio —dijo Meg, arisca, como una niñera enfadada.

—Se está destruyendo ante nuestros propios ojos. No puedo soportar la destrucción.

—Nos castiga por haber vislumbrado esa horrible faceta de ella, que ahora ella también ve. Seguirá comportándose así hasta que la arrojemos y reconstruyamos su imagen.

—Yo ya la he arrojado.

—En cuanto ha salido la primera grieta en la fachada...

—Una grieta preocupante. Me asusta ver tanta belleza estragada. Parece que se le van a salir los ojos de las órbitas, literalmente, de tanto llorar. Soy demasiado aprensivo para eso.

—Yo no.

—Es un infierno para Richard.

—Sí, eso lo siento mucho —dijo Meg en un tono más razonable. Su fría voz la hizo parecer más decidida que nunca. Patrick suspiró.

—Pero es a ti a quien quiere. Más que a nadie —dijo.

—Estas artimañas no te servirán de nada. Si me quiere es sólo porque soy la última en capitular.

Había dicho «última»; le pareció que eso albergaba algo de esperanza, pero de inmediato ella añadió:

—La única que no piensa capitular —corrigiendo así su error.

—Resulta muy agobiante estar en esa casa.

Su única manera de relajarse después de un día de trabajo se había acabado: la seguridad de ser recibido con cariño por la hermosa Flora en esa hermosa habitación. Ahora, sin embargo, tenía que armarse de valor para ir allí. Y sabía que ella persistiría y persistiría hasta salirse con la suya.

—Tampoco se está muy bien en ésta —dijo Meg—. Nunca podría describirle a nadie lo terrible que es vivir en ella. La espantosa incomodidad y la vergüenza.

—Ciertamente, son formas de sufrimiento que no hay que menospreciar —asintió él.

Estaba emocionalmente agotado y le dio por bostezar. Como siempre, le contagió los bostezos a Meg.

—Estoy cansada, muy cansada —dijo tapándose la boca con las manos.

Patrick se frotó los ojos.

—Suele decirse que Goya vivió diez vidas —dijo—. Yo he vivido media, y me parece demasiado.

Elinor se había comprado un perro para que le hiciera compañía. Era obvio que no había sido una buena idea, porque había tomado la costumbre de sacarle a hacer ejercicio por Beatrice Crescent. Una vez, se encontró allí con Flora, que

empujaba lentamente el cochecito. No parecía la misma, con gafas de sol, aunque las brumas del otoño tamizaban la luz.

—Hola, Flora.

—Hola, Elinor.

Se sonrieron y ambas siguieron su camino. No intercambiaron ni una palabra sobre la niña, el perro, el marido o cualquier otra cosa.

Otra tarde, se encontró con Richard al volver del trabajo. Cuando se acercó, ella se preguntó si él la invitaría a tomar algo como había hecho antes.

—Hola, Elinor —dijo, a la vez que hacía el gesto de levantar el bombín y abría la verja. El nombre «Elinor» molestaba de por sí a Flora y ya había suficientes molestias en su mundo, pensó, abriendo la puerta de entrada y preguntándose, esa noche, qué encontraría al otro lado.

Elinor caminó lentamente colina abajo. Ser rechazada por un amigo le parecía tan horrible como ser rechazada por un amante. Aminó el paso a medida que se acercaba a su casa vacía.

El sábado por la tarde, Meg bajó del autobús y caminó por Beatrice Crescent. Richard le prometió que estaría fuera cuando telefoneó. Había llegado una breve nota de la señora Lodge. «Estimada señorita Driscoll, la Señora estaría encantada de verla en cualquier momento que a usted le fuera bien, pero sea tan amable de no mencionar esta carta. Atentamente, Señora Lodge.»

—¡Ay, querida Meg! —dijo Flora al abrir la puerta—. Te he visto venir por el camino y no hay otra visita en el mundo que sea tan bienvenida.

Llevaba a Alice en brazos y Meg le rozó la mejilla con timidez.

El salón estaba lleno de flores; había tarjetas de invitación sobre la chimenea y juguetes por el suelo.

—Veo que la vida continúa —dijo Meg con voz apagada. Había venido a consolar a Flora, a tranquilizar su conciencia. Ésas eran precisamente las instrucciones que había recibido.

—¿Cómo está Kit? —preguntó Flora, vacilante.

Meg había llegado por fin, tal como Flora había anhelado, pero ahora que estaba allí era difícil encontrar algo que decir.

—Kit está bien. Para ti, ya sabes, sólo ha sido una gripe.

—Sí, lo entiendo. —Después de una pausa, Flora preguntó—: ¿Te gustaría coger a Alice? —lo dijo como una niña conciliadora que ofrece un dulce o un juguete.

—No se me dan bien los bebés —dijo Meg—. Siempre se ponen a llorar.

Flora preguntó de pronto:

—Supongo que Patrick te ha contado...

—Sí, creo que Patrick me lo ha contado todo. Pero, Flora, no puedo hablar del tema.

—Lo sé. Sólo me quería asegurar de que no me culpas a mí. Si alguna vez me he entrometido... Ay, estaba tan preocupada... No podía dormir.

«Por eso estoy aquí», pensó Meg. Para todos los demás era impensable que Flora no pudiera dormir.

—No te culpo —dijo suavemente.

—No podrías entenderlo. Te has mantenido apartada tanto tiempo...

—Tenía cosas que hacer.

—¿Dónde está Kit esta tarde?

—Ha salido con una chica que se llama Caroline.

—¿Y está feliz de nuevo?

—Sí, bastante feliz.

Decir a la gente lo que quería oír en realidad era una cualidad de Flora, pensó Meg, un impulso; para Meg, sin embargo, era una concesión a regañadientes. El colchón de plumas de ganso sobre el que Flora debe acostarse para poder dormir.

—¿Tomamos unas tostadas con el té? Iré a buscar la bandeja.

Flora se levantó de un salto —ahora completamente cambiada— y bajó a ver a la señora Lodge. Cuando se fue, Meg se acercó a Alice, que estaba tumbada en el sofá. Se arrodilló a su lado y le tomó la mano tímidamente. De pronto, el rostro de Alice se tornó sombrío, su boca se puso rígida, y, antes de que se echara a llorar, Meg se dirigió apresuradamente al otro lado de la habitación. «Lo huelen —pensó—. La gente siempre dice que lo huelen, como los caballos que muerden y los perros que gruñen. Pero ¿qué es lo que huelen?»

Cuando volvió Flora con la bandeja, estaba alegre, parecía ser la de siempre y Meg supo que no se volvería a hablar de la pesadilla de la semana anterior.

—Kit y tú tenéis que venir en Navidad —dijo Flora—. Lo he estado pensando

todo mientras hervía el agua. Celebraremos una bonita Navidad aquí todos juntos.

—¿No vas a casa de tu madre?

—Me temo que va a estar en Tierra Santa —dijo Flora con desaprobación—. Pero no importa. Lo pasaremos bien, de todas formas. La primera Navidad de Alice.

Estaban las dos sentadas frente al fuego, tostando el pan, cuando llegó Richard. Incluso las mejillas pálidas de Meg habían enrojecido. Alice estaba tumbada boca arriba, haciendo gorgoritos, girando las muñecas y mirándoselas, pateando con las piernas regordetas en el aire. Era una escena de felicidad doméstica.

—Estamos haciendo planes para Navidad —dijo Flora, aunque Meg todavía no había dicho una sola palabra.

Después de cortar el pan para las tostadas, la señora Lodge limpió las migas de la tabla con la mano y las arrojó por la ventana para su petirrojo, pero ya era demasiado tarde: se había retirado para pasar la noche, en un lugar secreto, esperando a que llegara la oscuridad. Se detuvo un momento en la ventana, olfateando el aire: el olor penetrante y lleno de humo del crepúsculo londinense. Las hojas estaban empezando a amontonarse en el jardín. Flotaban en el aire y alguien cercano estaba quemándolas. La señora Lodge se apartó de la ventana y suspiró. La noción de que ella se marcharía de allí algún día parecía haber caído en el olvido.



Elizabeth Taylor

(1912-1975). Nació en 1912 en Reading, Berkshire (Inglaterra). Tras finalizar sus estudios, trabajó como institutriz y bibliotecaria. A los veinticuatro años contrajo matrimonio con un hombre de negocios y se instaló en Penn, un pequeño pueblo de Buckinghamshire.

Escribió doce novelas (*La señorita Dashwood*, *Ángel*, *En el verano*, *El hotel de Mrs. Palfrey* entre otras). Y, además, cuatro libros de cuentos.

La escritora Anne Tyler ha dicho de ella que es la Jane Austen contemporánea. Junto a Barbara Pym está considerada una de las escritoras inglesas más importantes de la segunda mitad del siglo xx.

De la misma autora, Gatopardo ediciones ha publicado la novela *Una vista del puerto*.

Flora parece tenerlo todo. Es alta, rubia y hermosa. Y tiene un hogar, un bebé y un marido, Richard. Tiene bajo control a su amiga Meg y a su hermano, Kit, el cual ha sentido siempre por ella una gran admiración, y también a Patrick, un caprichoso novelista. Sólo Liz, una pintora bohemia rehúsa ser una seguidora suya. Flora los seduce y encandila con sus destellos de dicha e entusiasmo. Todos se sienten cautivados por el refinado encanto que ejerce en los demás; todos, menos Liz. Será ella quien pondrá en tela de juicio que la candidez de Flora es el «veneno» más dulce de todos.

El escritor Kingsley Amis dijo de Elizabeth Taylor que era una de las mejores novelistas inglesas del siglo xx. La esposa de Amis, la novelista Elizabeth Jane Howard, que mantuvo una larga e íntima amistad con Taylor, declaró tras su muerte que envidiaba a cualquier lector que se topara con su lectura por primera vez.

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno

Pietro Citati

2. En peligro

Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros

Jonas Lüscher

4. El temperamento español

V. S. Pritchett

5. Mi Londres

Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto

Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto

Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas

D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales

Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de

Frank Norris

10. La gente del Abismo

Jack London

11. Mujeres excelentes

Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield

Pietro Citati

13. Paseano con hombres

Ann Beattie

14. El legado

Sybille Bedford

15. Alejandría

E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite

Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón

Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras

Paolo Maurensig

19. Amor libre

Ali Smith

20. El turista desnudo

Lawrence Osborne

21. El cielo robado

Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido

Barbara Pym

23. Sexo y muerte

VV. AA.

24. La muerte de la mariposa

Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson

Giorgio Manganelli

25. Vida de Samuel Johnson

Giorgio Manganelli

26. Virginia Woolf. Vida de una escritora

Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James

Michiel Heyns

28. Invierno

Christopher Nicholson

29. Desmembrado

Joyce Carol Oates

30. Río revuelto

Joan Didion

31. Quédate conmigo

Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok

Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas

Andrea Camilleri

